

53.

VIDA

DE



SAN MARTÍN



Apostolado de la Prensa.







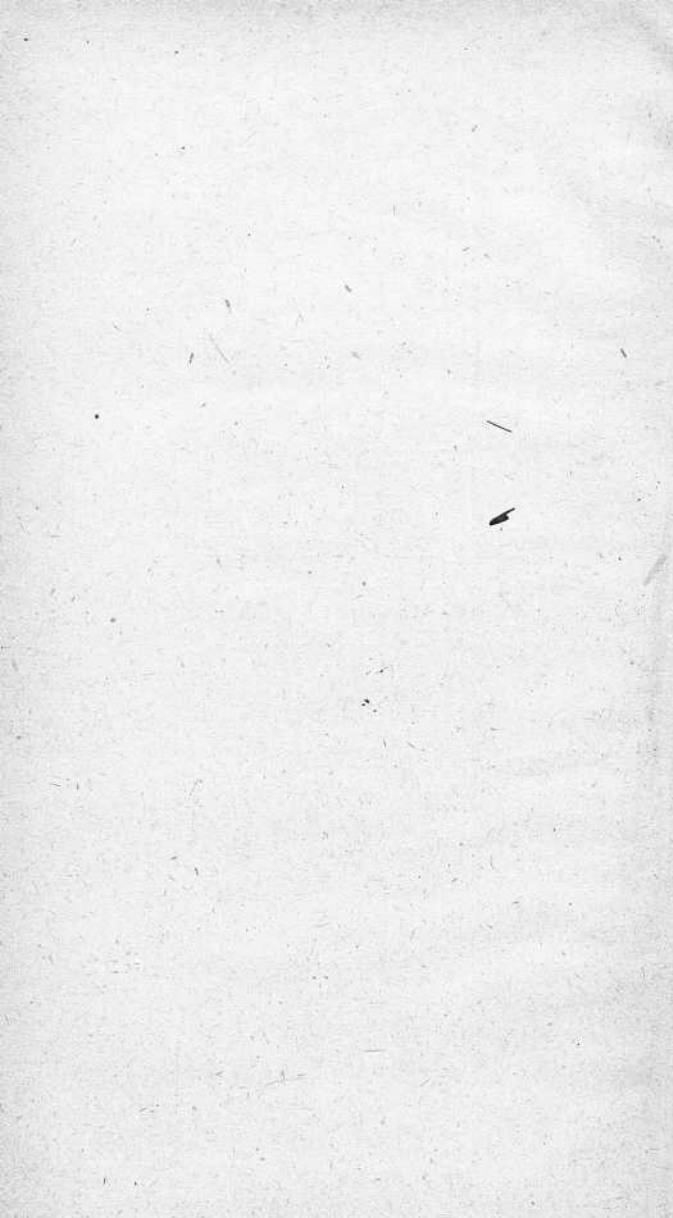


VIDA

DE

SAN MARTÍN

OBISPO DE TOURS



Biblioteca del Apostolado de la Prensa.

VIDA
DE
SAN MARTÍN

OBISPO DE TOURS

POR EL

R. P. Vicente Agustí

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
7, San Bernardo, 7.

—
1912

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



AL PIADOSO LECTOR

Llega á tus manos, querido lector, la Vida de un Santo, á quien de seguro amas mucho, si le conoces, y si no tienes noticia de él, le amarás de fijo tan pronto como la tengas. Así me lo prometo de la grandeza y heroicidad de San Martín, de la confianza que te inspirará su inagotable caridad y valioso patrocinio, y me lo prometo también, ¿por qué no decirlo?, de tu buen juicio y bien inclinado corazón.

Cuando éramos niños y veíamos á ese gallardo oficial del ejército, montado á caballo, dividiendo su capa para abrigar á un pobre mendigo que tiritaba de frío, sentíamos atraídos hacia un joven tan bueno y compasivo; y cuando luego oíamos que, en la noche siguiente, decía Jesús á sus ángeles, alegre y regocijado: “Con esta capa Martín, siendo aún catecúmeno, me ha vestido”, participábamos del gozo de Jesucristo y experimentábamos grande complacencia al ver pre-

miado de tal modo aquel rasgo de caridad. Más tarde aquel piadoso catecúmeno fué creciendo y se hizo hombre; valiente siempre y generoso, dejó á su tiempo la milicia, se hizo monje y fué penitente, muy penitente, y tan bueno y tan santo, que casi por fuerza le hicieron obispo, que él no quería serlo. En tan alta dignidad veíamosle recorrer las provincias montado sobre un humilde jumentillo, obrando por todas partes innumerables milagros en provecho de los demás, y aquí abrazaba á un leproso y lo sanaba, allí tocaba con sus dedos la lengua de una niña de doce años, muda de nacimiento, y rompía á hablar la jovencita; en un lugar, una madre desolada, y fuera de sí por el dolor, le presentaba el cadáver de un hijo único de pocos días, y el Santo lo tomaba en sus brazos y, tras breve oración, lo devolvía á la madre vivo y sonriente. ¿Qué más? Hasta el óleo que bendecía y los pobres vestidos que llevaba tenían de Dios la virtud de obrar prodigios y milagros. Así nos imaginábamos también á Nuestro Señor Jesucristo cuando iba predicando por el mundo.

Hoy se presenta á nuestros ojos el célebre taumaturgo, el amorosísimo Padre y vigilante pastor, ostentando nuevos timbres de gloria y ocupando en el firmamento de la Iglesia

su propio y eminente lugar. No es San Martín el sol de la elocuencia cristiana, como San Juan Crisóstomo; ni el Pontífice de majestad augusta, como San León, que detiene á Atila, ó como San Ambrosio, que se impone á Teodosio *el Grande*; no el escritor fecundo, como San Agustín, debelador de las herejías en sus profundos volúmenes; ni el intérprete máximo de las Sagradas Escrituras, como San Jerónimo, el solitario de Belén: las glorias de Martín son haber sido á la vez monje y obispo, el haber juntado la sublime contemplación del más extático solitario á la actividad propia del más celoso misionero; el haber creado é instituído, quizás antes que ningún otro, las iglesias ó parroquias rurales; en una palabra, el ser verdadero apóstol de las campiñas y aldeas, con el espíritu, sencillez, atractivo y milagros del modelo de todos los apóstoles, Jesucristo. Estos son los timbres y carácter de San Martín, que, á ejemplo de su divino Maestro, pasó por la Judea y Palestina haciendo bien, sanando enfermos, lanzando á los demonios de los cuerpos, resucitando muertos, evangelizando de día á los pobres y pasando las noches en oración.

Todo lo cual, lector queridísimo, se desprende fácilmente de lo que se refiere en

estas páginas, como sin dificultad lo colegirás á poco que lo consideres. En cuya redacción conviene que sepas he seguido fielmente al primer biógrafo de nuestro Santo, á Sulpicio Severo, autor grave, discípulo de San Martín, cuya vida comenzó á escribir antes que aquél muriese, y, muerto, compuso tres *Diálogos* y escribió algunas cartas acerca de los milagros y fin dichoso de su bienaventurado maestro. De suerte que no hay biografía más auténtica y de mayor autoridad que ésta, pues fué escrita, leída y examinada por contemporáneos del Santo, testigos de sus virtudes, hechos y portentos. ¡Ojalá no se hubiesen deslizado algunas erratas en la escritura de los números y fechas! Lo cual, seguramente, se ha de atribuir, no á Sulpicio Severo, sino á los copistas ó amanuenses, que no leyeron bien el original, lo cual, ciertamente, no te parecerá extraño. Para enmendar estas erratas y fijar, sobre todo, los años que militó en el ejército San Martín, punto tan importante en la vida de nuestro héroe, ha sido preciso recurrir á otros autores de reconocida autoridad, como Baronio, Longueval, Felipe Landi y otros, de cuyas relaciones y sana crítica me he aprovechado además, como era natural, ya para admitir unos hechos, ya para desestimar otros, que

sin bastante fundamento, andan en algunas historias. También me ha servido Landi para fijar algún tanto el orden de los hechos; pues Sulpicio Severo prescinde con frecuencia, sobre todo en los *Diálogos*, de la sucesión cronológica de lo que cuenta.

Quiera el Santo, lector querido, echar desde el cielo su bendición sobre estas humildes páginas, que incondicionalmente someto, como debo, según los decretos de Urbano VIII, al fallo infalible de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica, romana, y haga que su lectura produzca abundantes frutos de virtud y contribuya á desterrar de las manos de los jóvenes otras lecturas nocivas ó peligrosas. En cuanto á ti, si te disgusta ó cansa el libro, achácalo á mi impericia, que no ha sabido presentarte con más risueños colores un varón tan amable y divinamente simpático; si, por el contrario, te agrada, da gracias á Dios, hazlo conocer á otros y ruega para que obtengamos del Santo, en vida y en muerte, su poderoso patrocinio.







I

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS DE MARTÍN

CORRÍA la segunda década del siglo IV cuando, allá por los años de 316, según San Gregorio de Tours (310, según Jerónimo de Prato), nacía en la Sabaria, ciudad de la Pannonia, hoy Steinamanger, en Hungría (1), un precioso niño destinado por el cielo para ser la admiración de unos, ejemplo de muchos, maestro y lumbrera resplandeciente de la Iglesia católica. Tal fué San Martín: modelo de soldados, de monjes y de Obispos.

Hijo de un tribuno militar, que peleó á las órdenes de los emperadores Constantino y Constancio, por su nacimiento, por la inclinación y voluntad de su padre, y hasta por la ley del Imperio que destinaba á la milicia á los hijos de los veteranos, Martín, según el orden natural de las cosas y los juicios de los hombres, había de seguir las huellas de sus antepasados y hacer que en su frente reverdiesen los laureles de la victoria ó llegase á las pri-

(1) GUERIN, *Les Petits Bollandistes*, XIII, 312, edición de 1874.

meras dignidades de la milicia (1). Otros eran, sin embargo, desde que alboreó en su mente la razón, los intentos del pequeñuelo Martín.

Siguiendo el movimiento del ejército, y probablemente el año 326, cuando Constantino regresó á Italia para celebrar en Roma el vigésimo aniversario de su imperio *augustal*, como en el año anterior había celebrado en Nicomedia el vigésimo aniversario de su imperio *cesáreo*, el tribuno Martín, padre de nuestro Santo, trasladóse también á Italia y establecióse con su familia en Pavía, donde es muy verosímil le dejase de guarnición el Emperador. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que desde esta época se descubre visiblemente la maravillosa operación de la gracia en nuestro Santo, y comienza ese prodigioso tejido de acciones que hacen del niño Martín el encanto del cielo y la admiración de los hombres.

Frisaba en los diez años (2). Sus padres, cuyos nombres ignoramos, eran gentiles. Por lo que de los hechos posteriores se deduce, su madre, aunque educada en la falsa religión del gentilismo, debía ser de buenos sentimientos, buena madre y buena esposa. El padre, hombre de mundo, aferrado al supersticioso culto de los dioses é idólatra, sobre todo, del honor y gloria militar. Pero por encima de los

(1) Algunos han tejido á nuestro Santo una gloriosa genealogía de ilustres progenitores, y hasta le han dado ascendencia real. No necesita San Martín de obscuras y no bien probadas grandezas, que, si las tuvo, no le sirvieron sino para despreciarlas.

(2) Seguimos, generalmente, en el cómputo de los años á San Gregorio Turonense y al Cardenal Baronio, á quienes se adhiere también el biógrafo del Santo, el erudito Felipe Landi.

padres, de las virtudes y vicios naturales, propios de nuestra mísera condición, estaba Dios, que había escogido desde el principio á Martín por suyo, y se valía ó tal vez se burlaba de las trazas de los hombres para la suave ejecución de sus designios.

Quisieron los padres de Martín (y en esto hicieron muy bien) que recibiese su hijo esmerada educación; que nunca la virtud y las letras han sido estorbo, ni al valor de las armas, ni á los vuelos del talento. Diéronle licencia para juntarse con otros niños de su edad; que la emulación espolea los ingenios, y Dios cuidó de que estos niños fuesen acicate de su virtud, no rémora de sus amorosos planes. Regía á la sazón la iglesia de Pavía un varón de Dios, el Obispo Anastasio. Imitador de su santo Maestro, el amigo por excelencia de los niños, tenía para ellos singular atractivo; y conociendo que de ellos era al presente el reino de los cielos, y que habían de ser con el tiempo el sostén y la gloria de la naciente Iglesia, lejos de enfadarse de sus molestias, repetía las palabras de Jesús á sus Apóstoles: "Dejad que los niños se acerquen á mí." Uno de los que más se le aficionaron fué el pequeñuelo Martín; y concurriendo á la par la naturaleza y la gracia, en poco tiempo, bajo la dirección del santo Obispo, hizo extraordinarios progresos.

No se percataron al principio sus padres del blanco á que tendía la educación de su hijo: veíanle afable, modesto, obediente á sus órdenes, y esto, naturalmente, les gustaba. Veían también sus progresos en la lengua del Lacio, en la cultura humanística, y les lisonjeaba el contemplar cuán hermosamente se

hermanaba todo esto con el crecimiento del cuerpo sin daño de la salud, con el despejo natural de su carácter, con su alegría inocente, modales finos y gracia atractiva, que le hacían amado de Dios y de los hombres.

Pero no duró mucho tiempo este estado de cosas. La excelente y sobrenatural educación que recibía Martín al lado y á la sombra del santo Anastasio no podía menos de producir sus naturales y propios frutos. El discípulo quería ser como su maestro. Enterado de que profesaba la divina religión de Jesucristo, quería también ser cristiano, y al paso que crecían sus deseos, avivados con el misterio y la voz que interiormente le hablaba, crecía su empeño por instruirse y declararse.

Colmaba esto de gozo al solícito pastor; y para satisfacer las ansias y acallar el hambre de aquella mansa ovejita, le expuso el Símbolo ó artículos de la fe y le enseñó la oración dominical y parte del Avemaría. Con avidez recibió el niño las celestiales enseñanzas, y hallaba sus complacencias en repetir-las. Aquel Niño en brazos de la divina Madre le robaba el corazón; y cuando le veía morir, ya hombre, en una cruz delante de aquella misma Madre; por rescatar del pecado á los hombres, no podía contener las lágrimas y ardía en amor á Jesús y María y en odio sobrehumano al pecado y al infierno.

Pronto sucedió lo que no podía menos de suceder. Enterarse de ello sus padres y cambiar para él la faz de las cosas, todo fué uno. A las muestras de sincero cariño que con efusión le prodigaban sus padres sucedieron los reproches, las palabras duras,

las amenazas. Más aún: como nada de esto hiciese mella en el esforzado niño, llegaron á poner en él las manos, y no tardaron en verse cubiertas de bofetones aquellas sonrosadas mejillas, por los mismos que pocos días antes las cubrieron de besos y caricias. ¡Imposible parece cómo trueca los corazones y endurece el alma el fanatismo de los falsos cultos! Atropella con los sentimientos de la misma naturaleza y llega á convertir en inhumano verdugo al que era padre cariñoso.

No intimidaron, sin embargo, á nuestro Martín esas demostraciones de rigor y crueldad. Con los vientos y las lluvias se arraigan los árboles, y con el viento de la persecución se arraigaba más el árbol de la fe. Aprovechando la primera ocasión favorable que le deparó el Señor, huyó velozmente á refugiarse á la iglesia, en los brazos de Anastasio. Dióle cuenta de los combates que sufría, no menos que de su decidida é inquebrantable resolución de abrazar el cristianismo, y desde luego le rogaba se dignase admitirle en el número de los catecúmenos.

Llenó de gozo al santo Prelado la petición de su amadísimo Martín; y satisfecho de la instrucción del fervoroso pretendiente y de su virtud y constancia, como quien perfectamente conocía el fondo de aquella alma angelical, naturalmente cristiana, accedió á sus deseos y señaló el día y modo oportunos para celebrar la apetecida iniciación. ¡Día feliz para nuestro buen catecúmeno! ¡Cómo debieron en él regocijarse los cielos! Tendría entonces Martín, según Sulpicio Severo y otros autores, poco más de diez años.



II

PRECOCIDAD DE MARTÍN EN EL CONOCIMIENTO DE LAS COSAS DIVINAS Y EN EL EJERCICIO DE LA VIRTUD.

COSA es que pone maravilla y hasta llega á ofrecer dificultad á algunos, poco propensos á creer los prodigios de las vidas de los Santos, la precocidad en el conocimiento de las verdades sobrenaturales y en el heroico ejercicio de las virtudes. Niños de pocos años, ¿cómo pueden alcanzar cosas tan altas ó emprender hazañas tan heroicas? Eso supera toda razón. Y, sin embargo, la verdad es que no faltan almas privilegiadas en las cuales parece quiso el Señor hacer ostentación de su poder y de los tesoros de su gracia y demostrar que ninguna edad, por tierna que sea, es inhábil para la santidad; y que así como hay árboles precoces que á los pocos años se ven coronados de frutos, y hay tierras tan fértiles que dan varias y abundantes cosechas en un mismo año, no de otra suerte en el imperio de la gracia hay corazones que dan y maduran sus frutos de santidad cuando otros apenas brotan las primeras flores. Y si la edad no les impide dar por Cristo

la sangre y la vida en medio de los tormentos del circo ó del anfiteatro, ¿por qué ha de impedir que se adelanten en el conocimiento de Dios y desprecio de sí y de su vida? ¿Acaso no se ven también, en sentido contrario, almas precoces para el mal, que recorren la carrera del crimen cuando aun no apunta el bozo en sus mejillas y casi tienen aún la leche en los labios? De esas almas precoces para el bien fué nuestro Martín, que, apenas contado entre los catecúmenos, se dió al servicio de Dios y á la práctica de las virtudes heroicas, como pudiera hacer un varón ya maduro, provecto y consumado.

La piedra de toque de la virtud es la paciencia. Nada descubre tanto los quilates de la perfección religiosa como el padecer por Cristo, el sufrir bien las contrariedades que se originan de la práctica de las virtudes evangélicas. En el combate muestra su valor el soldado, y el soldado de Cristo en la confesión de su fe. Por esto decía el Apóstol: "*Non erubesco Evangelium*: No me avergüenzo de profesar el Evangelio." Tampoco se avergonzaba Martín, sino que paladinamente hacía profesión de lo que era. Y hacía profesión delante de aquellos cuya persecución debía serle más cruel y sensible: delante de sus mismos padres y en su misma casa. Y verificóse lo que había predicho el Evangelio: que los mayores enemigos del hombre son sus domésticos y parientes. ¡Y qué luchas hubo de sufrir!

Porque lo primero le asediaron con halagos y blanduras, con ruegos y caricias: armas poderosísimas y las más á propósito, con frecuencia, en co-

razones tiernos, para enflaquecer la virtud y dar al traste con los mejores propósitos. ¿Y de qué cosas no es capaz, qué no inventa un amor ardiente y apasionado? Y si ese amor radica en personas de autoridad, como son los padres; personas, por otra parte, queridísimas, de quienes se han recibido innumerables beneficios, á quienes es preciso querer y hay obligación de amar, ¿qué tortura no ha de experimentar la voluntad, qué esfuerzos no tiene que hacer para resistir día y noche, una semana y otra semana, á la dulce violencia, á los abrazos y lágrimas de los que le dieron el sér, y en fuerza de su amor, loco y apasionado, se han convertido en los más peligrosos enemigos?

Pero resistió Martín con heroico ardimiento á los que pretendían se engolfase en el revuelto mar del siglo y siguiese tras las pompas y vanidades del mundo, como había resistido varonilmente cuando se opusieron á que fuera catecúmeno.

Menos esfuerzo tuvo que hacerse cuando, dejados los halagos y ternezas, quisieron obligarle á la vida mundana con amenazas y malos tratamientos. El hierro se endurece con los golpes del martillo: las almas varoniles, con los obstáculos y oposición se robustecen; la lucha cuerpo á cuerpo, franca y descubierta, añade valor y vigoriza: cada derrota del enemigo, cada victoria en la batalla ya sostenida es un nuevo estímulo para el triunfo en el combate siguiente. Y así sucedía que Martín, lejos de ceder el campo, ganaba terreno y se fortificaba más en sus bien tomadas posiciones, y de día en día, desde que llegó á los doce años, meditaba cómo podría

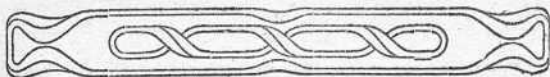
poner en práctica la resolución que había tomado de retirarse á la soledad.

Quizás debió moverle á esta resolución en tan temprana edad, no sólo la voz de Dios, que le llamaba á sí para comunicársele más íntimamente, no sólo su natural inclinación á huir del bullicio de las poblaciones, sino también la conducta de su familia y el ambiente mundano y gentilico que reinaba en casa de sus padres. Porque, á la verdad, bajo el techo del tribuno militar, padre de nuestro Santo, aunque reducidas á poco número de personas, existían dos ciudades opuestas y contrarias: la celestial, constituida por nuestro héroe, y la terrenal y mundana, formada por el resto de la familia. Era inútil el disimulo: el hijo aborrecía lo que sus padres adoraban, y el hijo adoraba lo que sus padres aborrecían. Y fácilmente se comprende que nuestro niño, en la imposibilidad en que se hallaba de poder reducir á buen camino á los suyos, quisiese, para evitar el peligro de la propia perversión y las asechanzas que diariamente le armaban, abandonar aquel techo y buscar en la soledad seguro abrigo y asilo. Y esto no porque rehuyese el padecer, que dispuesto estaba á sufrir los azotes y cadenas por el nombre de Jesús; ni porque temiese ser el blanco de las afrentas y dicterios de los domésticos y criados, que hacían coro á sus dueños y señores y, con pésimo consejo, agravaban la cruz harto pesada de Martín, sino más bien porque le destrozaba de pena el corazón ver que aquellos á quienes tanto amaba eran ciegos esclavos del demonio y se hacían cada día más culpables y se endu-

recían más, queriendo por todos los modos imaginables que Martín renunciase á Cristo y quemase incienso en el altar de las falsas deidades del gentilismo.

Sin embargo, aunque Martín había tomado la firme resolución de huir al desierto, como dijimos, y en el modo de efectuarla debieron pasar entre los padres y el hijo escenas que callan los autores y no es dable adivinar, con todo, Dios dispuso que no la llevase al cabo totalmente por entonces y para siempre, sino que antes diese al mundo relevantes ejemplos de todas las virtudes. La ocasión fué ésta, como se dirá en el capítulo siguiente.





III

SAN MARTÍN SOLDADO.—OBLÍGANLE Á TOMAR LAS ARMAS Y ENTRAR EN LA MILICIA IMPERIAL

DESPUÉS de haber celebrado Constantino el vigésimo aniversario de su imperio augustal el año 326, volvió á Macedonia, dirigióse á Bitinia y á la Pannonia y pasó en varias ciudades de esta provincia tres ó cuatro años. Durante su estancia en Bizancio, adonde llegó el año 330, pensó poner en ejecución el pensamiento que hacía tiempo acariciaba de levantar en Oriente una ciudad que en grandeza, suntuosidad y magnificencia de templos y palacios, circos, arcos y termas, compitiese con Roma. Agradóle el sitio sobre el Bósforo y comenzó desde luego á ensanchar los muros y señalar el grandioso perímetro de la imperial ciudad, que, de su fundador, había de llamarse *Constantinopla*.

Mientras con incansable ardor se ocupaba en esto Constantino, los bárbaros, siempre vencidos, y después de la batalla más indómitos, aprovechando la ocasión, presentáronse en son de guerra el año 332 é hicieron varias correrías en distintas partes del Imperio.

Para oponerse á esta invasión mandó el Emperador por medio de un decreto, expedido el año 332, según prueba el Cardenal Baronio en sus *Anales* (1), que todos los hijos de los soldados veteranos, de diez y seis años para arriba, tomasen las armas y se alistasen en el ejército.

Martín, ignorante de esta orden y decreto, hallábase tranquilo y retirado en su amada soledad, no sabemos en qué sitio, pero probablemente no lejos de Pavía, entregado totalmente al trato y comunicación con Dios, bien descuidado de lo que pasaba. Y entonces fué cuando su padre, lejos de imitar á otros, que favorecían la fuga de sus hijos ó disimulaban el ardid de que se valían para librarse del pesado yugo de la milicia, viendo que Martín no se presentaba, le delató á los jueces militares, y él mismo, con buen golpe de soldados, salió en su busca y persecución. No sería extraño que le hallasen retirado en alguna cueva, ó tal vez haciendo oración, aunque nada de esto consta con certeza; mas el padre, recelando no quisiera escapársele, atóle fuertemente las manos, mientras le llenaba de injurias y denuestos.

Preso como un tráfuga y malhechor, le llevó cargado de cadenas (2) al cuerpo de guardia, ó al lugar señalado para prestar el juramento militar delante del tribuno.

No necesitaba, ciertamente, nuestro joven que se apelase á esos extremos ó se emplease con él tanta

(1) Ad annum 351, n. 46.

(2) "Raptus et catenatus." *Sulp. Sev.*

violencia. Aunque su inclinación no le llevaba al ejercicio de las armas, todavía, como amaestrado en la doctrina del Evangello, y fiel discípulo de la



escuela de Cristo, sabía muy bien *dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César*, y no ignoraba tampoco que es honroso y bello luchar hasta morir en defensa de la patria. Así lucharon en guerra santa los Macabeos; así Josué y David llevaron sus huestes á la victoria; así Mauricio y Sebastián,

y tantos otros en el Nuevo Testamento, hermanaron sus deberes de soldados con las virtudes del cristianismo.

No es de creer que se hubiese fugado Martín, con desdoro propio y peligro de los suyos. Martín en esta ocasión debió sentir en su pecho la voz del cielo, que le llamaba á nuevos combates en la milicia y le infundía el valor necesario á todo militar para anteponer, con razón, el cumplimiento de sus deberes á la conservación de la vida. Dios ilustraba su mente con nuevos rayos de luz y le enseñaba interiormente el modo de ser, á la vez que soldado del César, fidelísimo soldado de la fe.

Y tal fué Martín, entre el tumulto de los campamentos y el fragor de las armas, sin desmentirse jamás durante los *veinticuatro años* que se mantuvo en el ejército.





IV

ES ALISTADO EN EL CUERPO DE CABALLERÍA. SUS EGREGIAS VIRTUDES



ENTRE los distintos cuerpos ó clases de soldados en que se dividía el ejército en tiempo de nuestro Santo, la división más común y obvia es aquella que los distribuye en tres clases: en soldados de *guarnición*, *expedicionarios* y *palatinos*. Los primeros guarnecían las plazas ó las fronteras del imperio y estaban de asiento en ellas, ó junto á algún río ó ribera fronterizos: llamábanse *limitanei*. Los segundos eran los que actualmente estaban en guerra y peleaban contra los enemigos: *milites in armis*. Los terceros ó palatinos formaban la guardia del príncipe ó soberano, que, cuando estaban en guerra y sobre el campamento, se llamaban *milites de corpore*, y en tiempo de paz, simplemente palatinos. En cada cuerpo ó clase había infantería y caballería: soldados de á pie y de á caballo. Y es probable que hubiese acceso de una clase á otra, verificándose la traslación según lo aconsejaban las circunstancias. Así debió pasar nuestro Santo, de soldado de guarnición de Pavía, á expedicionario

en las Galias y el Ilírico, y, últimamente, á palatino de Juliano apóstata, incorporado siempre á la caballería.

Recibido en ella con distinción, como hijo de un noble tribuno, diéronle un asistente que le sirviese. No quiso más, como pudiera admitirlos, á ejemplo de otros; pero aun éste no tanto era para que sirviese á Martín, cuanto para que recibiese de él los servicios más humildes, le descalzase, limpiase sus vestidos, comiesen á una mesa (1).

Nunca brilló con tan hermosos fulgores la virtud de nuestro Santo como en la licencia del campamento y entre la profana soldadesca. Dios quiso mostrar á los hombres de qué es capaz la gracia cuando se enseñorea de un corazón como el de nuestro héroe, y hacerles ver y palpar que no está reñida la virtud con la santa alegría, y que no son incompatibles las asperezas de la santidad con las lícitas expansiones de la milicia. Pocas veces se vió alma más bella en cuerpo más sano y hermoso: centelleaban los ojos de aquel joven, que irradiaba pureza y descubría detrás de su pupila el cielo de su alma encantadora; su amable sonrisa, acompañada de la dulce expresión de su mirada, subyugaba los corazones al mismo tiempo que los contenía para que nadie se propasase en su presencia; sus palabras, siempre francas y prudentes, inspiraban confianza en todos; y cuanto mejores eran, más fácilmente se persuadían que un ángel del cielo

(1) "Cui tamen versa vice dominus serviebat, adeo ut plerumque ei et calceamenta ipse detraheret et ipse detergeret: cibum una caperent, hic tamen saepius ministraret." *Sulpic. Sev.*

había descendido á la tierra para ser su solaz, compañero y guía. Pero lo que más les embelesaba, y era cosa pocas veces vista en tan alto grado en los campamentos, era la humildad con que estaba dispuesto á servir á todos, la caridad verdaderamente más que de hermano con que los agasajaba y acogía, y aquella noble sencillez, libre de ficción y engaño, con que se hacía dueño del que una vez siquiera le trataba.

El que hallara poco antes sus delicias en el desierto, el que amaba tanto la soledad, ahora que, por voluntad de Dios, habitaba bajo las móviles tiendas de campaña, era el mejor compañero y camarada. Aprendió como pocos la instrucción militar: su talento, pronto y aventajado, le dictaba, como por intuición y sin discursos, los secretos de la estrategia, la rapidez y exactitud en las maniobras, el acierto en las combinaciones y plan de una batalla. Envuelto gallardamente en su clámide ovalada de blanca lana (1), era de ver cómo montaba á caballo ó fatigaba en la carrera á su brioso corcel, como el mejor jinete del escuadrón. De él se podía decir, sin sombra de hipérbole ó exageración, que era cordero mansísimo en la oración y león fortísimo en la pelea. ¿Qué mucho que con estas cualidades, con la liberalidad que usaba con los demás, quien tan de corazón se alegraba de los triunfos

(1) "Noten los pintores — escribe Molano (*De Historia SS. Imaginum*, lib. III, 47)—que la clámide de San Martín era de color blanco. Era el hábito propio—continúa—de los soldados romanos, á quienes la gallardía de la estatura y la nobleza y decoro del semblante recomendaban. Cercaban en la pelea al Emperador y formaban su guardia, *candida veste conspicui*."

ajenos y nada buscaba para sí, tuviese muchos amigos y fuese de todos generalmente querido? Generalmente decimos; porque ¿qué significa que entre la multitud de un ejército haya algún monstruo ó alma atravesada que, aun de las flores, donde las abejas sacan miel, saque él, por su malicia, algunas gotas de veneno? En todo caso, la excepción confirma la regla: amable era Jesús, y, sin embargo, se le atravesó á Judas.

En Martín sucedía una cosa particular, y es que su bondad y carácter nada huraño, su amabilidad y condescendencia con las flaquezas del prójimo, consentían de buen grado, sin molestarle, que algunos se chanceasen con él y le echasen á veces inocentes pullas, como sucede entre amigos, aun entre aquellos que más se quieren y respetan. Pero esos mismos que á veces le motejaban y zaherían ó parecían burlarse de él por su virtud y modestia, en su interior reconocían que Martín era muy bueno, que en su pecho no cabía falsía, que de nadie podían fiarse como de él, que en la hora del peligro no les había de faltar y que, en cualquier apuro en que se hallasen, á nadie mejor que á él podían acudir, seguros, y aun segurísimos, de que no había otro que más se interesase por ellos y quisiera sacarlos del aprieto.

Entre los que más intimaron con él hay que contar á su propio tribuno. Callan su nombre las historias; pero Sulpicio Severo nos cuenta que cuando Martín quiso dejar las filas, él le rogó que demorase su partida, prometiéndole, en cambio, seguirle y hacerse, como él, cristiano, cosa á que accedió

Martín, permaneciendo, por respeto de su amigo, más tiempo en la milicia. Queríanse como hermanos y se prestaban fraternal apoyo. ¡Cuántos habría parecidos, aunque no en tanto grado, que deberían á Martín el haber huído del vicio y el andar por buen camino, y hasta el lograr la eterna salvación!

Es una felicidad el dar con un buen compañero, y es un gran tesoro, dice la Escritura, encontrar un buen amigo. Martín lo era, y á ello contribuía, como hemos visto, en primer término su virtud, y también su índole, su carácter expansivo y jovial, su genio amable, su condición paciente, benigna y tolerante, su modestia y circunspección, su prudencia en el consejo y, ¿por qué no decirlo?, su misma edad y figura exterior. No sé qué tiene la juventud de atractivo y embelesador, que á inferiores, iguales y superiores naturalmente cautiva y predispone en su favor: un joven modesto y agraciado lleva en su cara la mejor recomendación; y si defectos posteriormente advertidos no destruyen las primeras impresiones, de seguro se abrirá paso en su carrera y hallará siempre almas que se interesen por él, dispuestas á favorecerle. No se notaron esos defectos en Martín, antes, cuanto más se le trataba, más fondo de virtud y buenas cualidades revelaba. De aquí la estimación que de él hacían. Pero es de notar que de ella y del ascendiente que le daba se servía nuestro joven, no en provecho propio ó para una vana y pueril complacencia de sí mismo, sino en provecho de los demás y para hacerlos mejores á todos.



V

PARTE SU CLÁMIDE CON UN POBRE ATERIDO DE FRÍO.—CRISTO SE LE APARECE

Es lástima grande que habiendo Martín pasado tantos años en la milicia tengamos tan pocas noticias de él durante tan largo período. ¿Y quién duda que debieron sucederle infinitos lances y hechos de perpetua recordación? En sus marchas forzadas por regiones tal vez inhospitalarias y á los ardores de un sol abrasador, ¡cuántas veces ejercitaría su paciencia sufriendo el hambre y la sed! ¡Cuántas se quitaría de la boca el pedazo de pan ó de la torta de *farro* para ofrecerla á un pobre ó á un camarada! Al pernoctar en las ciudades, al hacer alto en las campiñas, al invernar en pueblos de gentiles ó cristianos, ¡cuántas veces Martín, que era, según Sozomeno, *praefectus cohortis*, prefecto ú oficial de su cohorte, tendría que volver por los fueros de la justicia, defender el honor de las doncellas, mantener la disciplina militar, contener á los suyos y reprimir su espíritu de venganza! Nada de esto ha llegado á nuestra noticia; pero cualquiera comprende, aunque no se diga, que debieron en el espacio de veinticuatro años sucederle no pocos lances.

Uno sabemos, y por cierto de fama universal, que le pasó en las Galias, ignórase el año.

Era un día terrible de invierno, de los más rigurosos de aquella frígida estación. Estaban helados los campos, y los jinetes procuraban embozarse con sus clámides para defenderse del frío. Acercábase Martín con su escuadrón á Amiens por la vía de Agripa, que conduce de Lion á Boloña, cuando, cerca de la ciudad, se presentó un pobre mendigo á pedirle limosna. Era liberal y generoso nuestro soldado, y quizás por esto mismo no llevaba consigo aquel día ni un denario, como si dijéramos, ni un céntimo. Inútilmente registró su bolsillo; pero de repente, echando pie á tierra y extendiendo su clámide ó manto militar, desenvaina su espada y divide la pénula en dos partes, entregando una al mendigo. "Más quisiera daros — le dijo; — pero hoy no llevo una dracma. Hermano, cubríos si quisiera con este manto; defendeos del frío y que Dios os depare mejor suerte." Y diciendo esto monta de nuevo á caballo, se cubre con su partida capa y prosigue su marcha. Los compañeros, que lo advirtieron, celebraron el hecho con donaire; se chancearon, como solían; pero en su interior admiraron la caridad de Martín.

A la noche siguiente, cuando se entregaron al sueño, apareciósele Jesús, en medio de innumerables ángeles, en la figura del mendigo, cubierto con la media capa y diciendo á los celestes cortesanos que le rodeaban: "Con este manto, Martín, siendo aún catecúmeno, me cubrió: *Martinus adhuc catechumenus hac me veste conexit.*"

¡Ejemplo digno de eterna memoria é imitación!
Porque, á la verdad, quien socorre al pobre, que
representa á Cristo, á Cristo socorre, y quien viste
al desnudo, al mismo Cristo viste.



Según la tradición, San Martín ejecutó este acto de caridad cerca de una antigua puerta de la ciudad de Amiens, de la cual puerta se ven algunos restos no lejos del convento de los Celestinos. Púsose una inscripción conmemorativa, cuyos versos honran más al Santo que al poeta que los hizo:

*Hic quondam vestem Martinus dimidiavit,
Ut faceremus idem nobis exemplificavit.*

Construyóse en el mismo sitio una capilla, que, andando el tiempo, vino á ser una magnífica abadía, y más tarde monasterio de religiosos Celestinos. Para honrar el hecho de San Martín hizo Luis XI una fundación que sustentase á un pobre, el cual debía ir vestido con ropas de dos colores, como si el vestido estuviese hecho de dos medias capas (1).

Algunos pintores representan á San Martín montado á caballo, dividiendo con la espada su capa ó clámide y entregando al pobre la mitad. Nada puede sacarse en limpio acerca de esto de lo que escribe Sulpicio Severo, como advierte muy bien Ayala en su *Pintor cristiano y erudito*, lib. VIII, cap. IV; pero creen otros ser más conforme á la letra, y aun más tierno y caritativo, que el mismo Santo pusiese sobre las desnudas espaldas del mendigo su media clámide ó capa, según hemos dicho.

(1) P. LONGUEVAL, S. J., *Histoire de l'Eglise gallicane*, I, 251.





VI

BAUTISMO DE SAN MARTÍN

HECHO importantísimo en la vida de nuestro Santo es el que registramos en el presente capítulo. Quien considere la vida inmaculada de nuestro catecúmeno, las virtudes que embellecían su alma y las pruebas de constancia que había dado en el transcurso de su vida militar, no podrá menos de reconocer cuán bien preparado estaba para recibir el santo Bautismo, y casi se maravillará de que no lo hubiese recibido antes. Quizás lo había diferido, no por falta de preparación y deseo, sino por altas razones de conveniencia: para juntar con la estola bautismal el sayal burdo de anacoreta y comenzar á la vez la vida de perfecto cristiano (aunque tal era ya la suya) con la vida de monje solitario, que formaba desde los doce años su encanto y sus delicias.

Pero variaron las circunstancias y el hecho es que se decidió á bautizarse antes de dejar el servicio militar. ¿Qué le pudo inducir á ello? Muchos escritores hacen depender la nueva resolución del Santo de aquella regalada visión de Jesucristo que referimos en el capítulo pasado. En lo cual ciertamente

pueden decir que se apoyan en un texto de Sulpicio Severo, el cual, á continuación de aquel hecho, prosigue: "No se envaneció con esta vista el bienaventurado varón, sino que, reconociendo la bondad de Dios en su obra, siendo de edad de diez y ocho años, voló al Bautismo" (1). Pero no reparan que, en este punto y otros de precisión histórica, este eminente varón no tiene crédito, quizás por culpa de los amanuenses, que corrompieron el texto. Afirma Sulpicio que á los diez y ocho años de edad fué Martín bautizado; todo su servicio militar lo reduce á cinco años: tres antes del Bautismo y dos después de recibido; lo cual es manifiestamente falso y pugna con lo que otros escritores afirman, y aun con lo que el mismo Sulpicio en otras obras escribe (2).

El Cardenal Baronio va por otro camino. Recuerda que el emperador Constantino dispuso el año 351 que, en atención á los peligros que rodean al soldado y á lo expuesta que está su vida en cam-

(1) "Quo viso, vir beatissimus non in gloriam est elatus humanam, sed bonitatem Dei in suo opere cognoscens, cum esset annorum duodeviginti, ad baptismum convolvit." (*Vita S. Martini*, cap. III.) De Sulpicio pasaron esta y otras fechas y frases al Breviario en el oficio de San Martín.

(2) Si, como escribe Sulpicio Severo, fué San Martín bautizado á los diez y ocho años y pidió el relevo á los veinte, en la primera campaña de Juliano, año 356, seguiríase que treinta años después, ó sea el 386, sólo tendría cincuenta años, cuando en esta fecha vió al emperador Máximo en Tréveris, contra lo que el mismo Sulpicio escribe, que tenía entonces el Santo setenta años: *iam septuagenario*. (*Sulp. Sev.*, Diálogo 2, cap. VII.)

El P. Longueval opina que donde Sulpicio escribió 38, el amanuense copió 18. Ingenioso modo de salvar el error; pero falta probar que Sulpicio emplease esta clase de guarismos y no los romanos, si es que no escribió el número con todas sus letras.

pañá, en adelante, sólo los cristianos, armados y protegidos con el santo Bautismo, se dedicasen á la milicia. En virtud de esta ley, los catecúmenos que había en el ejército, y entre ellos nuestro Martín, recibieron este año el santo Bautismo. Y fué bautizado, como afirma Gregorio Turonense, á los treinta y cinco años de edad (1).

No disputaremos aquí acerca de esta ley ni de las razones aducidas y otras que alega en su apoyo: á nosotros nos basta por ahora el testimonio de Gregorio Turonense, del Cardenal Baronio y de otros para separarnos de la opinión de Sulpicio Severo y creer que nuestro Santo recibió el Bautismo, si no á los treinta y cinco años, bastante cerca de esta edad, y de ninguna manera á los diez y ocho años. El capítulo siguiente acabará de confirmar esta verdad.

Pero, dejando á un lado estas cuestiones, consideremos por un instante el extraordinario júbilo que inundaría su alma al acercarse el suspirado momento de sumergirse en las regeneradoras aguas del Bautismo. Iba á revestirse de Cristo, á renunciar al mundo y sus pompas, á recibir el indeleble carácter que para siempre le hacía miembro del cuerpo místico del Salvador... Iba á blanquear su alma con la sangre del Cordero..., ¡y qué cúmulo de gracias y carismas se le infundirían! Esto más es para pensarse que para decirse.

(1) "Haec igitur lex, qua factum est, ut omnes militari imbuerentur sacro baptismo, pariter effect, ut qui in exercitu erant catechumeni, sacro baptismate initiarentur: cum S. Martinus adhuc catechumenus et ipse pariter fuit baptizatus, annum agens (ut auctor est Gregorius Turonensis) trigesimum quintum." *Baronio, Ann.* 351, n. 17.

Es probable que entonces reiteraría el juramento militar, *sacramentum*, con esta fórmula, que nos dejó Vegetio, ú otra semejante: "*Juro por Dios y Cristo y el Espíritu Santo, y por la majestad del Emperador, que, después de Dios, ha de ser amada y reverenciada por el humano linaje: Jurant, inquit, per Deum et Christum et Spiritum Sanctum, et per majestatem Imperatoris quae secundum Deum generi humano diligenda est et colenda* (1)."

(1) Apud Baron., Ann. 351, n. 16.





VII

TERMINA MARTÍN LOS AÑOS DE SERVICIO MILITAR. RETÍRASE DE LA MILICIA

HABÍA llegado el año 356, y Martín, que el año 332 se había alistado en las filas del ejército, cumplía veinticuatro años de servicio; tiempo prefijado para poder darse de baja en él, á no ser que el interesado quisiera continuar ó, como ahora decimos, reengancharse. No pensaba en esto nuestro Santo, que veía con gozo llegado el plazo de poder dejar con honra las armas y consagrarse enteramente á Dios. Contaba entonces cuarenta años, poco más ó menos, y no era justo ni conveniente demorar más tiempo el cumplimiento de sus buenos propósitos.

Que estas fuesen las razones que movieron al Santo á pedir su retiro, en la ocasión que luego veremos, fácilmente lo comprenderá cualquiera que considere un poco la naturaleza de las cosas: son razones obvias que sin esfuerzo se ofrecen á la vista, y, por sabidas, se pudieran omitir. Alguna, sin embargo, la de los años de servicio, aléganla

el Cardenal Baronio (1) (Ann. 351, nn. 18-22; ann. 356, n. 124) y otros autores.

De donde se ve que no están en lo cierto los que suponen que nuestro joven quiso retirarse de la milicia por creer que el ejercicio de las armas era incompatible con la profesión de cristiano: *Christi ego miles sum, pugnare mihi non licet*, como dijo Sulpicio Severo; lo cual, tomado rigurosamente, es falso, y más inverosímil que lo dijera el Santo después del decreto ó ley del emperador Constancio, de que hicimos mención en el capítulo pasado. Y yerran también, como hemos ya dicho, los que suponen que Martín pidió el relevo cuando sólo tenía veinte años de edad y unos cuatro ó cinco años de servicio, porque esto se oponía á las leyes militares de los romanos, que no lo concedían sino á los que habían cumplido veinticuatro años de servicio: *viginti quatuor stipendia meruissent*. Y aun cuando admitamos con Longueval alguna variación en la disciplina militar antigua respecto de esto, nunca, sin embargo, puede ser tanta que rebaje hasta este extremo los años de servicio.

Por otra parte, si sólo contaba nuestro soldado veinte años de edad y cinco de servicio, ¿no se hubiese el padre de Martín opuesto á que lo abandonase? Pero no se refiere que dijese nada, sin duda porque, siendo su hijo de cuarenta años, el padre habría ya envejecido y no se hallaría en el ejército.

(1) "Tunc plane accidit (356) ut S. Martinus cum jam cuncta stipendia meruisset, a Juliano honestam peteret missionem."

Pero vengamos ya á la ocasión precisa en que pidió Martín su retiro.

Muerto Constantino el 22 de Mayo de 337, entre los hijos que le sucedieron en la repartición del imperio fué uno Constancio, el cual, fallecidos sus hermanos por causas que no pertenecen á nuestra historia, sujetó el orbe á su cetro y reinó como único emperador. Amenazaban los bárbaros el imperio por las Galias; y Constancio, que había hecho César (355) á su primo Juliano, el que después apostató de la religión cristiana, le confió el encargo de reprimir su empuje y sojuzgarlos.

A sangre y fuego avanzaban las terribles huestes, devastando los países adonde llegaban: habían sembrando la desolación en los campos de Autún, Auxerre y Troya; apoderándose de Argentina (Strasbourg), Worms y Moguncia, y dirigíanse á Rems con el grueso de su ejército. Juliano, veloz como un rayo, intentó salirles al encuentro y atajar sus pasos. Y para que en el primer choque no saliese perdiendo y fuese más difícil el desquite, quiso asegurar el golpe y ordenó que se juntasen en día fijo y determinado todas sus tropas, á cuya cabeza él en persona se pondría.

Hizo más: con el fin de reanimar el espíritu guerrero de sus soldados y atraerlos hacia sí personalmente, quiso, á semejanza de otros famosos emperadores, distribuir ó dar á cada soldado un regio *donativo*. Solemne y grandiosa manifestación, que consistía en hacer desfilar ordenadamente las legiones por delante de Juliano y recibir cada cual de sus manos, al hacerle reverencia, una moneda de

oro ó plata, á la vez que una sonrisa de agrado ó una palabra de aliento y benevolencia.

Entre esta inmensa muchedumbre de soldados y jefes se hallaba nuestro Martín, al que, como ya dijimos, Sozomeno llama *praefecto* de una cohorte: *praefectus cohortis*. El cual, conociendo el espíritu que animaba á Juliano, y juzgando menos decoroso para sí recibir aquel donativo, cuando estaba firmemente resuelto á retirarse de las armas, al acercarse, como los demás, al César, con modestia, sí, pero con varonil entereza rehusó el don y le manifestó que, pues había cumplido los años de servicio que marcaba la ley y estaba decidido á consagrarse irrevocablemente á Jesucristo, quería desde aquel momento retirarse de la milicia.

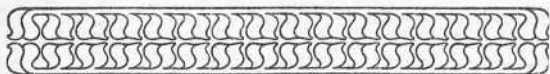
Llevó pesadamente tal resolución el César, cuyo ánimo de día en día se alejaba más del verdadero Dios; achacó á cobardía y á vileza de espíritu la determinación de Martín, y á duras penas pudo contenerse que no hiciese delante del ejército una barbaridad.

Entonces Martín, movido de espíritu superior, por lo que después se conoció, “En prueba—dijo—de que es verdad lo que digo y de que no es el miedo quien me impulsa á pedir mi retiro, dejadme mañana desarmado y solo delante de los enemigos: yo confío poder, con sola la señal de la cruz, pasar seguro por medio de ellos”.

Juliano, que, sin duda, quería, en su orgullo y odio al cristianismo, deshacerse de aquel invicto campeón, tomóle en seguida la palabra, y arrestándole delante de todos añadió: “mañana veremos si

los hechos corresponden á las palabras." Y correspondieron; más aún, sobrepujaron con altísima ventaja. Porque los bárbaros, viendo la muchedumbre de tropas que inundaba el campamento romano y la animación y entusiasmo que en él se había despertado, tuvieron por mejor el retirarse y ofrecieron, llegada la mañana, aceptables treguas. Así libertó Dios á Martín, y por los méritos de su siervo evitó que aquel día fuese de luto y matanza.





VIII

MARTÍN DISCÍPULO DE SAN HILARIO.—RECIBE EL ORDEN DE EXORCISTA

LIBRE ya Martín de los embarazos de la milicia, y deseoso de consagrarse totalmente á Dios, buscó maestro y guía que dirigiese sus primeros pasos en el nuevo camino de la vida que iba á emprender. Resolución acertada, para no errar en el negocio espiritual y senda de la perfección, donde no faltan encrucijadas y pasos difíciles ni enemigos que despojan á los caminantes. Por inspiración del cielo, sintióse movido á ir á Poitiers.

Apacentaba la grey cristiana de esta diócesis San Hilario, lumbrera del catolicismo en aquellos tiempos y acérrimo defensor de la fe cuanto enemigo de la herejía. De edad madura abrazó la religión cristiana y se dedicó con ahinco al estudio de las Sagradas Escrituras. Tan eminente era su virtud y tanta su autoridad con el pueblo, que, faltando pastor que gobernase el rebaño de los fieles, todos, de común consentimiento, le eligieron por Obispo y le obligaron, mal de su grado, á aceptar esta dignidad y en su misma patria.

Elevado á la silla episcopal, resplandecieron con más vivo fulgor su ciencia y virtudes, y el nombre de Hilario fué en breve tiempo el consuelo de los católicos y el terror de los herejes.

Tal era el insigne varón que nuestro Martín escogió por guía y maestro de su vida, ó, mejor dicho, á tan insigne maestro, en las difíciles circunstancias en que se veían las Galias, envió Dios este nuevo compañero de armas, para que le ayudase en sus peleas y fuese, con el tiempo, su esforzado sucesor.

Dióle cuenta Martín con la ingenuidad de un niño de todo el proceso de su vida, y no poco admirado quedó el santo Obispo de la inocencia y virtud de aquel oficial, que, á los cuarenta años de edad, unía maravillosamente el candor de un niño, la austeridad de un anacoreta y el valor de un héroe. Aunque no había cursado en las aulas, la luz recibida del cielo y el trato de los hombres le habilitaban desde luego para que pudiera emplearse con fruto en los sagrados ministerios. Veía muy bien San Hilario los grandes tesoros que el cielo se había complacido en amontonar en el alma de su nuevo discípulo, y quiso retenerle á su lado, haciéndole su diácono.

Rehusó Martín tal dignidad, que en los primeros tiempos de la Iglesia era de tanta consideración cual la vemos ennoblecida por San Esteban en Jerusalén, San Lorenzo en Roma y San Vicente en Valencia; juzgábase indigno Martín de tan preeminente oficio, y en vano se esforzó San Hilario en persuadirle que lo aceptase. Pero, si esto no,

por lo menos consiguió que entrase en el estado clerical, y le confirió el orden de exorcista.

Gozóse en ello Martín, ya porque desde entonces le destinaba Dios á hacer la guerra al infierno y arrojar al demonio de los cuerpos y de las almas, ya porque, con el nuevo oficio, se ataba más á su santo Prelado y se prometía recibir de él más copiosas instrucciones y disfrutar más de su trato.

El cielo, sin embargo, lo disponía, por de pronto, de otra manera. Habían transcurrido pocos meses, apacibles y tranquillos como la mansa corriente de un arroyuelo, cuando una noche le reveló el Señor ser su voluntad que partiese á su patria. Vivían aún los padres de Martín, y Dios quería que el buen hijo hiciese los últimos esfuerzos para traerlos al camino de la verdad. Comunicó á San Hilario la visión, y el santo Obispo, aunque con el sentimiento natural que le causaba la separación del discípulo, accedió á sus deseos mediante la formal promesa de que volvería luego que hubiese llenado su cometido.

Despidiéronse ambos afectuosamente, y Martín emprendió su camino con la bendición de San Hilario.





IX

ENCAMÍNASE Á PANNONIA.—CAE EN MANOS DE LA-
DRONES.—DESPRECIA AL DEMONIO.—CONVERSIÓN
DE LA MADRE DE SAN MARTÍN.

No sin alguna tristeza dejó Martín la compañía de San Hilario y de los fieles de Poitiers. Decíale el corazón que había de pasar trabajos en el viaje á Pannonia, y así sucedió. Al atravesar los Alpes que separan la Francia de Italia, yendo por una senda solitaria y algo apartada del camino, salióronle al paso, de entre un espeso bosque de árboles seculares, una partida de ladrones, que sospecharon tal vez no fuese Martín algún espía de la fuerza armada que hubiese salido en su persecución. Internáronle bosque adentro, con ánimo de quitarle la vida y despojarle de cuanto llevaba. Y hubiéndolo hecho uno de los ladrones, que tenía ya levantado el brazo é iba á descargar el golpe sobre su cabeza, si el capitán de la cuadrilla, movido de secreto impulso, no hubiese detenido su brazo, al mismo tiempo que preguntaba á Martín:

—¿Quién eres tú?

—Soy cristiano—contestó el Santo sin titubear.

—¿No tienes miedo?

—No. Un verdadero cristiano jamás teme, porque tiene la conciencia tranquila y sabe que Jesucristo está con él en vida y en muerte. Vosotros sí, llevando la vida que lleváis y teniendo por enemigos á los hombres, y, sobre todo, á Dios, vosotros sí que tenéis justas causas de temer.

Dijo esto con un aire tan sincero, con tan imperturbable tranquilidad mezclada de afectuosa compasión hacia aquellos miserables, que éstos, des-acostumbrados á semejantes escenas, y más que todo, tocados interiormente de la gracia, no pudieron menos de admirarse al ver tanta serenidad é intrepidez en un hombre que, solo, desarmado y atado como estaba en manos de facinerosos, ni mudaba de semblante, ni se preparaba á una defensa inútil, ni apelaba á los ruegos ó á las lágrimas. Esta superioridad de espíritu los sojuzgó; y entrando en conversación con él, cerciorados de que ni era espía ni los quería mal, fácilmente le escucharon al hablarles de la peligrosa vida que llevaban, de la misericordia de Dios que los estaba aguardando y de los premios ó castigos que hay reservados en la otra vida. En conclusión: le soltaron, tratáronle humanamente y le condujeron al camino real. Aquel que primero levantó el brazo para herirle, convertido totalmente á Dios, abrazó la religión cristiana y se hizo monje. De los demás nada hemos podido averiguar.

Otro lance le ocurrió cerca de Milán, por donde había pasado viniendo de las Galias. Iba Martín su camino cuando á deshora, entrada ya la noche, se

le presentó delante el demonio, en figura humana de un hombre de terrible aspecto, y, sin más preámbulo ni salutación, le preguntó:

—¿Adónde vas?

Debió conocer el Santo quién le hablaba y se limitó á decir:

—Adonde Dios quiere.



Irritado el demonio con respuesta tan lacónica y prudente, en la que para tanto entraba Dios, su mortal enemigo, no pudo contener su rabia y replicó, enviándole, por decirlo así, su cartel de desafío:

—Doquiera que vayas, y en cualquier cosa que pongas la mano, el demonio te hará la guerra y será tu enemigo..

A lo que el santo exorcista contestó con las palabras de la Escritura:

—El Señor es mi sostén; no temo nada de cuanto puede hacerme el hombre (1).

El reto estaba aceptado: mientras le durase la vida, Martín haría la guerra al infierno y trataría con desprecio al demonio.

Después de muchas jornadas y no pocos trabajos llegó Martín, por último, á Sabaria, término de su largo viaje. Con oraciones y penitencias dió principio al grave negocio de la conversión de sus padres, que el Señor le había encomendado, y dicho se está que procuró comenzar por ganarse su corazón, medio el más corto para llegar al fin. Hizo cuanto pudo con este objeto. Dejó pasar días y días; que no eran perdidos, por cierto, porque durante ellos trataba el asunto con Dios, á quien primeramente debía inclinar á que diese acierto y eficacia á sus palabras. Cuando juzgó que era ya sazón oportuna y que el terreno estaba bien preparado, dió, como si dijésemos, el primer asalto á su madre. Así lo aconsejaba la prudencia, ya porque, evidentemente, estaba ella mejor dispuesta y preparada para recibir la gracia de la verdadera fe, ya porque, convertida ella, podía servir de muy buen medio para lograr la conversión de su marido. No se equivocó en lo primero nuestro Martín. La luz

(1) "Dominus mihi adjutor est: non timebo quid faciat mihi homo." Ps. 117.

penetró sin obstáculos en el entendimiento de la buena madre, y su corazón, dócil á las inspiraciones del cielo, no tardó en abrazar la religión que su hijo le proponía y practicaba. ¡La hallaba tan justa y razonable! ¡tan santa en sus dogmas y preceptos! ¡tan consoladora, bella y sublime! Por otra parte, el culto de los dioses, ¡era tan ruin y repugnante, tan asquerosos y criminales los falsos númenes! ¿Quién había de tener por santa y poderosa esa muchedumbre de dioses y diosas, rivales entre sí, víctimas de los mismos vicios y asquerosas pasiones de los hombres? ¡Cómo se lamentaba de no haberlo conocido antes! ¡Qué bien lo había entendido Martín, que desde niño abominó de esas deidades! ¡Y cuán buen hijo era, que por convertirla y sacarla del error antes que muriese había hecho un viaje tan largo y trabajoso! Salía de sí la buena señora y lloraba de amor y agradecimiento, y no veía la hora de renacer por medio del agua y del Espíritu Santo, como dijo el Señor á Nicodemus.

Llenó de gozo, como se deja entender, á nuestro Martín la conversión de su madre; pero, ¡oh secretos misterios de la gracia!, le afligió sobremanera la dureza y obstinación de su padre. Todo se estrelló contra la roca de su empedernido corazón. No hubo argumento, ni razón, ni ruego capaz de ablandar aquella alma endurecida. ¡Cuán cierto es que un mismo fuego derrite la cera y endurece el barro! ¡Cuán cierto es que para creer se necesita la pía moción de la voluntad y que no basta la sola fuerza de los argumentos! ¡Misterios insondables de la libertad humana y de la gracia divina, que oprimen

al hombre con su grandeza y obscuridad! ¡De dos ladrones que mueren con Cristo en la cruz, uno se salva y otro se condena: de dos que aran en un mismo campo, uno es escogido y otro reprobado!...

No sabemos si vivieron aún mucho tiempo los padres de Martín después de estos hechos, ni si éste tuvo el consuelo de cerrar los ojos de su cristiana madre. No fué esta la única conversión que logró hacer nuestro Santo: á otros más trajo al verdadero redil de la Iglesia, lo cual si por una parte le llenó de sólido consuelo, por otra le proporcionó trabajos y disgustos en abundancia de los gentiles y arrianos, como veremos en el capítulo siguiente.





X

ODIO DE LOS HEREJES Á SAN MARTÍN.
ARRÓJANLE DE LA PANNONIA.—DIRÍGESE Á MILÁN.

OSA de un año había pasado San Martín en la Pannonia, no sin fruto de muchos, como dijimos, y desagrado y coraje de los arrianos, que negaban la divinidad de Jesucristo, á los cuales nuestro exorcista refutaba victoriosamente, sin perder ocasión de sacar triunfante la verdad de nuestros dogmas. Fué esto de manera que, instigados los herejes por el padre de la mentira y enemigo declarado de nuestro héroe, valiéronse contra él de las inicuas armas de la calumnia, de las injurias y denuestos y de cuantos géneros de ultrajes puede emplear una lengua viperina. Despreciábalos Martín con noble altivez y grandeza de alma, como quien sabía muy bien que las injurias no son argumentos, y que de ordinario acuden á ellas los que no tienen razón. Entonces, viendo los herejes que por este medio no lograban hacerle callar, antes bien, conociendo que la verdad se abría paso diariamente y que muchos desertaban del campo del arrianismo, conjuráronse contra él (y entraron en la conjura-

ción sacerdotes arrianos) para echarlo de la ciudad, como á un malhechor, perturbador de la paz de las conciencias y revolvedor del pueblo. Tumultuáronse cierto día en que transitaba Martín por las calles; rodeóle la chusma, que por momentos se engrosaba y le iba empujando hacia los muros de la ciudad, y, cuando le hubieron arrojado fuera, cerraron las puertas, prohibiendo que volviese á entrar, bajo pena de muerte.



Acordóse entonces de las palabras de Cristo á sus Apóstoles: "Si os persiguieren ó echaren de una ciudad, id á otra." Sacudió el polvo de sus sandalias

y se alejó de la población que le arrojaba de su seno.

Conforme á la palabra que tenía empeñada con San Hilario, su primer pensamiento ahora fué encaminarse á Poitiers, á ponerse de nuevo bajo la dirección de su santo y querido maestro. Mas en Italia supo que el vigilante pastor había sido desterrado de las Galias. Disgustado el emperador Constancio del libro que había escrito San Hilario contra los arrianos en defensa de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, tomó ya antes de ahora la resolución de echarlo de su silla; no se atrevió, sin embargo, á ejecutarla en seguida por fines meramente políticos, y en primer término por temor de irritar á los pueblos de las Galias, que en aquellas circunstancias podrían ayudarle mucho para rechazar á los bárbaros, que se enseñoreaban del país. De este mismo parecer era el nuevo César Juliano, enviado entonces á aquellas partes al frente de un ejército. Suspendióse, pues, la orden de destierro hasta nueva y mejor ocasión. Presentóse ésta cuando, estipulada una tregua ó armisticio entre el mismo Juliano y los bárbaros, pareció alejarse el peligro que amenazaba á las fortalezas y fronteras del imperio, y, sobre todo, cuando Saturnino, obispo de Arlés, arriano perverso y audaz, con otros obispos herejes, reunió un conciliábulo en Bisiers, en el cual se decretó la remoción de San Hilario de su silla pictaviense. No hubo ya tardanza, y el santo Pastor, arrancado ya por fuerza de su amada grey, se encaminó á la Frigia á cumplir su destierro.

Cerca de Milán cogió á Martín esta noticia; y

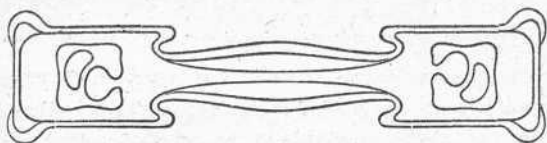
reconociendo en todo, como hacen los Santos, la voluntad y disposición divina, aunque sintió la victoria de los herejes y el daño de la Iglesia, no se impacientó contra nadie ni desmayó su corazón. Obligado por las circunstancias á detenerse en Italia hasta que mejorasen los tiempos, pensó en realizar ahora aquellos risueños planes que acarició desde su temprana edad, casi desde la niñez: retirarse á la soledad de un yermo, donde gozase sin estrépito ni ruido de la dulce y no interrumpida conversación con Dios y del admirable espectáculo de la naturaleza, espejo clarísimo de las divinas perfecciones, en cuya contemplación las almas limpias se recrean. Apartado, pues, de la ciudad de Milán, aunque no muy lejos de ella, escogió un sitio acomodado, donde se recogió con algunos discípulos participantes de los mismos deseos, entre los cuales mencionan los autores á Maurillo, cuyo padre era gobernador de la Galia cisalpina, y á Gaudencio, que después fué Obispo de Novara. En este como monasterio vivía retirado San Martín con sus monjes, aunque no tan abstraído de las cosas del mundo y apartado del trato con los prójimos que no tomase interés por los triunfos ó derrotas de la Iglesia y ayudase con instrucciones á los católicos contra la falsedad y perfidia de los arrianos.

Estas instrucciones y el rumor que de ellas nacía llegaron á oídos del obispo de Milán, viejo pastor, intruso en aquella silla con el favor del emperador Constancio, que lo había hecho venir de Capadocia con intento de dársela, arrojando de ella á San Dionisio, muerto después en el destierro.

Con tal habilidad se manejaba el intruso prelado Auxencio, que logró burlar al emperador Valentiniano I, sucesor de Constancio, y á obispos tan integérrimos como San Eusebio de Vercelis y San Filastrio de Brescia; hasta que Dios se compadeció de su Iglesia, y, quitado de en medio aquel lobo rapaz y extinguida aquella tea del infierno, colocó en la ilustre sede de Milán al gran San Ambrosio, que había de disipar las tinieblas de los errores esparcidos por el perverso arriano é ilustrar con los resplandores de su doctrina el obscurecido cielo de Italia.

Pero mientras esto llegaba á verificarse, Martín y sus compañeros no tuvieron más remedio que ceder á la violencia de Auxencio y librarse con la fuga de las asechanzas que le tendía su fiero perseguidor.





XI

MARTÍN EN LA SOLEDAD DE LA ISLA GALLINARIA.

VUELVE Á POITIERS Á JUNTARSE CON SAN HILARIO.

HAY en la costa del mar de Liguria, y en país perteneciente en otro tiempo á la república de Génova, una isleta ó peñón solitario, por nombre la isla *Gallinaria*, á causa, según dicen, de la abundancia de gallinas salvajes que hay en aquel reducido desierto, llamado por otro nombre la isleta de Albenga. Es fama que en esta isla, apartada por completo de todo humano comercio, abundaban multitud de serpientes venenosas, que hacían este lugar inhospitalario, á lo que se añade que, en lo antiguo, como se lee en la vida de San Amador, obispo de Auxerre, estaba aquel sitio infestado de malignos espíritus, como si la misma naturaleza y el mismo infierno hubiesen querido alejar de aquel escabroso sitio á los hombres ó seres racionales. Contrastaba el horror y aspereza de este lugar con las otras

islas del mar Tirreno, singularmente con la de Caprera y Gorgona, pobladas de innumerables solitarios, los cuales, según la feliz expresión de San Ambrosio, parecían responder con dulces himnos de alabanzas al Señor al horroroso mugido de las olas que se estrellaban contra los agudos peñascos de la costa.

Pues bien, sea que ignorase las desfavorables con-



diciones del terreno, sea que, buscando únicamente el silencio, la soledad y la aspereza, menospreciase los asaltos del enemigo infernal, lo cierto es que Martín, con un compañero suyo, escogió, confiado en Dios, aquel paraje para dedicarse á la oración y penitencia. No le salió vana su esperanza. Lo

mismo fué poner el siervo de Jesucristo su planta en aquella isla desierta, cuando al punto huyeron, dejándola abandonada, los espíritus de las tinieblas, y Martín pudo desde luego desplegar, sin ninguna molestia, las velas de su devoción y gozar sin importunos testigos de la soledad del yermo, por la que tanto tiempo había suspirado. Y ¡qué ratos tan dulces y celestiales pasaba entre aquellos empinados riscos, teniendo sobre su cabeza la inmensidad de los cielos, y bajo sus plantas el dilatado mar! Entregábase de lleno á la contemplación de las maravillosas obras de Dios; y traspasando los horizontes de la naturaleza visible, engolfábase contemplando y amando al soberano autor de lo criado, de quien eran destellos y rasguños las perfecciones de las criaturas. Asistíale el Señor con amorosa providencia, regalábale con inefables consuelos y cuidaba de él con amor de padre, con mayor predilección que viste y hermosea á los lirios del campo y sustenta á los pájaros que vuelan por los aires. Efecto de esta paternal providencia y cuidado fué que no recibiese ningún daño ni ofensa de las serpientes, que, como hemos dicho, abundaban en la isla, como si quisieran respetar la inocencia del siervo de Dios que con sus virtudes había convertido aquel desierto peñón en ameno paraíso. Y que esto haya de atribuirse á la bondad del Señor para con Martín, y no á contingencias casuales ó naturales efectos de las cosas, puede colegirse de lo que le sucedió una vez, aunque en diferente materia.

Alimentábanse Martín y su compañero de las hierbas y raíces de los arbustos de la isla. Germi-

nan allí muchas plantas venenosas; no las conocían nuestros solitarios, y un día, incautamente, comió de ellas Martín. El veneno produjo, naturalmente, su efecto. Sintióse mal, crecieron los dolores agudísimos y parecía nuestro anacoreta haber llegado al extremo. Pero alzó los ojos al cielo, hizo una breve oración y al punto quedó sano. Quería Dios demostrarle que él era su remedio, su ayudador, su médico y medicina.

En paraje tan acomodado á la penitencia más rigurosa, destituido de todo regalo y consuelo humano, y llevando una vida más celestial que terrena, más admirable que imitable, pasó unos cuatro años, al fin de los cuales tuvo conocimiento, no sé cómo ni por qué medio, de que San Hilario, su antiguo maestro y queridísimo guía en el espíritu, había sido restituído, llamado del destierro, á su obispado de Poitiers.

Martín, que había gustado las delicias de la soledad, acordóse, no obstante, de la antigua promesa y compromisos contraídos con su santo maestro; y aunque hubiera podido creerse desligado de su cumplimiento, tuvo por mejor atenerse á su palabra. Debióle de mover además la misma naturaleza de la vida que había emprendido y el sitio que habitaba; porque no hay duda de que una vida tal y en tal sitio no carece de peligros en el orden espiritual; y aunque tenga grandes ventajas para darse á la oración y penitencia, está, por otra parte, privada del beneficio de la dirección interior y del mérito de la sujeción y obediencia. Porque, ¿cómo ejercitará la virtud de la humildad quien no tiene

á quién rendirse y humillarse, ó á quién obedecerá quien no tiene superior? Pero, sobre todo, movióle la interna moción del espíritu y el conocimiento que el Señor le dió de que, era su soberana voluntad que buscase á San Hilario y, bajo su dirección, adelantase en toda virtud y encaminase á otros por la senda del bien, al propio tiempo que defendía la verdadera fe y combatía el vicio y la herejía.

Eran aquellos tiempos difíciles y de prueba. Porque nadie piense que la restitución de San Hilario obedeciese á un cambio radical de ideas en los que tenían las riendas del imperio, ó á que el arrianismo, convicto y confeso, arriase sus banderas y fuese á esconderse en los antros del infierno, de donde saliera en mal hora. No fué así. Levantóse el destierro á San Hilario, contra toda esperanza humana, por una de aquellas combinaciones de sucesos que demuestran en la historia que Dios es el árbitro de los pueblos y hace servir á sus designios las mismas pasiones y planes de los hombres. Cabalmente entonces, al decir del historiador Landl, arreciaba más la tempestad contra los católicos: Constancio, instigado por los arrianos, echaba de sus sillas y apartaba de su aprisco á los vigilantes pastores de la cristiana grey; los pueblos fieles á la verdadera fe eran cruelmente perseguidos; no se hablaba sino de destierros y confiscaciones de bienes: parecían renovarse los tiempos de Nerón y Domiciano; y, ¡cosa increíble!, cuando era mayor la ira de Constancio contra San Hilario, que, con apostólica intrepidez y valentía, se atrevió á leer en presencia del mismo Emperador un nuevo discurso,

en el cual demostraba la inconstancia de los herejes y los desafiaba á singular combate y disputa de los puntos controvertidos, mientras esperaba coronar con glorioso martirio su carrera y recibir de los enemigos de Dios y del Anticristo de su tiempo (como llamaba á Constancio) la sentencia de su muerte, se halló inesperadamente con la orden y licencia de volver á su silla, á pretexto de que era preciso desterrar del Oriente á un enemigo de la paz, perturbador de las conciencias y del público sosiego.

He aquí cómo refiere y explica este suceso Ribadeneira, de conformidad con otros escritores: "Cuatro años estuvo el santo Pontífice (Hilario) en aquel penoso y para él gustoso desierto (de la Frigia), hasta que, á deshora y sin pensarlo, fué llamado al concilio que por mandado del emperador Constancio se juntaba en Seleucia; y fué llamado sin voluntad del Emperador; porque, habiendo él dado una orden general á sus ministros, que convocasen á todos los obispos para el concilio, ellos llamaron, entre otros, á San Hilario, como obispo, sin tener en cuenta que estaba desterrado y en desgracia del Emperador... Vino, pues, San Hilario al concilio, con gran contradicción y repugnancia de los obispos arrianos..., y con su autoridad (de San Hilario) y sabiduría se trataron en aquel concilio las cosas que pareció convenir para confirmación y establecimiento de nuestra santa fe, con grande contradicción é inquietud de los herejes... Fueron enviados por el concilio algunos embajadores á Constantinopla, para dar razón de todo lo que se había

hecho al Emperador, y San Hilario fué con ellos, temiendo que los herejes hallarían más gratos oídos en él y que le darían á entender una cosa por otra, como suelen. Llegado San Hilario á Constantinopla, suplicó al Emperador que, para que mejor se conociese la verdad, quitadas las tinieblas con que sus adversarios la querían obscurecer, mandase que disputasen con él, porque, de esta manera, ni el Emperador resistiría á Dios, ni la mentira prevalecería contra la verdad, ni la herejía contra la fe católica. Inclinandose el Emperador á otorgar la petición tan justa de San Hilario; Valente y Ursacio, que eran los principales caudillos de los herejes, temiendo que, si el Emperador concedía á San Hilario lo que le suplicaba y se venía á disputa, se conocería su ignorancia y maldad, y que no podrían responder á las razones de San Hilario ni resistir á la fuerza de su espíritu, con grande astucia y artificio persuadieron al Emperador que le mandase volver á su iglesia, porque, con esto, él iría contento y ellos quedarían sin cuidado. Hízolo así Constancio y mandó al santo Pontífice que se volviese á su iglesia."

Admiremos en estos sucesos la providencia divina, que, con gran suavidad, atendía al bien y salud de las Galias ó Francia, necesitada de pastores vigilantísimos y denodados atletas que deshiciesen las tramas y enredos de los astutos herejes, y proveía á su pueblo de santos como Hilario y su fiel discípulo Martín.

El cual, en oyendo, como está dicho, que su santo maestro regresaba de la Frigia, determinó salirle

al encuentro y se encaminó á Roma, donde pensaba encontrarle. No le halló en la santa ciudad, en la cual permaneció San Hilario poco tiempo, y así continuó Martín su camino en dirección á Poitiers, donde, finalmente, con el regocijo que se puede pensar, se abrazaron los dos santos.





XII

FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE LIGUGÉ BAJO LA DIRECCIÓN DE SAN MARTÍN.—RESUCITA Á UN CA-
TECÚMENO.

GRANDE fué la alegría del santo obispo de Poitiers al recibir de nuevo á su amado discípulo y exorcista Martín. Veía los progresos que había hecho en la virtud, sus adelantos en el conocimiento de Dios y en el camino de la vida espiritual; supo los trabajos que había padecido y su fortaleza de ánimo y constancia invencible con que se había opuesto á los enemigos de la fe y á los combates del infierno, y todo esto le llenaba de satisfacción y de consuelo. Pensó en elevar á Martín al grado sacerdotal; pero tropezó, como años antes, con su resistencia y humildad. Era tan grande el concepto que tenía nuestro santo exorcista de la dignidad del sacerdocio, que de ninguna manera, ni por ruegos ni razones, se dejó vencer ni persuadir. Respetó San Hilario la resolución de su discípulo y aguardó á que Dios mismo allanase el camino y declarase mejor su voluntad.

Entretanto, siguiendo los impulsos de nuestro Santo, á quien el cielo llamaba al recogimiento, le señaló, á dos leguas de Poitiers, lejos del tumulto de la ciudad, un sitio, conocido después con el nombre de Ligugé (1), donde San Martín edificó el año 362, un monasterio, que fué el primero que se levantó en las Galias (2). Dispuso San Hilario que se recibiesen allí los muchos que, admirados de la virtud de Martín, querían abrazar la vida solitaria; hízolo superior de todos y los tomó bajo su dirección.

Jamás tuvo San Hilario un discípulo más dócil y que mejor se embebiese de su espíritu. Con suma avidez escuchaba sus lecciones, retenía en la memoria sus avisos y ejecutaba con fervor sus mandatos é insinuaciones. Terreno bien dispuesto para dar ciento por uno, recibía la semilla que sembraba en su alma el diligente maestro y agricultor, que, viéndole tan bien preparado, se complacía en cultivarlo con notable solicitud. Arrancar las malas hierbas de las faltas, hoy una, mañana otra, no todas juntamente, como quien tiene prisa por acabar pronto con la tarea comenzada; plantar las virtudes, comenzando por las que son como madres y engendradoras de otras virtudes, la humildad, la obediencia, el celo de aprovechar á sí y á los otros, la prudencia en palabras y acciones y otras semejantes.

Mas como en el camino espiritual no tanto con-

(1) *Ligugé* escribe el P. Longueval; M. Guérin y otros, *Ligugé*.

(2) En 1730 pertenecía este monasterio al colegio de los jesuitas de Poitiers. LONGUEVAL.

viene saber el nombre de las virtudes ni los pasos que se han de dar, cuanto importa poner manos á la obra y *andar*, no se contentó San Hilario con que su ferviente discípulo conociese la teoría de la santidad, sus atajos, veredas y proceder, sino que, al mismo tiempo, le ejercitó en la práctica de las virtudes, hasta sacarlo en ellas perfecto y consumado maestro.

Pronto se convenció de que Martín, en vencimiento propio y en abnegación de sí mismo, en rendidísima obediencia de juicio y voluntad, en la paciencia y en las demás virtudes, no caminaba al paso de los otros, porque fácil cosa es á Dios, de quien procede todo bien, enriquecer en un instante al pobre y humilde de corazón. Y no sólo esto, sino que, aun en otras acciones ordinarias, se vió que nuestro Santo era poderoso en obras y palabras y que tenía por ayudadores á los mismos cortesanos del cielo. Como apareció claro en el caso que aquí diré:

Había ido á Ligugé San Hilario á visitar á San Martín y á sus monjes y apacentarlos con el saludable pan de su doctrina. Después de haberlos consolado y estándose con ellos el tiempo conveniente, quiso volverse á celebrar los divinos oficios en la ciudad. Acompañóle, como era natural, á la vuelta San Martín. Había de ayudarle en la celebración de los divinos misterios. Preguntó San Hilario si llevaban cuanto era menester para celebrar, y le contestaron que sí. Llegados á la ciudad hallaron que, sea por olvido, sea porque Dios lo dispusiese así para glorificar á su siervo, se habían dejado en el monas-

terio el libro que contenía el orden de los divinos oficios, como si dijéramos, el misal. Lanzó San Hilario sobre Martín una mirada grave y severa, como notándole de imprevisión; advirtió éste la alteración de ánimo de su querido maestro, el obispo de Poitiers, y, saliendo al vestíbulo de la iglesia, mientras buscaba quien le trajese corriendo el libro que faltaba, se halló con que un ángel se lo traía, y que, en habiéndoselo entregado en sus propias manos, desapareció.

Supo después San Hilario este hecho, y en adelante no miró á San Martín como á discípulo é inferior, sino que le tuvo como igual y compañero, pues tan distinguido con milagros le veía del cielo.

No hay que decir que el monasterio de Ligugé era un modelo de observancia y una palestra de virtud. El espíritu y celo de la propia perfección que inflamaba al santo Superior se comunicó en seguida á todos sus súbditos, y cada uno parecía rivalizar y andar en competencia con los demás en materia de abnegación y vencimiento propio. La ley de la caridad con Dios y con el prójimo era la primera ley que allí imperaba, y la prudencia y santidad del Prelado regía las acciones y movimientos de los que cifraban su dicha en obedecer. Florecían la humildad y pobreza, la oración y mortificación, como plantas espontáneas de aquel huerto plantado por la mano de Dios, y la lección y el trabajo eran los naturales guardianes que mantenían frescas y lozanas aquellas plantas odoríferas y vistosas.

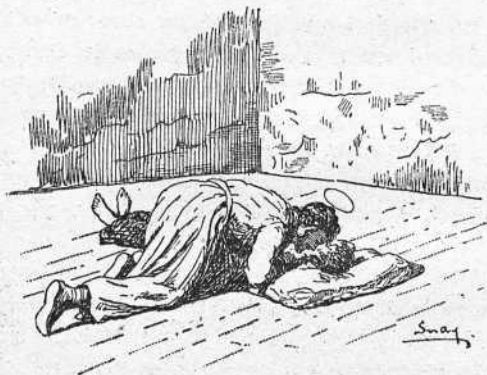
Por lo que toca á San Martín, además de lo que era común á todos, porque de nada trabajoso se

dispensaba, se dió, por encargo de San Hilario, á la lección y estudio de las santas Escrituras y á la meditación profunda de los dogmas y verdades de la Religión católica. Preveía, sin duda, el santo obispo de Poitiers lo que Martín había de ser con el tiempo y quiso hacer de él un sapientísimo maestro.

No era tan estrecha la soledad y apartamiento de los religiosos moradores de Ligugé que no les permitiese de vez en cuando salir del monasterio, en provecho de los prójimos ó por obras de celo y caridad, ni era tampoco tan rigurosa la clausura que no pudiesen, por iguales motivos, recibir bajo su techo á alguno que quisiese por unos días recogerse á la sombra de aquellos sagrados muros y gozar de la comunicación y trato de los santos religiosos. Demuéstralo el caso siguiente, que ha adquirido histórica celebridad:

Habían llevado al monasterio, para que se instruyera en la doctrina y misterios de nuestra santa Religión, á un fervoroso catecúmeno. Mientras proseguía adelante en sus instrucciones tuvo precisión de ausentarse del monasterio San Martín, y en aquellos días cayó enfermo el catecúmeno. Fué tan recia la enfermedad y tan fuerte la calentura, que en pocos días acabó con él, y murió sin recibir el bautismo. Cuando llegó el Santo al monasterio halló tristes á sus monjes, que iban á celebrar las exequias del difunto y darle sepultura. Estorbólo el Santo é hizo que lo llevasen adonde estaba el cadáver. Con gran sentimiento de su alma contempló aquellos despojos de la muerte; lo que

más le dolía era que hubiese muerto sin ser bautizado. Movido entonces de un secreto impulso de Dios, mandó á todos que saliesen del aposento y se quedó solo con el difunto. Arrodillóse, ó mejor, postróse en tierra, hizo fervorosa oración al Señor y, como otro Eliseo, se extendió sobre el cuerpo exánime y frío del catecúmeno: juntáronse ojos con ojos, labios con labios; y como si le hubiese comunicado su calor y vida, levantó los párpados



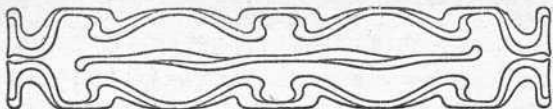
el difunto y comenzó á respirar. Clamó el Santo, dando alabanzas á Dios; y cuando, al oír el ruido y las voces, entraron los monjes, que aguardaban á la puerta, hallaron vivo y sonriente al catecúmeno, y al Santo que les mandaba bendijesen al Señor y le diesen gracias por el beneficio.

Contaba después el catecúmeno que, cuando salió su alma del cuerpo, fué presentada al tribunal de Dios, y que allí había sido sentenciada á estar en lugares oscuros y tenebrosos; pero que, enten-

diendo de los ángeles que San Martín hacía oración por ella, revocó el divino Juez la sentencia y la restituyó á la vida. El feliz resucitado recibió á los pocos días el bautismo.

Este suceso tan señalado dió ocasión á otro milagro semejante obrado por San Hilario, que no se debe pasar aquí en silencio. Fué el caso que á una pobre señora se le murió un hijo de pocos años antes de ser bautizado. Estaba por esta causa desconsoladísima la madre, y, cogiendo en brazos al niño, vase á San Hilario, pidiéndole que resucite á su hijo, siquiera el tiempo necesario para recibir el bautismo. "Si Martín—decía la afligida mujer,—si Martín, vuestro discípulo, siendo tan inferior á vos en dignidad, ha podido resucitar á un hombre ya grande, ¿no podréis vos, que sois obispo, resucitar á un niño? Si os llaman nuestro común padre, haced que recobre yo á mi hijo y oiga yo que me llama su madre." Enterneciósese el Santo con la simplicidad y lágrimas de aquella desolada señora, é invocando sobre el niño el divino poder, logró que el Señor devolviese la vida al pequeñuelo, que, levantándose del suelo donde le habían colocado, como si despertase de un sueño, se fué corriendo á abrazar á su madre.





XIII

CELO APOSTÓLICO DE SAN MARTÍN.—SUS VIRTUDES Y PREDICACIÓN.—RESUCITA Á UN ESCLAVO

HEMOS indicado ya en el capítulo anterior que la vida retirada ó solitaria de Martín no era tal que le impidiese salir de vez en cuando de su monasterio á ocuparse en obras de celo y caridad con los prójimos, ni tan aislada que no pudiesen éstos, con igual motivo, acercarse al monasterio. Almas tan grandes como las de San Hilario y San Martín, que veían con mirada de águila los peligros que rodeaban al rebaño de Cristo y ardían en deseos de procurar su remedio y acudir á su defensa, no podían consentir ni les sufría el corazón que sus discípulos se encerrasen entre cuatro paredes, y atentos únicamente á su propio provecho y descanso, dejasen las inermes ovejas á merced de lobos carniceros. Contaba, por desgracia, el infierno con numerosos y perversos secuaces en el mundo; flaqueaban los que debían sostener á los demás; muchos, puestos por Dios para que fuesen luz y sal de la

tierra, desvanecidos por su orgullo, obscurecían con densas tinieblas la verdad del dogma católico; otros, protegidos por el favor de los príncipes, se entrometían en las sedes episcopales y entraban en ellas, como por asalto y como ladrones, después de haber obtenido el destierro de los legítimos pastores; el Emperador usurpaba tiránicamente una autoridad y poder que no le competía: convocaba y disolvía concilios por su propia cuenta y albedrío; aprobaba ó rechazaba fórmulas de fe; todo era confusión y revueltas, y andaban los pueblos descarriados, como rebaños sin pastor. En tan aciaga situación, ¿cómo era posible que los que amaban á Dios no se lastimasen y que, al ver subir y crecer las llamas del incendio, no acudiesen celosos á apagarlo? ¿Cómo habían de permanecer mudos, como perros, según frase de la Escritura, al ver la riza y estrago que hacían los lobos en la grey?

Pero para hablar con acierto en materia de dogmas y de fe era preciso saber, y para saber, estudiar. Y era también necesario para perseverar con denuedo en la pelea y rechazar al enemigo ú oponerse á sus embates, como muro de bronce por *la casa de Israel*, esto es, por la Iglesia de Dios, era preciso revestirse de fortaleza y armarse con el escudo de la santidad. Esta era la idea de San Hilario al designar á Martín el terreno para el monasterio de Ligugé, idea que San Martín se encargó de realizar. El designio del santo Superior y de sus fervorosos discípulos era hacerse idóneos instrumentos en las manos de Dios para pelear sus batallas y difundir su gloria, derrotando á los ene-

migos de las almas, que, en último término, no son otros que el mundo, demonio y carne; pues sabido es que, así como el principio de la sabiduría es el temor de Dios ó la práctica de la virtud, así el origen y pábulo de los errores y herejías son, de ordinario, los vicios y la soberbia.

Con un hombre como San Martín no era difícil conseguir el blanco de sus deseos. Su vida era regla y ejemplo de los demás. Amado de Dios, formidable al infierno, riguroso consigo, caritativo y blando con los prójimos, y especialmente con sus súbditos, poderoso sobre la naturaleza y á quien parecían estar sujetos los elementos y la misma muerte, el antiguo oficial del ejército de Pannonia y de las Galias tenía tal ascendiente sobre los soldados de Cristo, que, á una simple insinuación, alcanzaba de ellos cuanto quería. Fuéle, pues, muy fácil incitar á los que ya de suyo corrían al estudio de la virtud y de la sabiduría. Meditaban asiduamente las sagradas Escrituras, sacaban copias de los libros de los Santos Padres que hasta entonces se habían escrito, conferían entre sí los dogmas y verdades de la fe, entregábanse de lleno al ejercicio de la oración, donde eran iluminados especialmente del cielo y recibían soberanas ilustraciones y, no pocas veces, la solución de sus dificultades; entreteníanse en trabajos de manos, y á sus tiempos en la labranza del campo, y nunca jamás estaban un momento ociosos, porque la ociosidad para Martín y sus monjes hubiese sido un crimen. A todo esto juntaban la abnegación del espíritu y la mortificación de la carne.

Una vida tan santa no podía menos de conciliarles el aprecio y veneración de las gentes. Acudían muchos á Martín y á sus discípulos en demanda de consuelo, instrucción y consejo, y era el Santo, sobre todo después de la muerte de San Hilario, el único oráculo, puede decirse, de los católicos de Poitiers. Heredero Martín del espíritu de su santo Maestro, como el profeta Eliseo lo fué del espíritu de Elías, redobló su celo y actividad y emprendió la conversión de los idólatras que en crecido número existían aún en aquellos países (1). Porque entonces, como siempre, suelen abundar los obreros en las grandes ciudades y centros de población, al paso que las aldeas y cortijos yacen en la ignorancia y en el abandono. Martín escogió para sí el cultivo de estas gentes descuidadas é indolentes; y si fué menos brillante su misión, fué, en cambio, más trabajosa y meritoria. El suceso coronó sus fatigas, y la idolatría quedó en aquellos sitios extirpada. Ocasión tendremos después de volver á tratar de estos ministerios, tan predilectos del Santo.

No quiero dejar de decir lo que le sucedió en una de sus correrías apostólicas. Pasaba por las tierras de un hombre principal, llamado Lupicino, cuando oyó gritos y lamentos de gente consternada por alguna súbita desgracia. Detúvose á ver lo que era y supo que un esclavo de la familia se había ahorcado. Entró en el aposento donde yacía el cadáver, y mandando á la turba que se retirase, postrose á orar y echóse sobre el difunto. Al poco rato

(1) LONGUEVAL, *Histoire de l'Eglise gallicane*, I, 298-299.

reanimóse el rostro del esclavo, abrió sus ojos, fijándolos en San Martín, y empezó á hacer esfuerzos para incorporarse; tendió al Santo su mano, pú-



sose en pie y le fué acompañando hasta el vestíbulo de la casa, con estupor de la turba de criados que le veían andar.

Esparciose la noticia del milagro por la comarca, y desde entonces el nombre de Martín fué célebre en aquellos pueblos y provincias, como lo demostrará el capítulo siguiente.





XIV

SAN MARTÍN, OBISPO DE TOURS.

SÁCANLE CON PIADOSO ENGAÑO DEL MONASTERIO.
SU ELECCIÓN.



CUATRO años habían transcurrido desde que, por la muerte del obispo San Lidorio, estaba sin pastor la nobilísima iglesia y diócesis de Tours. Y siendo tan grande la fama de la santidad y milagros de San Martín, movido el pueblo por divina inspiración, pensó, como entonces se hacía, elegirlo por padre y pastor de sus almas. Así eligieron también los milaneses al grande San Ambrosio, cuando no era más que catecúmeno. Pero la dificultad estaba en lograr que el humilde y santo taumaturgo, tan amante del retiro y soledad, admitiese la dignidad episcopal y quisiera encargarse del gobierno de sus almas.

Inútil era esperar el logro de sus deseos con ruegos, súplicas y lágrimas. Sabíanlo bien los turoneses, y apelaron á un piadoso engaño y artificio. Un tal Ruricio, hombre principal entre ellos, acompañado de numerosa muchedumbre de habitantes de

Tours, partió en dirección al monasterio donde vivía el Santo; y dejando á un buen número apostados y escondidos en un bosque junto á la carretera, con unos pocos se dirigió al monasterio.

Antes de llegar Ruricio á la presencia de San Martín compuso su semblante como si una gran desgracia le oprimiera el corazón. Con palabras llenas de tristeza le expuso el objeto de su visita: que dejaba en el lecho moribunda á su pobre mujer, rodeada de sus pequeñuelos, que pronto, si Dios no lo remediaba, quedarían huérfanos, cuando más necesitaban los cuidados de una madre; que él mis-



mo, al perder la dulce compañera de su casa, perdía su mejor arrimo y sostén en los combates de la vida... Hízole una patética descripción del miserable estado en que se encontraba, de su desgracia

inmensa, del sombrío porvenir que le amenazaba, y, arrancando del pecho un gran suspiro, échase á sus pies y, entre sollozos y lágrimas, le suplica que se compadezca de ella, que la ayude en el último trance. "Venid, Padre—le dice,—y echadle la bendición antes que muera." No pudo decir más.

El Santo, á quien, cuando se trataba de consolar al prójimo, y más si estaba en peligro de muerte, fácilmente se le convencía, no receló hubiese engañado en el que tan bien supo representar su papel, y cayó inocentemente en el lazo que con tanta habilidad se le tendía. Dios, sin duda, hizo que nada sospechase, para que así, con toda suavidad, se cumpliesen sus designios. Sin tardanza ninguna y vestido pobrísimo, como estaba, comenzó á andar, siguiendo á Ruricio, y en breve se alejaron del monasterio.

Pronto salieron de sus escondrijos los que se hallaban apostados en el bosque, rodeándole y cortándole la retirada. Y cuando preguntó á Ruricio quiénes eran y se enteró de lo que pretendían, no es posible explicar la pena que le causó aquella estratagema. Lamentóse amargamente de que le habían engañado y hecho traición; alegó su insuficiencia é incapacidad, pero todo en vano; no hubo remedio; era imposible huir: aquellos buenos turo-neses tenían previsto lo que sucedería y habían tomado sus precauciones; le llevaron materialmente preso á Tours, sin que valiesen al Santo súplicas y plegarias. Verdad es también que las demostraciones de amor y cariño, las protestas de fidelidad y obediencia que á su futuro padre y pastor prodiga-

ron aquellos fervorosos cristianos, formaban hermoso contraste con las sinceras demostraciones de humildad de nuestro Santo.

Cuando se acercaban ya á la ciudad destacáronse algunos de la comitiva para dar aviso de que traían al santo Obispo. Toda la población cristiana, que aguardaba con ansia el resultado de la expedición, se puso en movimiento, y llena de entusiasmo salió á recibir á su padre, á quien muchos no conocían sino por la fama de sus milagros y santidad.

Al divisar San Martín la apiñada multitud que se desbordaba por los campos y caminos vitoreando al enviado del Señor, conmovióse hondamente y acató la voluntad de Dios, que mostraba de aquella manera cómo quería servirse de su siervo en adelante. Pero los que habían ido á buscarle y con tanta habilidad le traían, recelosos no se les escapase, incitado de su humildad, no le perdían de vista ni se apartaban de su lado hasta verle consagrado como su obispo y sentado en el trono episcopal.

Por todos los pueblos vecinos corrió como chispa eléctrica la voz de lo sucedido, y, como movidos por un resorte, acudieron de todas partes á Tours para ver y conocer á San Martín. Fué tan favorable la impresión que su vista les produjo, que á una voz proclamaban dichosa y feliz la iglesia que le tuviera por pastor. El día en que se hizo la elección episcopal, como entonces se usaba, por los prelados, sacerdotes y pueblo reunidos, sucedió una cosa muy singular, que se tuvo por maravilla del cielo y demostración de la divina voluntad.

Fué el caso que cuando el pueblo de Tours y de otras poblaciones que había acudido para la elección estaba más satisfecho y alborozado por el pastor que Dios les enviaba, y cuanto más le miraban y más prendados de sus virtudes y cautivos de su santidad admirable se sentían hubo un prelado, por nombre Defensor, á quien le dió en rostro la austeridad de Martín, su cabello desgreñado, el hábito pobre y aquel porte y continente desaliñado con que se presentaba, como si aquello cediese en desdoro de la dignidad episcopal, tomando por motivo de acusación lo que, á buena luz, debía mirarse como motivo justísimo de alabanza, y más en aquellos tiempos y circunstancias, cuando acababa Martín de hacer un viaje arrebatadamente y á la fuerza, y cuando la Iglesia de Dios estaba necesitada de obispos más adornados de espíritu y santidad que no de ricos vestidos y pompa mundana. No hizo caso el pueblo y la demás concurrencia del voto de Defensor y prosiguió felizmente la elección.

Era costumbre leer en tales casos algún pasaje de la santa Escritura. Iba á hacerlo el lector señalado; pero era tanto el concurso y estaba tan apiñada la muchedumbre, que apenas podía pasar el lector y acercarse á la tribuna. Viendo que éste no comparecía, uno de los que cerca estaban, para no hacer aguardar tanto al auditorio, tomó el libro de los Salmos que allí había y, abriéndolo al acaso, comenzó á leer por donde se abrió. Era el versículo 3.º del salmo VIII: "De la boca de los niños y de los que están aún pendientes del pecho de sus madres hiciste tú salir perfecta alabanza, por razón

de tus enemigos, para destruir al enemigo y al defensor" (1).

Oído este versículo, levantóse un increíble clamoreo de aprobación en el pueblo, mientras la parte contraria quedaba confundida, y más que todos Defensor, que se veía materialmente notado en lo que se acababa de leer, como si el Señor hubiese querido, en favor de su siervo Martín, sacar de los niños é infantes una perfecta alabanza y arrollar por completo y borrar el voto de su contrario Defensor.

Contaba entonces San Martín cerca de cincuenta y cinco años, y su consagración, según Felipe Landi, se verificó un sábado entrada ya la dominica del día 4 de Julio del año 375. Otros señalan otros días, y no es fácil concordar las diferentes opiniones de los autores. Cada cual cree que la suya es la más probable (2).

No sabemos los días que pasaron entre la elección y consagración episcopal, ni menos aun nos constan los actos de la vida interior y espiritual que durante ellos practicó San Martín. Pero cualquiera fácilmente comprenderá que debieron ser *días llenos* delante del Señor los que empleó en recibir las sagradas órdenes que le faltaban (pues, hasta la hora presente en que vamos de su historia, sólo nos di-

(1) Donde en la Vulgata leemos *ultorem* otros leían *defensorem*, y esta lección era la seguida en el libro que al acaso tomó el lector.

(2) LONGUEVAL, *Histoire de l'Eglise*, I, 301, dice que la consagración de San Martín fué el domingo 12 de Junio de 371; pero el Cardenal BARONIO, *Anales*, t. IV, prueba, por el testimonio de Sulpicio Severo y de San Gregorio Turonense, que debió ser el año 375.

cen los escritores que era exorcista) y en disponerse y prepararse santamente á la ordenación y desempeño del oficio episcopal, donde aparece perfecto dechado de obispos, como en los capítulos siguientes se verá.





XV

LA IGLESIA DE TOURS AL TIEMPO DE LA ELECCIÓN DE SAN MARTÍN.—FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE MARMOUTIER.—VIDA DE LOS MONJES.

LA moderna Turena, que toma el nombre de un antiguo pueblo llamado Turoni, es una de las más fértiles y deliciosas provincias de las Galias, que, con razón, se denomina el jardín de Francia. Yace á la margen del río Loira y se extiende por veincuatro leguas de longitud de Norte á Mediodía y veinte de latitud de Levante á Poniente. La ciudad principal es Tours, sentada en una llanura al Mediodía, sobre la ribera izquierda del Loira, entre este río y el Cher, que desemboca en aquél á poco de haber bañado con sus aguas los muros de la ciudad.

Aunque el estado actual de Tours, en lo material, se diferencia no poco del que era en tiempo de San Martín, en lo eclesiástico, sin embargo, ya antes del año 300 de Jesucristo se contaba entre las ciudades que tenían sede episcopal, y podía gloriarse de haber sido ennoblecida por dos santos obispos, San

Gaciano y San Lidorio, que, como vigilantes y buenos pastores, habían apacentado con saludables frutos la grey cristiana y procurado alejar de su aprisco á los lobos carniceros.

Fué enviado el primero, por los años 250, á predicar la fe, por el papa San Fabián, cuando envió á Limoges á San Marcial y puso en la sede de Tolosa á San Saturnino, en la de Narbona á San Pablo y en la de Arlés á San Trófimo. Pero, arreciendo entonces por todas partes la persecución de Decio contra los cristianos, á la que en breve se siguió la de otros emperadores, San Gaciano se mantuvo casi siempre escondido con unos pocos, á quienes iba secretamente reduciendo á la verdadera fe, sin atreverse á fabricar iglesia ninguna dentro ó fuera de la ciudad; hasta que, por último, después de cincuenta años, al comenzar el año 300, dejó vacante, con su muerte, aquella silla, que estuvo sin pastor, próximamente, treinta y ocho años.

Un hijo de Tours, San Lidorio, vino providencialmente, después de tan largo espacio, á pastorear el rebaño de Jesucristo, tan necesitado de pastor; y logrando alguna mayor libertad para el ejercicio de su santo ministerio, si bien estaba la población infestada de arrianos, levantó el primero una iglesia, como dice el P. Longueval, "cerca de la ciudad, en casa de un senador". Cuando, por los años 371, fué á recibir el premio de sus virtudes, dejaba, es cierto, muy enfervorizados á los cristianos que le seguían; pero era aún tan reducida la grey cristiana y ardía con tanta fuerza el fuego de los vicios en la selva del gentilismo y malezas de la herejía, que dejaba

harto trabajo al celo del pastor que le hubiera de suceder. Aumentó el mal en el tiempo de la sede vacante, y esto indujo á los fervorosos católicos de Turena á buscar un obispo de la santidad y celo de Martín.

No podía éste olvidar el amor que le habían mostrado los turoneses y el motivo que los había inducido á sacarle de su monasterio; por esto consagró desde el momento de su elección todas sus fuerzas y energía al bien y gobierno de sus ovejas.

Pero es de considerar que, aunque se dedicó del todo al bien de su rebaño, no tiró por el camino ordinario que suelen seguir los que apetecen las honras y dignidades: el camino del fausto en sus casas-palacios, en la esplendidez de su trato, en la numerosa servidumbre de que se rodean. Para Martín, y sobre todo en aquellos tiempos y circunstancias, el obispo era el buen Pastor dibujado por Cristo en el Evangelio, que apacentaba cuidadosamente á sus ovejas, las conocía á todas y de todas era conocido, vigilaba constantemente por ellas, echaba sobre sus propios hombros á las enfermas ó descarriadas, y las amaba tanto, que estaba dispuesto á dar la vida por ellas y porque nadie le arrebatase ni siquiera una. Jesucristo, rodeado de los Apóstoles y de las turbas que le seguían, accesible á las pobres mujeres que le presentaban sus hijos para que los bendijese ó le pedían el remedio de sus necesidades y miserias; tal era el modelo y dechado que tenía siempre Martín delante de los ojos para conformarse con él, cuan perfectamente pudiese, así en lo exterior como en lo interior.

No hizo, pues, mudanza en su vestir, comer y dormir: falló en él el proverbio *honores mutant mores, que los honores mudan las costumbres*: tan sencillo y humilde, mortificado y bueno era Martín, obispo, como había sido Martín, monje.

Al principio de su obispado hízose, con cuatro tablones y esteras, una casucha ó celda adosada á la iglesia, que su antecesor, el obispo Lidorio, había edificado, como dijimos. Pero no permaneció mucho tiempo en este sitio, ya porque deseaba lugar más retirado del bullicio de la ciudad, ya, principalmente, por lo que ahora se dirá.

Cuando sus monjes y discípulos del monasterio de Legugé supieron lo que había sucedido á su padre y maestro queridísimo, el artificio empleado para sacarlo del monasterio y su exaltación á la silla episcopal de Tours, experimentaron los diversos sentimientos que se pueden suponer, de admiración por el hecho, de pena por su ausencia y de alegría también por la suerte y utilidad de los turonenses; y desde luego concibieron la idea de consultar al Santo y propónerle la edificación de un monasterio, en el sitio que él designase, cerca de Tours. De este modo no se verían privados de su amada presencia y sabia dirección.

Agradó sumamente la idea á San Martín, como á quien quizás ya se le había ocurrido, y entraba de lleno en sus planes, y satisfacía sus deseos de unir la vida solitaria á la clerical. Además veía el prudentísimo Obispo que en el futuro monasterio tendría un poderoso auxiliar para el mejor gobierno de su diócesis y cultivo de la viña del Señor.

Aceptado el pensamiento, escogió el Santo un lugar á propósito para su morada y futuro monasterio, á media legua de la ciudad, en un paraje tan retirado y secreto, que no se echaba de menos allí la soledad del desierto. Porque de un lado lo circuía la peña de un excelso monte cortado á tajo, y por otro cerraba la llanura del campo el río Loira, que formaba allí una pequeña ensenada. Sólo por una estrecha senda podía penetrarse en aquel sitio retirado. Hízose el Santo para sí una celda ó tugurio con troncos y ramas de árboles; otro tanto hicieron muchos monjes, y los más cavaron pobres chozas ó guaridas en la espalda del monte. Pronto llegaron á ochenta los que habitaban en aquellas fragosidades, de donde vino á llamarse aquel sitio el *Monasterio mayor*, y, vulgarmente, Marmoutier, á diferencia del antiguo y menos célebre de Legugé.

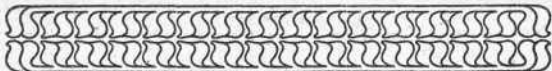
Todos tenían por padre y maestro á San Martín. Vivían en común y nadie poseía cosa propia. No les era lícito comprar ó vender, como á algunos monjes se permitía, ni ejercitaban tampoco arte ninguna, fuera de la de copiar ó transcribir libros, en lo cual se empleaban de ordinario los jóvenes, pues los más ancianos dedicábanse á la oración. Apenas se veía á ninguno fuera de su celda, si no es cuando se reunían para ir á la oración, que tenían juntos, ó al sitio donde tomaban una frugal refección, en común, á la puesta del sol. Nadie gustaba vino, si no era por enfermedad. Su vestido era de pelos de camello: hábito más fino y delicado habríase tenido por crimen; lo cual es más de maravillar por cuanto

muchos de los monjes pertenecían á familias nobles y se habían criado en todo regalo y abundancia, y voluntariamente, por Cristo, se abrazaban ahora con su humildad y paciencia. Muchos de éstos vinieron á ser con el tiempo excelentes obispos. Y no es de extrañar, porque, ¿qué ciudad ó iglesia no había de desear tener para sí un sacerdote del monasterio de San Martín?

Tal es la descripción que hace Sulpicio Severo de los monjes y monasterio de Marmoutier.

Pero tiempo es ya de ver cómo el santo Prelado comenzó á regir su rebaño y el celo episcopal que en su gobierno desplegó.





XVI

VA SAN MARTÍN Á LA CORTE DE VALENTINIANO I. SU ENTREVISTA CON EL EMPERADOR

UALQUIERA hubiese creído que un varón tan amante del retiro y la quietud, acostumbrado á la vida oculta de los anacoretas ó cenobitas en la soledad del desierto, había de ser naturalmente encogido y faltarle el trato de gentes y la iniciativa necesaria para emprender cosas arduas y difíciles. No fué así. Semejante á un general que, atalayando desde la cima de una montaña las posiciones del ejército enemigo, estudia el plan de batalla, distribuye sus fuerzas y evita, sobre todo, colocarse en terreno donde puedan envolverle los contrarios, Martín, que á la conquista espiritual de las almas aplicaba la táctica militar que había aprendido tan bien en su mocedad, meditó el plan que había de seguir para lograr la victoria y afianzar el triunfo de Jesucristo.

Mientras por una parte él y sus monjes aparecían en medio de su rebaño, como sal de la tierra, con el ejercicio de las virtudes y santidad de la vida, como antorcha refulgente puesta en lo alto,

que iluminaba á todos con el vivo-resplandor de su doctrina; por otra penetraba con honda mirada las llagas y ocultos males que aquejaban á aquella sociedad y los peligros y oposición que, naturalmente, nacerían tan pronto como quisiera desarraigar inveterados abusos y enfrenar á los procaces herejes.

Tenían los impíos y gente mala, como suele suceder, el apoyo en los poderosos de la corte. El mismo emperador Valentiniano I, que al principio había dictado algunas leyes favorables á los católicos, observaba una conducta, por lo menos, equívoca, y en ocasiones cruel y tiránica. Su mismo carácter irascible y violento le hacía montar en cólera con suma facilidad; y cuando esto sucedía, que era con frecuencia, no había freno que le contuviese ni ley divina ni humana que respetase. Había repudiado á su primera esposa, Severa, para casarse con Justina, furiosa y empedernida arriana. De un hombre tal todo se podía temer; y si los herejes de Tours y gente de mal vivir inclinaban en su favor el ánimo de Valentiniano y con artes y dones lograban su protección contra el nuevo obispo, era preciso, en lo humano, que contra tales obstáculos se estrellasen los esfuerzos y celo de San Martín.

Para precaver estos peligros, asegurar la paz de su grey y tratar otros negocios concernientes al bien de su iglesia, determinó el valeroso Prelado ir en persona á la corte del Emperador y hablarle al corazón, sin consejeros ni intermediarios. Hallábase éste, según Rohrbacher (1), en Tréveris, su resi-

(1) *Historia universal de la Iglesia*, t. V, pág. 208.

dencia ordinaria; según Felipe Landi, escritor de la vida de nuestro Santo (1), había ido á la Pannonia y estaba entonces en la misma patria de San Martín. Sulpicio Severo se limita á decir: Luego que fué consagrado obispo "*fuit ei necessitas adire Comitatum*" (2): le fué necesario ir al Condado, ó sea á la corte.

Dirigióse, pues, allá; pero Valentiniano, que supo su llegada, sospechando que venía á pedirle algo que no estaba dispuesto á concederle, y más que todo, sin duda, por no disgustar á la Emperatriz, que, como furiosa arriana, tenía odio mortal á todos los obispos católicos, decidió no recibirle, si le pedía audiencia. Y así sucedió. Una, dos y tres veces solicitó del Emperador permiso para hablarle y exponerle el motivo de su venida y los negocios que le habían obligado á emprender aquel largo viaje, á él, tan amigo del recogimiento de la celda y tan avaro del tiempo. Todo fué inútil, y, con notable descortesía, respondió á sus reiteradas instancias con groseras negativas.

No se intimidó con ellas el Santo ni desistió de sus propósitos. Acudió entretanto á la oración: con el Rey del cielo, harto más benigno y poderoso que todos los emperadores de la tierra, trató sus asuntos y fué de El favorablemente despachado. Al séptimo día certificóle el Señor que obtendría lo que deseaba y mandóle ir á palacio.

Sin estorbo ni dificultad ninguna halló francas las puertas, atravesó tránsitos y salones y, como si

(1) Pág. 62.

(2) Diálogo II, cap. V.

el ángel de la guarda le condujese de la mano, se halló ante la puerta de la ancha sala donde estaba el Emperador, y con osada resolución penetró en ella.

Valentiniano, que antes había prohibido severamente á sus guardias dejasen entrar á Martín en palacio, al verle ahora delante de sí, montó en cólera y, centelleando de ira sus ojos, increpó tan au-



daz atrevimiento é infracción de sus mandatos. Estaba desdeñosamente arrellanado en su silla imperial, resuelto á no escucharle, esperando que luego se lo quitasen de delante, si él mismo, confuso y abochornado, no se retiraba voluntariamente; mas no sucedió así, porque en el mismo instante, y en

menos tiempo del que se gasta en decirlo, vió su silla rodeada de llamas y el trono y estrado imperial circundado de fuego, con que le fué preciso saltar de él y acercarse adonde estaba San Martín. Y como en las manos de Dios están los corazones de los reyes, trocóse súbitamente de manera que, depuesta la ira, tendió los brazos al Santo, y no sólo le abrazó, sino que, aun antes que hablase, se adelantó á concederle cuanto le venía á pedir.

Los días que el santo Obispo se detuvo en la corte recibióle el Emperador con gran benevolencia, habló largamente con él, le invitó á su mesa y le ofreció al despedirse ricos dones, que San Martín no quiso recibir por amor á la santa pobreza. Hay quien dice que en esta ocasión profetizó nuestro Santo al Emperador la cercana muerte que á éste amenazaba, como poco después sucedió en la Iliria (17 de Noviembre del año 375).





XVII

REGRESA DE LA CORTE.—TRASLADA Á MEJOR SITIO LA IGLESIA PRIMITIVA Y HONRA Á SUS OBISPOS.—QUITA UNA GROSERA SUPERSTICIÓN.

DESPUÉS de una ausencia de pocos meses regresó el Santo obispo á su amada grey, siendo recibido de los buenos católicos, y sobre todo de sus fervorosos monjes, con aquella alegría que se deja entender. Volvía el Santo satisfecho de su misión, y daba gracias al cielo del feliz suceso que había tenido. No nos consta positivamente lo que obtuvo del Emperador ni los privilegios, ó facultades que éste le dió; pero colígese de la conducta y hechos de San Martín que logró ver asegurada la libertad de su iglesia y que nadie le pusiese cortapisas ó restringiese sus derechos en el ejercicio del ministerio pastoral y difusión del verdadero culto.

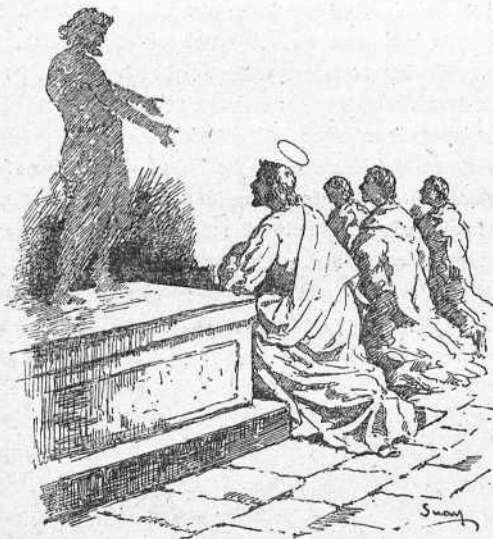
Lo primero que hizo, de vuelta de su viaje, fué trasladar á mejor sitio y más cómodo para el concurso de los fieles la pequeña iglesia que su antecesor, el obispo San Lidorio, había edificado en lugar humilde y con harta pobreza, y donde yacían,

sin recibir culto, las sagradas reliquias de San Gaciano, el primer obispo de Tours. Quiso Martín tributar á tan santos Prelados el debido honor y ponerlos como intercesores con Dios para que amparasen y defendiesen al pequeño rebaño que con tanto amor y celo habían durante su vida pastoreado. Y no hay que callar lo que con esta ocasión aconteció.

Porque, haciendo nuestro Santo oración, como solía, junto al sepulcro de San Gaciano, é implorando su protección para sí y para el pueblo que con tantas fatigas y peligros en tan difíciles tiempos había gobernado, al terminar su plegaria se dirigió á San Gaciano, como si estuviese vivo y presente, diciendo: *Benedic mihi, vir Dei: Benedicidme, varón de Dios.* A lo que contestó el difunto obispo desde el sepulcro: *Y yo también os ruego que me bendigáis, oh siervo del Señor.* Con lo cual confirmáronse todos en la grande opinión que tenían de la santidad de sus amados Pastores y se animaron más y más á verificar la traslación con mayor pompa y solemnidad. Acudieron á ella los monjes y discípulos de San Martín, y del pueblo cuantos pudieron. Colocaron el santo cuerpo junto al de San Lidorio. Aquí pasaba nuestro Santo largas horas en oración, y su ejemplo aumentó la devoción de los fieles.

Cuan celoso era Martín del debido honor de los Santos, tan enemigo era de toda superstición y de que fuesen honrados los que no lo merecían. El siguiente hecho lo demuestra, que debió suceder por este tiempo, y tal vez con esta misma ocasión.

Había cerca de Tours un sitio—diríamos una ermita—donde la gente sencilla solía detenerse al pasar y rezar no sé qué cosa. Súpolo el Santo y preguntó á quién rezaban. Dijéronle que á un mártir de los tiempos antiguos que estaba allí sepultado. Informóse más y no quedó satisfecho. Parecíale extraño que no se hallasen memorias ni actas de su martirio y que los obispos sus antecesores, varones celosos y santos, hubiesen dejado en tal abandono á un mártir de Cristo.



Como San Martín, á la par que celoso y pío, era prudente y amigo de depurar la verdad, quiso salir de dudas: dar al difunto el merecido culto si era

mártir, ó, si no lo era, quitar desde luego aquella superstición. Acompañado de algunos monjes, vase al lugar donde se decía estar sepultado el presunto mártir; híncase de rodillas sobre el sepulcro, hace oración y manda á sus monjes allí presentes que oren también; y mientras pide al Señor luz y conocimientos para entender la verdad, á los pocos instantes ve levantarse á su mano izquierda la sombra de un hombre feroz, de aspecto horrible y facineroso, que con voz triste pero muy clara le decía: "No soy yo ningún mártir de Cristo, sino un criminal y asesino, ajusticiado por mis maldades. No merezco la honra que el vulgo me da, porque las almas de los mártires están en la gloria, yo, entre tormentos." Oyeron esto los circunstantes, aunque no vieron la sombra del que hablaba.

Expuso San Martín lo que había visto, declaró lo demás que convenía y mandó quitar el altar que la ignorancia del vulgo había levantado. De esta manera borró tan grosera superstición.





XVIII

CELO DE SAN MARTÍN EN EXTIRPAR LA IDOLATRÍA.

PRODIGIOS QUE LE ACOMPAÑAN. — DESTRUYE LOS
TEMPLOS Y SIMULACROS DE LOS FALSOS DIOSES.

HEMOS dicho ya en otra parte que mientras San Martín habitaba en el monasterio de Legugé puso especial empeño en desarraigar la idolatría que infestaba aquella comarca. Extendido ahora con el nuevo cargo el radio de su acción, se dió con mayor celo y eficacia á combatir el falso culto que tributaban al demonio aquellos pobres pueblos, sentados todavía en las sombras de la muerte.

Grande había sido el celo con que los santos Gaciano y Lidorio trabajaron por extirpar la idolatría, y no quedó por ellos el que no desapareciese del todo; pero estaba tan arraigado este mal y tropezaban con tantas dificultades y peligros, que, careciendo de medios eficaces y no pudiendo obrar con entera libertad, tuvieron que resignarse, con dolor, no ciertamente á abandonar la empresa, pero sí á ver con frecuencia fallidas sus esperanzas y malogrados sus esfuerzos. No había llegado aún la

hora señalada por Dios para hacer ostentación de su virtud: cuando llegó ésta apareció en Turena San Martín, armado del poder de lo alto y circundado con la gloria de sus milagros.

Para mayor orden y claridad, dividiremos esta materia en tres capítulos, de los cuales el presente comprenderá algunos prodigios obrados por el Santo en las cosas insensibles; á éste se seguirá el de los milagros en los animales irracionales, y, por último, el tercero abrazará las curaciones de las personas y otros prodigios en los seres dotados de razón. No los contaremos todos, porque sería nunca acabar; pero todos los que contemos tendrán por objeto y fin la extirpación de la idolatría, y en todos brillará triunfalmente el poder de la divina gracia.

Comenzando, pues, por lo primero, en un lugar que Sulpicio Severo llama Leprosum y otros Libroso ó Libroso, había un riquísimo templo de gentiles, venerado por su antigüedad y célebre por el concurso de gentes que de todas partes acudía para adorar en sus ídolos al príncipe de las tinieblas. Juzgó San Martín que, destruido éste, como asilo principal de la idolatría y palacio del demonio, sería más hacedero destruir los demás. Lleno de confianza en Dios, se encaminó á Libroso con algunos de sus monjes. Cuando estuvieron cerca, la gente del pueblo, sospechando á lo que venían, alborotóse de mala manera, y con armas, garrotes y cuanto halló á mano se aprestó á defender el templo, mientras echaba espumarajos por la boca y vomitaba contra el Santo toda clase de injurias y villipendios.

Martín, que había venido de paz y no quería con su presencia hacerlos más culpables, se retiró con los suyos á un lugar apartado, rogando al Señor volviese por su causa y dispusiese mejor los ánimos de aquellos pobrecitos engañados del demonio.



Tres días pasó en continuo ayuno y oración, derramando copiosas lágrimas en el divino acatamiento. Al tercer día se le aparecieron dos ángeles en hábito de invencibles guerreros, armados de es-

cudo y lanza, que venían á defenderle de todo insulto hasta que hubiese llevado al cabo la obra proyectada: mándanle que vaya y nada tema, porque el Señor está con él.

Fué; pasó impávido, con los monjes, entre las filas de los gentiles, dispuestos en orden de pelea; entró sin ningún obstáculo en el templo, quemó cuanto allí había de valor: echó por tierra las estatuas, deshizo los altares, arrasó el edificio hasta los cimientos, é hizo todo esto ante los mismos ojos de los gentiles, sin que, de entre tantos idólatras como allí había, que tres días antes querían bebérsele la sangre, hubiese ahora ninguno que levantase la mano ó moviese el pie, como si no viesen lo que se hacía ó lo mirasen con gusto.

Cuando volvieron en sí de aquel estupor, que los había atado, por decirlo así, de pies y manos, maravillados de sí mismos, reconocieron que aquello no podía haber sucedido sino en virtud de algún Numen ó divinidad superior á los dioses que adoraban, y así pidieron al Santo los instruyese en el conocimiento de aquel Dios con cuyo poder había obrado tantas maravillas: á El querían adorar y no á otros más débiles é inferiores.

Condescendió con sumo gusto el Santo, que no deseaba otra cosa: los instruyó en la fe y religión cristiana, declaróles los misterios que la Iglesia profesa acerca de la divinidad y economía de la redención con lo demás que hacía al caso, y tuvo el inexplicable consuelo de bautizarlos á todos por su mano. Hizo más. Para memoria de aquel estupendo milagro de la gracia y mayor gloria del Señor, le-

vantó sobre las ruinas del templo destruído una iglesia y, junto á ella, un monasterio, para los que quisiesen consagrarse á Dios y servirle con mayor perfección. Tenía esta costumbre San Martín: que donde destruía un templo, altar ó bosque consagrado á un dios falso, en el mismo sitio edificaba luego una iglesia ó monasterio al verdadero Señor de cielos y tierra, donde fuese servido y adorado.

Animo grande dió á Martín la victoria obtenida en Libroso para proseguir en la empresa comenzada de destruir el culto de los ídolos y el reino de Satanás, no de otra suerte que un valiente general, cuando ve caída la principal fortaleza enemiga, situada en la frontera, se anima á conquistar otras plazas del interior. Continuó, pues, con mayor aliento en la demanda y derribó, acompañado de algunos discípulos suyos, otro templo de los ídolos. Mas, queriendo cortar un árbol gigantesco que junto á aquel templo extendía su pomposo ramaje, opusieron los habitantes del lugar, que, cohibidos por Dios, habían permitido la destrucción del edificio. Representóles Martín que nada sagrado y digno de veneración había en aquel tronco; que adorasen al Dios que él adoraba, y que era preciso cortar aquel pino, como cosa dedicada al demonio.

Entonces uno de ellos, más atrevido que los demás: "Si tienes—dijo—en el Dios que adoras alguna confianza, nosotros mismos cortaremos el árbol, con tal que tú lo recibas al caer: si Dios está contigo, como dices, nada tienes que temer, no te dañará el golpe, y nosotros haremos lo que digas". Inspirado interiormente el varón de Dios, deseoso de ganar

aquellas almas, y confiando en el divino poder, aceptó la condición, en la cual convino todo el pueblo, teniendo por mejor, con la pérdida de un árbol, causar la ruina y dar la muerte al que miraban como implacable enemigo de sus dioses.

Estaba inclinado el enhiesto pino hacia un lado, por lo cual no era difícil prever hacia qué parte caería. Atan, pues, al Santo del lado adonde debía



caer y le sujetan de suerte que no pudiera escaparse. Comienzan con gran clamoreo y algazara á derribar el pino; resuenan por el valle los fuertes

golpes de los hachazos; retirase á respetable distancia la turba de espectadores: unos, los gentiles, alegres con la esperanza del suceso; los monjes presos de angustia y ansiedad; bambolea el pino y amenaza inevitable ruina por el lado donde estaba San Martín: dan los gentiles un grito de alegría y palidecen los monjes, consternados por el próximo peligro, temiendo á cada instante la muerte de su Padre; sólo éste permanece tranquilo y sereno, puesta su confianza en Dios. Cuando, dando un postrero y desgarrador gemido, se desplomaba el árbol con estruendo é iba á echarse sobre Martín, hace éste la señal de la cruz, y como si una fuerza superior empujase al árbol á la parte opuesta, cae del lado donde estaban los leñadores y gentiles, á quienes poco faltó no dejase aplastados.

Considere cada cual el efecto que esto produjo. Lloraban los monjes de alegría al ver salvo á su Padre; los idólatras, ante tan estupendo milagro, levantaron al cielo un incesante clamoreo, y, tocando Dios sus corazones, no acababan de volver en sí, confesando que nunca se había visto cosa semejante. Aquel día amaneció para aquel pueblo la salud. Apenas quedó nadie que no creyese en el Dios de San Martín. Pocos eran los cristianos (y, mejor dicho, ninguno) en aquella región antes de este suceso; después—son palabras de Sulpicio Severo,—tanto pudieron las virtudes, predicación y ejemplo del santo Obispo, que apenas se hallaría pueblo ó villorrio donde no hubiese iglesias ó monasterios.

En cierta ocasión, habiendo mandado prender

fuego á un templo profano, crecieron tan inmensamente las llamas, que amenazaban devorar las casas contiguas. Subió el Santo á la azotea de una de ellas; y cuando iba ya á propagarse el incendio, á la presencia y ruegos de Martín, vino de repente de la parte contraria un viento huracanado, que lanzó las llamas hacia el templo, abrasando únicamente lo que el Santo había ordenado se quemase y destruyese.

Otra vez, diciéndole un clérigo suyo, llamado Marcelo, que en la ciudad de Amboise se levantaba una altísima torre consagrada á los dioses, hecha con maravillosa estructura y mármoles preciosos, le mandó que fuese allá á destruirla en su nombre. Fué, en efecto, el clérigo, con algunos cristianos; pero, pareciéndole imposible ejecutar la orden del Santo, por la grandeza y solidez de la obra, volvióse al buen Maestro, contándole la imposibilidad de la empresa. No le dijo nada San Martín; pero, retirándose después, se puso en oración, perseverando en ella toda la noche. Cuando rayó el alba levantóse tan recio torbellino y una tempestad tan fuerte de truenos, relámpagos y rayos, como si se hundiese el firmamento, y, deteniéndose sobre la altísima torre, en pocos instantes la arrasó hasta los cimientos.

Terminemos este capítulo con el hecho siguiente: Estando un día San Martín en oración, no lejos de una altísima columna en cuyo vértice ó remate resaltaba una estatua no sé de qué ídolo, se vió aparecer en el aire, á vista de todos, otra columna, la cual, arrojándose sobre aquélla con grandísimo im-

petu y estruendo, la hizo pedazos y redujo á polvo.

En suma, no hubo cosa á la que diesen culto y veneración los ciegos idólatras que San Martín no quitase ó destruyese, edificando en su lugar, como se ha dicho, alguna iglesia ó monasterio á honra de Dios, para la devoción de los pueblos convertidos.





XIX

FATIGAS DE SAN MARTÍN Y PRODIGIOS QUE OBRÓ EN LOS IRRACIONALES EN ORDEN Á LA EXTIR- PACIÓN DE LA IDOLATRÍA.

SI fueron numerosas y admirables las conversiones de idólatras que obró el Señor, por medio de su siervo Martín, en la destrucción de los ídolos y templos profanos, con los continuos y estupendos milagros que doquiera le acompañaban, no fueron menos admirables y numerosas las que le siguieron con las renovadas maravillas que hizo y trabajos que padeció, en varios lugares y diversos tiempos, respecto de los animales destituídos de razón.

Fué, ciertamente, singular lo que le aconteció una vez que iba montado en un humilde jumento para llevar la luz de la fe á algunos pueblos de aquellas comarcas; suceso que le acarreó no sé si diga más gloria que pena. He aquí cómo lo refiere Sulpicio Severo:

“Ibamos—dice—con él (con San Martín) algunos monjes; y quedándonos nosotros, no recuerdo por qué motivo, algo atrás, se adelantó el Santo, engol-

fado en la contemplación de las cosas celestiales. Venía por la carretera pública una carroza llena de gente militar; los caballos, al ver á Martín toscamente vestido, envuelto en su capa negra, medio colgando hasta el suelo, se espantaron al emparejar con el jumentillo en que iba montado el Santo y retrocedieron, echándose á un lado, con tan mala



suerte, que se enredaron con las cuerdas y rendaje, armándose la confusión que en tales casos suele haber. Impacientes los militares por la obligada detención, échanse de un salto á tierra, y mientras unos desenredan á las caballerías, otros la emprenden á golpes con el Santo, á quien no conocían, y le muelen á palos, dejándole tendido en el suelo y mal herido. Sufriólo todo Martín con increíble

paciencia y sin desplegar los labios; lo cual, en cierta manera, los irritaba más: ver que él, como si no sintiese los golpes, los despreciaba.

"Llegamos entonces nosotros: hallámosle exánime en tierra, feamente ensangrentado, cubierto de heridas todo el cuerpo. Pusímosle sobre su asnillo y nos fuimos de allí apresuradamente, execrando aquel lugar, de triste recordación.

"Entretanto, los militares, saciado su furor, habían vuelto á su carroza para proseguir su camino. Hicieron con las riendas la señal de partir; pero los caballos no se movían. Agujíanlos con voces y varas; todo inútil: parecían estar clavados en el suelo, yertos como estatuas de bronce. En vano ensordecían el aire con gritos los cocheros y resonaba la selva con los golpes que daban; en vano rompían sobre las caballerías las varas que cortaban de los vecinos árboles: nada adelantaban. Ante prodigio tal, nunca de ellos visto, comenzaron á sospechar no hubiese allí algún misterio. Las caballerías, de suyo tan dóciles y acostumbradas á la carroza, no estarían de aquella suerte inmóviles si una fuerza superior no las tuviera allí encadenadas. Volviendo, pues, en sí, se dieron á pensar si sería aquello castigo del cielo por haber apaleado y herido á aquel pobre caminante. Infórmanse de los transeuntes quién era aquel hombre ya de edad que poco antes había pasado en dirección opuesta á la que ellos llevaban. Cuando averiguaron que era el santo obispo Martín quedaron aterrados. No le conocían de vista, pero sí de nombre y por la fama, y no les quedó la menor duda de que lo sucedido con los

caballos era manifiesto y justísimo castigo de su mal comportamiento. Sin detenerse, vienen todos volando hasta alcanzarnos. Confusos por la vergüenza, cubiertos de polvo y hechos fuentes sus ojos, arrójanse á los pies de San Martín, pidiéndole perdón. Bien saben que no lo merecen: que han sido unos crueles y bárbaros, hiriendo y afrentando al que es Padre de todos: que merecían que la tierra los tragase vivos ó se quedasen, como sus caballerías, hechos unas estatuas sin movimiento; pero que viese ya la pena y sincero dolor de sus corazones, que se compadeciese de ellos, que los perdonase y diese á ellos y á sus caballos libertad para seguir su marcha. Había tenido el Santo revelación de lo que había de suceder y cómo vendrían á pedirle perdón: así nos lo dijo antes que llegasen. Los perdonó benignamente y dióles la licencia que pedían."

Un ejemplo tan heroico de paciencia y benignidad, acompañado de tan singular prodigio, valió más, para propagar y arraigar la fe de Jesucristo, que cien discursos elocuentes; que no hay elocuencia más persuasiva que la del ejemplo, y una religión que enseña á practicar tales virtudes y va acompañada de milagros no puede venir sino del cielo.

Más fructuoso para la conversión de los gentiles y edificación de los fieles fué el milagro que obró el Santo en la ribera de un río, donde se había detenido á predicar á una gran multitud de idólatras, los cuales, al parecer, no se movían ni poco ni mucho con su predicación. Fué el caso que, estando en medio de su razonamiento, vieron todos lanzarse en el río una horrible y monstruosa serpiente, que

desde la orilla opuesta á la que ellos ocupaban venía, erguida la cabeza, silbando espantosamente y agitando con remolino las aguas. Turbóse la gente, dió gritos y comenzó á huir. Hizo señal Martín de que no se moviesen; y, cuando iba la serpiente á saltar á tierra, mandóle, en nombre de Dios, que se volviese por donde había venido. Obedeció el monstruo en seguida y en pocos instantes desapareció de la vista de todos. De aquí tomó pie el santo Obispo para decirles: “¡Gran cosa es que hablo yo á las serpientes y me escuchan: hablo á los hombres y parece que no me oyen! ¡Al nombre de Dios, hasta los dragones se sujetan y obedecen, y al mismo santo nombre tantos y tantos se obstinan y endurecen!” Prosiguió, con lágrimas, echándoles en cara su ingratitud para con el Criador, Dios de infinita bondad y misericordia, ansioso de nuestro bien, y ponderó la malicia y ferocidad de la infernal serpiente: los tormentos reservados á los impíos y los premios preparados para los buenos. Con tanto fuego y eficacia habló, que, entre tantos idólatras, no quedó ni uno solo que no se rindiese y desease el bautismo.

El siguiente caso, aunque no parezca directamente enlazado con la destrucción de la idolatría, contribuye, no obstante, á enaltecer el poderío y bondad de corazón de nuestro Santo aun en cosas pequeñas, con lo cual se acrecentaba más su autoridad y veneración y tenía más ascendiente sobre los pueblos para quitarles los falsos dioses y persuadirles la verdadera fe; por donde, indirectamente, sirve también al fin general que San Martín se pro-

ponía y nosotros en estos capítulos declaramos. Por lo demás, nada más tierno y agradable que este sencillo hecho.

Iba el Santo, con algunos monjes, visitando los pueblos y recorriendo las provincias que no tenían Pastor. En medio de una inmensa llanura se halló con una turba de cazadores, cuya jauría iba ya á los alcances de una tímida liebre. No había en aquel campo abierto y campiña rasa ni un árbol donde la pobrecita pudiera guarecerse y descansar. Faltábale ya las fuerzas y el aliento é iba á caer exánime, presa de los perros, cuando, al ver á San Martín, se acercó á él, como para cobijarse bajo su



sombra y defenderse con su hábito. Conoció el Santo, enternecido, que el pobre animalito imploraba su protección. Volvióse él entonces á los perros, que, ávidos de la presa, se arrojaban ya sobre

ella; hízoles señal con la mano de que se detuviesen y al punto quedaron inmóviles, en el mismo sitio y actitud que tenían. Bendijo Martín á la liebre, que apresuró su carrera; cuando la vió segura soltó á los perros.

El hecho que sigue demuestra también el poder que Dios había concedido á San Martín sobre los irracionales y la confianza que en su virtud tenían sus discípulos. Sucedió, quizás en este mismo viaje, que un monje compañero suyo se vió de repente acometido de un furioso mastín. En tan inminente peligro, pues iba ya á clavarle los dientes, acordóse de su buen Maestro y Padre, diciendo al animal: "En nombre de mi Padre Martín, retírate y estáte quieto." No fué menester más para que aquel perrazo bajase las orejas y, sin dar un ladrido, se fuese.

No sólo en esta ocasión se prevaleció este discípulo de la virtud y poder de su Maestro; él y otros tomaban su nombre como defensa y salvaguardia en sus apuros y peligros. De donde sucedía que, viendo los gentiles tales maravillas, las cuales inútilmente buscaban en los sacerdotes de los ídolos, movíanse con más facilidad á abandonar su falso culto y abrazar la fe que les predicaba un Santo como Martín y confirmaba con tantos y tan diversos prodigios.





XX

SAN MARTÍN RESUCITA Á UN NIÑO Y CONFIRMA CON PRODIGIOS LA VERDADERA FE

SE ha comparado al glorioso Obispo de Tours con los mismos santos Apóstoles, y, en sentir de concienzudos escritores, se le ha comparado con ellos, principalmente, por los muchos y estupendos milagros que obró. Verificóse en él la predicción que á sus discípulos hizo el Salvador del mundo: "En mi nombre, lanzarán los demonios..., amansarán las serpientes; si algún licor venenoso bebiere, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos y quedarán éstos curados... Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban" (1).

En los dos capítulos precedentes hemos visto algunos de los muchos milagros que obró Dios, por medio de San Martín, en las cosas insensibles y en los animales irracionales, en orden á la extirpación de la idolatría y confirmación de la verdadera fe

(1) San Marcos, XVI, 17-20.

de nuestro Señor Jesucristo: en el presente tocaremos algo de lo mucho que hizo, con este mismo fin, en las personas ó seres dotados de razón.

Y sea el primer milagro el que presenciaron, no una ó dos personas, sino todo un pueblo. Iba San Martín camino de Chartres, y, al pasar por una barriada extrema de la ciudad, la gente que le vió ó supo que pasaba salió, por curiosidad, á verle. En breve tiempo, movidos unos por el ejemplo de los otros, se agolparon casi todos los del barrio. Eran todos idólatras; pero es sabido que, aun entre los gentiles, era respetado y muy popular San Martín, por la bondad y llaneza con que, á ejemplo de Cristo, los trataba. Ya fuera de las tapias y casas del barrio se detuvo; y, viendo tanta gente reunida, quiso decirles adiós y aprovechar, como solía, la ocasión de hacerles bien. En tono familiar y de padre los exhortó á que fuesen buenos, á que se amasen y viviesen en paz. Hablando, hablando, y de unas en otras, vino á decirles lo desgraciados que eran adorando á dioses que ni oyen ni ven: troncos de árboles y figuras de piedra que no sienten ni pueden aliviar sus trabajos ni remediar sus necesidades; ¡cuán felices serían si se hiciesen cristianos y adorasen, como él, al Dios que crió los cielos y la tierra y tanto nos amó que dió su vida por nosotros, que quiere que seamos hijos suyos y tiene tanto poder que nos puede librar de todo mal.

Esto les estaba diciendo, cuando una pobre mujer, llenando el aire de lamentos, y teniendo en sus brazos un hijo suyo pequeñuelo que se le acababa de morir, forcejeaba con la apiñada muchedumbre

para que la dejaran pasar adonde estaba el Santo. Hiciéronle sitio; y al ver á San Martín, alzando los brazos y mostrándole á su hijo:



—Padre—exclamó,—dad la vida á mi hijo. No tengo más que á él y la muerte me lo ha quitado. Piedad de mí, oh Padre, devolvédmelo vivo, vos que podéis en nombre de vuestro Dios.

—¡Piedad!—decía el pueblo á una voz, apoyando la petición de la madre.—Esta es la mejor ocasión de probar ser verdad lo que nos decíais.

Tomó entonces San Martín en sus manos el frío cadáver del niño, postróse en tierra y, alzando los ojos al cielo, hizo oración al Señor: recordóle su promesa, la palabra empeñada con sus Apóstoles: que era llegada la hora de acrecentar el número de

sus servidores y la gloria de la Iglesia. Todos tenían fijos sus ojos en el Santo y en el niño, mudos de expectación. Continuaba aún orando el siervo de Dios, cuando ya el parvulito comenzó en los brazos de San Martín á dar señales de nueva vida.

—*Vive, vive*—gritó la madre.

—*Está vivo, está vivo*—continuó el pueblo, entusiasmado.—Grande es el Dios de los cristianos; no queremos otro: nuestro Dios es el Dios de Martín.

Devolvió éste á la madre, loca de alegría, su hijo sonriente. El pueblo pedía á gritos el santo bautismo, y todos á una se arrodillaban á los pies del bienaventurado varón. Sin demora, allí mismo, en el campo donde estaban, imponiendo sus manos sobre ellos, los hizo á todos catecúmenos. “Y, volviéndose á nosotros—escribe Sulpicio Severo, testigo ocular de esta escena,—dijo “que no era fuera de razón hacer catecúmenos en el campo, donde los mártires solían consagrarse”, aludiendo á la costumbre de quitar la vida á los mártires en el campo, fuera de la ciudad.”

Estando en Chartres con San Valentiniano, obispo de la diócesis, y San Victricio, obispo de Ruán, llegóse á ellos un hombre llevando á su hija, niña de doce años y muda de nacimiento, rogando á San Martín que la sanase. Este, señalando á los dos obispos allí presentes:

—Id—le dijo—á éstos, que son más poderosos que yo delante de Dios.

Entablóse entonces entre los tres santos una especie de combate de humildad, en el cual, después de algún rato, tuvo que ceder el obispo de

Tours. Hizo oración, según su costumbre; bendijo un poco de aceite y, dejando caer unas gotas sobre los labios de la jovencita, le preguntó:

—¿Cómo se llama tu padre?

A lo que ella, con voz clara y distinta, respondió satisfactoriamente. Estaba curada.

Célebre es el caso que pasó á Tetradio, personaje nobilísimo y Procónsul, de quien se hace mención en el Oficio divino. Tenía éste un esclavo á quien amaba mucho, en cuyo cuerpo, por permisión de Dios, había entrado el demonio. Compadecido el Procónsul al ver cómo le atormentaba el mal espíritu, rogó al Santo que quisiera librarle de él, como solía librar á otros. Accedió Martín y mandó que se lo trajesen á su presencia. Era inútil pretenderlo, porque el pobre esclavo, ó se escondía en casa, donde nadie pudiese encontrarle, ó arrojaba de sí á dentelladas ó con las uñas á los que se le acercaban.

En esta situación, pidió el buen Tetradio al Santo obispo se dignase pasar á su casa en persona. Era gentil el Procónsul, y el Santo le respondió:

—¿Cómo queréis que vaya yo á casa de un idólatra?

—Yo me haré cristiano—dijo Tetradio—si libráis del demonio á mi siervo.

Fuése con él San Martín; entró en su casa, puso la mano sobre la cabeza del siervo y arrojó de él al espíritu inmundo. Creyó Tetradio en nuestro Señor Jesucristo y en seguida fué recibido entre los catecúmenos. Bautizado poco después, tuvo siempre grande amor y veneración al que le había conducido al camino de la salud. Su conversión fué

seguida de la de otros muchos de su familia y conocidos.

Muchos son los casos de personas libradas del infernal espíritu que se registran en la vida de San Martín, y el que quisiere podrá leerlos en la *Vida* y en los *Diálogos* que de él escribió elegantemente, en latín, Sulpicio Severo. Para nuestro objeto bastan los referidos. Ellos y todo el discurso de la vida de nuestro héroe manifiestan la perpetua lucha y antagonismo que existió siempre entre Martín y el infierno, lucha y pelea que no acabó, como veremos, sino el día en que nuestro Santo fué á recibir del Señor el premio de sus victorias.

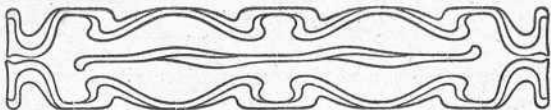
Un solo hecho queremos añadir para terminar este capítulo. Y fué que, hallándose en una ciudad, comenzó á esparcirse el rumor de que el ejército de los bárbaros venía apresuradamente sobre ella, resuelto á pasarla á sangre y fuego. Fácilmente se comprende el pánico y consternación que tal noticia produjo en los desprevenidos ciudadanos. Faltaba en todos el consejo: nadie sabía qué hacer ni qué resolución tomar; temía cada cual por sí y por sus familias, por sus haciendas, honra y vida. Sólo Martín, en medio de tanta turbación y congoja, tenía palabras de aliento y sabía consolar á los afligidos habitantes: todos acudían á él, como á su común padre y refugio.

Sospechó el Santo lo que aquello podía ser; se encomendó á Dios, como solía, é hizo que le presentasen al que había esparcido la noticia. Vase con él á la Iglesia, y, conociendo que estaba poseído del demonio, le manda con imperio, delante de la mul-

titud que había acudido, que confiese si es verdad ó no lo que había dicho. Mal de su grado, se vió obligado á confesar "que estaba poseído de diez demonios (1) encargados de diseminar este rumor por el pueblo, para que, á lo menos con este temor, se pudiese en fuga San Martín; que en nada menos pensaban los bárbaros que en acometer la ciudad". Quedó ésta libre del miedo y turbación, acreditado el Santo y, por ende, confirmada la doctrina que predicaba y todos animados á despreciar el culto del demonio en los falsos dioses y á adorar al único Dios verdadero.

(1) "Tunc confessus est, se decem daemones fuisse, qui rumorem hunc per populum disseminassent." *Sulp. Sev.*





XXI

CORRERÍAS APOSTÓLICAS DE SAN MARTÍN POR EL PAÍS DE LOS EDUOS.—VICTORIAS OBTENIDAS SO- BRE EL DRUIDISMO.



UÉ pensamiento de un antiguo orador que Dios no hubiera hecho tan grande á San Martín si su campo de acción debía circunscribirse á la Turena. Lo cierto es que se extendió mucho más. Después de haber recorrido y renovado su diócesis, el varón de Dios sintióse movido á salir á otros obispados y llevar á otros pastores su ayuda, consejo y alegría. Contribuía esto poderosamente á que hubiese entre ellos más unión y se animasen á batallar combinados contra los enemigos de la Iglesia y de las almas. Vestido de una pobre túnica y un grosero manto hecho de pelos de animales, montado en un humilde asnillo y acompañado de algunos monjes, que, como tropas auxiliares, le seguían, el célebre Obispo de Tours parecía el pobre misionero que iba evangelizando los pueblos y campiñas, sembrando prodigios por doquiera.

Dotado de una actividad tan grande como su celo, recorrió casi todas las provincias de las Galias, combatiendo en todas partes y venciendo en todas al paganismo, que huía ante su presencia, dejando lugar á la verdadera fe del Evangelio. Nada pudo detener los pasos del infatigable soldado de Cristo: ni las ásperas montañas de la Auvernia, ni las costas y salvajes peñascos de la Armórica, ni los vastísimos bosques del país de los Carnutos, ni la región entonces inhospitalaria de Morván, apartados y últimos reductos adonde se había guarecido el *druidismo*, desterrado ya de las ciudades.

Precedido de su reputación inmensa, circundado de la aureola de sus virtudes y milagros, sin más armas que la palabra de Dios, la cruz, la oración y la penitencia; con una caridad sin límites y una fe capaz de trasladar las montañas, presentóse Martín en el país de los eduos ó borgoñeses, que comprende las ciudades de Autún, León, Macón y Nevers. Evangelizando los pueblos y gentes que hallaba á su tránsito, llegó á Autún á postrarse sobre la tumba de San Sínforiano, mártir, y, hecha allí oración, visitar al santo obispo Simplicio y ayudarle en su empresa de destruir los restos de la idolatría.

Entonces hollaron sus venerables pies esta tierra, que su celo santificó, y obró uno de los milagros que hicieron imperecedera su memoria en Autún.

No lejos de la antigua puerta donde viene á parar el camino de Langres, y muy cerca del sepulcro que encierra el cuerpo de San Sínforiano, se elevaba un templo en honor de Sarón, rey fabuloso

de los galos, hijo de Samothés, hombre (según decían) famoso por su saber, de quien pretendían traer ellos su origen; por lo cual una secta de los druidas tomó el nombre de *Saronides*. Estos druidas saronides tenían en medio de los bosques sagrados, que coronan las alturas vecinas de la ciudad, un célebre colegio, adonde acudía de todas partes la juventud á estudiar su religión y filo-



sosofía. El antiguo templo de Sarón, que había sobrevivido á la proscripción de los druidas, era entonces quizás el último baluarte del vencido paganismo. Lo había visto Martín desde el cementerio, cuando oraba sobre la tumba de San Sinforiano, y decidióse á hacer lo que hacía en todas partes, aun con riesgo de su vida.

Abrasado de indignación á vista de este ultraje permanente á Jesucristo, entra en el templo, é impelido por el espíritu de Dios, derriba por el suelo la estatua y el altar. De repente una turba furiosa de gentiles armados se precipita sobre Martín, dando salvajes alaridos, para defender y vengar á su ídolo. Uno de ellos, más atrevido y exasperado que los demás, sale de en medio de la turba y va á clavar la espada en el pecho del apóstol. Martín, sin inmutarse, arroja á un lado su capa y ofrece su desnuda garganta al asesino. Iba ya éste á descargar el golpe, tenía levantado el brazo, cuando, de repente, cáesele el arma de la mano, y confuso, como aterrado por una fuerza superior, échasele á sus pies y, todo temblando, lleno de temor y respeto, le pide perdón. Tan inesperado suceso conturvo á los demás. Levantó el Santo del suelo al que Dios milagrosamente había convertido; abrazóle como á un hijo muy amado, y aquellos bárbaros, penetrados de estupor ante una escena nunca de ellos vista ni imaginada, abrieron los ojos á la verdad de una religión que es toda amor y caridad, que no tiene, como la de los druidas, sacrificios humanos y es tan pura, santa, razonable y consoladora, como emanada del cielo, y, finalmente, divina.

El templo de Sarón, destruídos los símbolos idólatricos y purificado, se dedicó al Dios verdadero, y con la advocación de los Apóstoles San Pedro y San Pablo se levantó un altar, que fué en la sucesión de los tiempos objeto de especial respeto y veneración. Más tarde engrandeciósese el templo y

vino á ser la célebre iglesia de la abadía de San Martín de Autún. El coro de la basílica, construido en el sitio donde el furioso druida quiso matar al Santo y cayó presa de un religioso terror, dió á las futuras edades testimonio del celo del incomparable pontífice, del ascendiente divino de su santidad, de su paso por estos sitios y de sus obras apostólicas, que han perpetuado su nombre y acrecentado su culto. Los idólatras convertidos por el milagro de San Martín juzgábanse dichosos al acudir á bandadas para tributar un culto santo y divino al Redentor del mundo allí mismo donde antes, desdichadamente, vertían sangre humana para adorar al demonio en la estatua de Sarón. Pero sigamos á nuestro Apóstol en sus correrías evangélicas.

El druidismo, si bien agonizaba al terminar el siglo IV en casi toda la Galia, conservaba todavía, como hemos dicho, sobre los empinados montes y entre los incultos habitantes de Morván supersticiones, simulacros y adoradores obstinados hasta la desesperación. Pero en ninguna parte el antiguo culto de los druidas estaba tan arraigado como en Beuvray. De todos los puntos del territorio augustodunense ó de Borgoña se dirigía la vista á esa montaña, de largos desfiladeros y vertientes, cubierta de vigorosa vegetación y cuya cima, envuelta entre nieblas oscuras, frecuentemente herida con el rayo de las tempestades, se levanta á más de ochocientos metros sobre el nivel del mar. Su posición dominante hizo que, desde el principio, la tomasen como fortaleza los galos, y después los romanos.

Aun hoy se conservan entre el pueblo que habita en sus faldas vagos recuerdos y memorias de un castillo derribado y de importantes sucesos verificados en otros tiempos sobre la meseta de aquellas rocas escarpadas. Muestra aún el labrador y campesino el emplazamiento de las puertas descomunales y gigantescas, que oía (dice él) desde Nevers, á veinte leguas de distancia, rechinar sobre sus goznes. Los aldeanos y pastores miedosos creen oír durante la noche, cuando sopla el viento entre las hayas, ruidos indescifrables: suenan trompetas, voces de mando dan órdenes á los trabajadores, chocan entre sí carros de guerra y corren con grande estruendo las tropas sobre sus trincheras... ¡Tal es el poder de la superstición! Aun hoy que sobre el Beuvray ha desaparecido todo rastro de habitación, no faltan, á principios de Mayo, numerosos aldeanos que, fieles á la costumbre secular, emprenden la ascensión de la montaña, consagrando así un recuerdo á las antiguas asambleas religiosas y políticas, defensa de su existencia nacional.

La elevada meseta de Beuvray era al mismo tiempo el centro de la religión y como el santuario de las divinidades célticas. Detrás de ese baluarte de las tribus del valle abrigábase en la época de San Martín un culto en armonía con el espíritu de la infancia y rudeza de los pueblos. Hierde su imaginación, como á la de los niños, cuanto descuella por sus enormes proporciones, por su fuerza descomunal y gigantesca mole, así en los hombres como en la naturaleza. Las alturas eminentes, los árboles, las rocas inaccesibles, las fuentes caudalosas,

todos los elementos extraordinarios del mundo sensible, cuanto llena de pasmo y admiración á los ignorantes, estos son los dioses que se apoderan de su imaginación y la dominan. El druidismo, que deificaba las fuerzas de la naturaleza y todo cuanto aparecía grande y sorprendente en ella, había escogido bien las posiciones para seducir á un pueblo niño y supersticioso. La cima del monte Beuvray parecía, en efecto, puesta allí de antemano para recibir semejante culto de aquellas tribus salvajes. Oculta unas veces entre las brumas del Morván, despejada otras, ofreciendo á los ojos del espectador un horizonte sin límites que abrazaba casi todo el territorio de la confederación de los Eduos, debía ser forzosamente el centro de la religión, como era el centro político y civil. Para esta religión materialista, ¿qué sitio podía haber más grandioso y magnífico? Altísimas montañas, vista de todas partes inmensa, grandes perspectivas, deliciosos panoramas, exuberante vegetación, árboles gigantescos, espesos y sagrados bosques, fuentes numerosas que vertían claras y abundantes aguas, peñas que aquí y allí alzaban sus abruptas frentes. Allí, en el sombrío seno de los encinares, en medio del más religioso silencio, celebraban los sacerdotes galos sus misterios y daban lecciones sobre el culto de la naturaleza. Cuando los romanos conquistaron el país agregaron al culto de las fuentes y de las rocas y á los misterios y sacrificios sangrientos del druidismo las fiestas alegres de los dioses de Roma, y muy particularmente el de la diosa Flora, célebre por sus danzas y cantares disolutos.

Tres siglos de la era cristiana habían pasado ya, conviviendo, ahora juntos, ahora separados, los adeptos del druidismo y paganismo romano, cuando, alentado San Martín por la victoria obtenida en Autún, se decidió á dar la batalla al demonio sobre la cumbre de Beuvray. Rompiásele el corazón de pena al ver en aquella cima los altares y estatuas de los falsos dioses y que el verdadero



Dios no recibiese allí culto ni homenaje. Arriesgada era la empresa, tal, que ponía en inminente peligro su vida; pero el heroico conquistador de las almas confiaba mucho en Dios y la juzgaba bien empleada en darla por El y por la salvación de los infelices secuaces del druidismo. Montado sobre su asnillo, sin otro acompañamiento que un guía, práctico en los desfiladeros de la montaña, sin otras armas que

la cruz y la oración, fué subiendo, subiendo, hasta llegar á la meseta del Beuvray.

"Cuenta la tradición local—dice Mr. Pablo Guérin, de quien tomamos, en su mayor parte, las noticias de este capítulo (1)—que mientras el santo apóstol evangelizaba, al pie de una roca druídica, á los aldeanos endurecidos, faltó poco para ser víctima de su celo, repitiéndose la escena de Autún." Y á esto creo que alude Sulpicio Severo cuando, inmediatamente después de referir aquel hecho, añade, en el mismo capítulo: "No es desemejante á esto lo que otra vez le sucedió, que, estando destruyendo unos ídolos, y queriendo un idólatra herirle con un cuchillo, en el momento de asestar el golpe cayó el hierro de sus manos y desapareció" (2). Afirma el citado Guérin que, amotinada la turba salvaje de idólatras que acudió, atizada, á lo que parece, por los druidas, quiso apedrearle; pero libróle también, como siempre, el Señor, dándole completa victoria, verificándose lo que escribe Sulpicio en el mismo capítulo, que, mitigados los ánimos con su santa predicación, habiendo recibido la luz de la verdad, los mismos idólatras destruyeron sus templos.

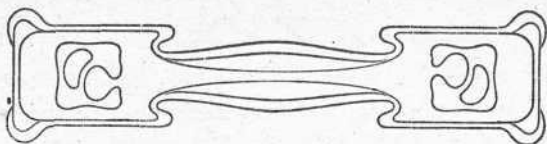
Todo en aquellos contornos atestigua los felices resultados que obtuvo San Martín, la impresión profunda que dejó su presencia y predicación. El pueblo recogió estas impresiones y, de edad en edad, se ha ido transmitiendo la memoria del sitio donde fué perseguido, y aun se creen ver estampadas en

(1) *Les Petits Bollandistes*, t. XIII, pág. 325.

(2) "Cum eum idola destruentem cultro quidam ferire voluisset, in ipso lectu ferrum ei de manibus excussum non comparuit." *Vita S. Martini*, cap. XV.

el suelo las pisadas de su humilde cabalgadura en la roca que llaman el *Paso del asno*. Una fuente, consagrada antes á no sé qué diosa, lleva ahora el nombre de San Martín, y á San Martín se dedicó, en la cima de la montaña, una capilla ú oratorio, en sustitución del antiguo templo consagrado á los ídolos. La capilla existió hasta el siglo XVII; pero la veneración popular ha sobrevivido á sus ruinas.





XXII

VA SAN MARTÍN Á TRÉVERIS Á TRATAR CON EL
EMPERADOR GRACIANO. — SANA EN PARÍS Á UN
LEPROSO.

AL morir Valentiniano I (17 de Noviembre de 375) dejó dos hijos: Graciano, de diez y siete años de edad, habido en su primera mujer, Severa, y Valentiniano, que sólo contaba cuatro años, nacido de su segunda mujer, la arriana Justina. Declarado ya *Augusto* desde los ocho años el niño Graciano, fué proclamado Emperador por las tropas en Amiens el 24 de Agosto del 367 (1), y residía ordinariamente, según lo dispuesto por su padre, en la ciudad de Tréveris. A Valentiniano II le proclamaron Emperador los generales de las tropas de la Iliria, á los seis días del fallecimiento de su padre, ya para complacer á su madre Justina, ya porque juzgaban de la bondad de Graciano que no se opondría á ello. Y así fué: éste dió por

(1) LONGUEVAL, *Histoire*, I, 294.

buena la elección de su hermano. Dividióse, pues, el imperio de Occidente, quedándose Graciano con las Galias, España é Inglaterra, cediendo á Valentiniano II la Italia, Iliria y Africa. El tío de ambos, Valente, que tenía el imperio de las provincias de Oriente, aunque se disgustó de que no le hubiesen consultado, no quiso, sin embargo, mover guerra á sus sobrinos. En verdad, no tenían ellos culpa: la elección del niño Valentiniano fué obra de los manejos de los generales del ejército.

Pues bien; San Martín, que cuando reinaba Valentiniano I fué á su corte para tratar asuntos de su diócesis concernientes á la mayor gloria de Dios, tuvo ahora ocasión, según escribe su historiador Landi, de avistarse con el emperador Graciano por iguales motivos, guiado siempre del celo de la salvación de las almas que incesantemente le devoraba, y por el cual trocaba el retiro de la celda en continuas correrías apostólicas. Y es ciertamente de maravillar cómo un varón que desde niño se sintió atraído á la soledad de los desiertos y la procuró con tanto empeño, fundando monasterios en los yermos y sitios apartados, apenas sosegó un punto desde que el Señor echó sobre sus hombros la carga pastoral. Bien es verdad que el Santo obispo llevaba siempre consigo la soledad, y pastoreando su ganado y yendo de camino no perdía nunca su unión con Dios y con El se entretenía en continua y fervorosa oración.

Dícenos el citado Landi que fué acogido San Martín con grande amor y veneración del emperador Graciano y de su corte; y fácilmente se collige

que debió ser así, ya por la piedad y buenos sentimientos del joven Monarca, ya por la fama de la santidad que rodeaba al Obispo de Tours, á quien escuchaban todos como á un oráculo.

Despachados en breve y favorablemente los asuntos que le habían llevado á la corte, se puso luego en camino para regresar á su amada diócesis.

No puede el sol dejar de esparcir sus rayos dondequiera que se halle, ni podía San Martín dejar

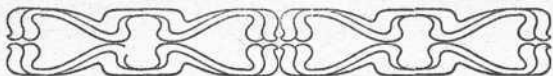


de imprimir por donde pasaba las huellas de su caridad. De regreso por París, al acercarse á la puerta meridional de esta ciudad vió sentado en el suelo á un pobre, cubierto de los pies á la cabeza de asquerosísima lepra. Verlo y compadecerse de él fué todo uno. Acercóse á él, besóle en la frente y lo bendijo. Esto bastó para que al punto

quedase completamente sano. Al día siguiente se presentó el antes enfermo en la iglesia, limpio y con el cutis blanco y sonrosado, como el de un niño, á dar gracias á Dios por el beneficio recibido por medio de San Martín. En el lugar donde sucedió este milagro levantó después la piedad de los fieles una capilla.

Pero ¿qué mucho es que obrase por sí mismo estos milagros, si hasta la orla de sus vestidos ó los pelos arrancados de sus cilicios daban, como escribe Sulpicio Severo, la salud á los enfermos á quienes se aplicaban?





XXIII

COOPERA Á LA ELECCIÓN DE EXCELENTES OBISPOS EN VARIAS DIÓCESIS DE LAS GALIAS

OMO en más de un pasaje de esta historia se ha visto y en adelante se verá, el celo y actividad del santo Obispo de Tours no se limitaba al círculo de su territorio ó distrito de su diócesis ni al reducido número de sus ovejas: en su corazón abarcaba á todo el mundo, y cuando se trataba de hacer bien no excluía á ninguno. Fuera de esto, por la autoridad que le daban sus virtudes y la fama de sus milagros, era el oráculo de las Galias: eran seguidos de todos los buenos sus consejos, y hasta los mismos idólatras le miraban como un sér extraordinario. Sobre todo en lo que se refería al régimen de las iglesias y á las costumbres de los sacerdotes, tenía un empeño particular por la importancia del asunto. Velaba cuanto no es decible porque los pastores fuesen santos; que mal puede mirar por la grey y alejar de ella los lobos carniceros el que en su doctrina ó costumbres lo es. Era más necesaria esta vigilancia en unos tiempos, como los de San Martín, en que pululaban los arrianos y entraban

muchos, favorecidos por los oficiales del imperio, no para guardar, sino para destruir el rebaño; no por la puerta, sino fraudulentamente, por las tapias del redil.

Precisamente, como decíamos arriba, fué este uno de los motivos que indujo al Santo á fundar monasterios de fervorosos monjes, que fuesen como un semillero de idóneos é intachables sacerdotes y Prelados. Y Dios mismo, que inspiró á Martín esta feliz idea, mostró no pocas veces con prodigios cuán acepta y agradable le era la elección que de ellos se hacía.

Estaba vacante la sede episcopal de Angers y contendían entre sí el clero y el pueblo sobre la elección del futuro obispo. Agriábanse los ánimos y enardecíanse cada día más, como suele suceder cuando se meten de por medio las pasiones y parcialidades. No podían avenirse ni llegar á un acuerdo. Súpolo San Martín y condolióse del caso. Un día que con más ardor altercaban unos y otros en la iglesia se presenta de repente entre ellos nuestro Santo, y con la gravedad que el caso requería y su carácter le daba: "No alterquéis más—les dijo,—hijos míos. Dios ha escogido ya para sí vuestro Pastor y debéis conformaros con su elección. Vuestro obispo es Maurilio; id algunos de vosotros á buscarlo y participadle la divina voluntad, manifestada por mi medio." Y continuó mostrándoles cuán peligroso era dejarse llevar del propio juicio y particulares intereses en materia de elecciones, y cuántos bienes podían prometerse del nuevo Pastor que Dios les concedía.

Había sido Maurilio en tiempos atrás ordenado ya de lector por San Dionisio, obispo de Milán, su patria; y dejada su madre con los cuantiosos bienes que poseía, vino á Tours para hacerse discípulo de San Martín, el cual, conociendo su mucha virtud, pasado algún tiempo lo promovió á las sagradas órdenes, con intención de servirse de él en su iglesia. Mas el Señor, encendiendo en el pecho del nuevo sacerdote un gran deseo de vivir desconocido y solo, lo condujo al lugar donde quería le sirviese en ocupaciones de su mayor gloria. Porque, subiendo un día á un áspero monte distante cuatro millas de la ciudad de Angers, descubrió que no lejos de allí seducía el demonio á mucha gente por medio de un ídolo, venerado en un antiquísimo templo. Sintióse inspirado á destruir el ídolo, arrasar el templo y librar al pueblo de aquella vana superstición. A este fin, multiplicó sus ayunos y penitencias y se llegaba todas las noches, secretamente, á orar cerca de aquel sitio, como quien repetía los asaltos contra el enemigo encerrado en aquella fortaleza. Penetró los cielos su oración y, como otro Elías, hizo descender de lo alto el fuego devorador, que en un momento redujo á ceniza aquel baluarte de Satanás. Luego, bajando al pueblo, les declaró el engaño en que vivían, los instruyó en las verdades de la fe, y con tan feliz suerte, que dentro de poco todos eran cristianos.

Empleándose en el cultivo de aquella pequeña grey halláronle los enviados de Angers; comunicáronle el mensaje que traían de parte de la ciudad y la orden de su Padre y maestro San Martín;

bajó Maurilio la cabeza ante la voluntad de Dios y se dejó conducir á la ciudad, que ansiosamente le esperaba.

Vióse que era todo del agrado del Señor; porque al entrar Maurilio en la iglesia apareció en el aire una paloma que vino á posarse visiblemente sobre



su cabeza y estuvo inmoble sobre ella hasta tanto que el santo Pontífice que lo consagraba llegó al momento de la imposición de las manos; que entonces, alzando rápidamente el vuelo, desapareció de la vista. Nuestro Santo vió durante las sagradas ceremonias algo más que los otros fieles: refería después, en prueba del mérito del buen Pastor de Angers, que los ángeles le rodeaban y formaban en

torno suyo brillantísima corona. Por treinta años gobernó su iglesia con suma prudencia y santidad, acompañada de prodigios del cielo: fué uno de los más santos obispos de su tiempo.

Si fué admirable la elección de Maurilio, no lo es menos la siguiente, del sucesor de San Liborio, obispo de la iglesia cenomanense, hoy Mans, sufragánea de Tours. Hallábase San Liborio enfermo y próximo á su fin, cuando, apareciéndose un ángel á San Martín, le dijo: "Anda, que el amado de Dios, Liborio, se muere." Fué corriendo nuestro Santo, y cerca ya de la ciudad vió trabajando en una viña á un discípulo suyo, que acompañaba la obra de sus manos con el cántico de los salmos. Llamábase Viturio, estaba ordenado de diácono; era, según la permisión de aquellos tiempos, casado y tenía un hijo de poca edad, todavía catecúmeno. Al verlo Martín le reveló el Señor que lo había escogido por inmediato sucesor de San Liborio. Saludóle, pues, el Santo, diciendo: "Bien hallado sea nuestro obispo", y le puso en sus manos el bastón que llevaba. Continuó su camino y asistió al moribundo con aquella devoción y mutuo cariño y amor que era natural reinase entre dos santos que se despedían en la tierra para volverse á abrazar dentro de poco en el cielo.

Llegado el día de la elección del nuevo obispo, San Martín propuso al clero y pueblo reunido el nombre del escogido de Dios para aquella dignidad. Con universal alegría y perfecta unanimidad fué acogido por todos el enviado del Señor: recibió el orden sacerdotal; y consagrado obispo con las ce-

remonias prescritas, ocupó dignamente la silla de Mans. Su mujer vivió santamente en vida solitaria, y el niño, bautizado por San Martín con el nombre de Victorio, siguió á nuestro Santo, quien hizo de él un digno sucesor de su padre.

El cielo se encargó de manifestar cuán agradable había sido á Dios el cumplimiento de su santísima voluntad. Porque, regresando poco después á Tours Martín y su nuevo discípulo, mientras le inculcaba aquél la obediencia que debía tener á los mayores, vieron á un pobre ciego que estaba en la ribera del Loira aguardando que viniese por allí alguno que le ayudase á pasar á la otra parte. Entonces el santo Obispo, para acostumbrar al discípulo novel: “Anda—le dijo,—toma por la mano á aquel hombre, acércalo al agua, lávale la cara y dile que se venga á mí.” Obedeció dócilmente Victorio, y al primer contacto de sus manos vió abrirse los ojos del ciego y recobrar perfectamente la vista. Lleno de júbilo, fué en seguida á postrarse á los pies del Santo. “Hijo mío, ya ves—repuso San Martín—cuánto agrada al Señor la obediencia, pues por haber tú obedecido ha querido El devolver la vista á este ciego.”

A qué grado de santidad llegase Victorio bajo la dirección de San Martín lo demuestra el hecho de que, al morir su padre, le eligiese por su Pastor la iglesia de Mans, que los celebra como santos en su Oficio divino y léense sus vidas en la obra *Acta Sanctorum*, una á 25 de Agosto y otra el 1.º de Septiembre.

Entre los muchos prelados y obispos discípulos

de San Martín se cuentan San Martín, abad de Saintes, cuya fiesta es á 7 de Diciembre; otro San Martín de Brive la Gaillarde; San Maurilio, San Viturio y San Victorio, citados en este capítulo; San Victricio, obispo de Ruan; San Claro, abad; San Meisme ó Máximo de Chinon; San Félix, obispo de Tréveris; San Bricio, sucesor de San Martín en la iglesia de Tours, de quien tendremos que hablar más adelante; Sulpicio Severo, su primer historiador y buen latinista entre los escritores de su tiempo, á quien algunos nombran santo y obispo por confundirlo, sin duda, con San Sulpicio *el Severo*, que fué obispo de Bourges (1).

(1) Véase acerca de nuestro historiador y de sus obras lo que escribe el P. LONGUEVAL, *Histoire*, t. I, páginas 390-397, y *Analecta Bollandiana*, VII, 274, 275.





XXIV

EL PASTOR VISITANDO A SU REBAÑO.—IGLESIAS Y MONASTERIOS.—VIRTUDES Y MILAGROS

HEMOS dicho ya en los capítulos precedentes que dondequiera que derribaba el Santo algún templo ó simulacro de los ídolos, allí edificaba una iglesia ó capilla al verdadero Dios, y con frecuencia también algún monasterio contiguo adonde se acogiesen los que aspirasen á vida más santa y perfecta. Gloria suya es, y una de las mayores, haber establecido el primero en la diócesis de Tours, y quizás en toda la Galla, las *parroquias rurales*. De ahí es que apenas había pueblo que no contase, por lo menos, alguna iglesia ó monasterio. Y como el Santo no se contentaba meramente con haber levantado las paredes de la casa de Dios, sino que quería que en ellas fuese realmente adorado el Señor y que morase con gusto en los que eran *templos vivos* de la divina Majestad, los visitaba á menudo, porque sabía bien cuán provechosa y útil es al rebaño la presencia del pastor y la continua vigilancia sobre las ovejas y los zagales.

Por esto se le llama, con razón, el apóstol de los campos y aldeas.

El modo de hacer las visitas no podía ser más sencillo. Caminaba, acompañado de algún clérigo ó monje, á pie, ó, cuando más viejo, montado sobre un humilde jumentillo. Iba de ordinario puesto su pensamiento en Dios, meditando las verdades y misterios de nuestra santa religión ó rezando con el compañero ó compañeros de viaje los salmos de David. Tenía también sus coloquios y conversaciones con los que le acompañaban ó hallaba al paso. Y por cierto que no eran desabridas ni tristes sus pláticas, aunque sazonadas siempre con la sal de la prudencia y el espíritu de caridad. De cuanto veía tomaba pie para sacar luego una oportuna moraleja. Así, encontrándose un día con un rebaño recientemente esquilado, dijo á los compañeros de viaje, aludiendo al Evangelio: "Mirad cómo estas ovejitas han cumplido el consejo evangélico: el que tuviere dos túnicas, dé una al que no tuviere." Viendo á un mozo de aspecto despreciable, que, cubierto con cuatro harapos, hambriento y temblando de frío, estaba guardando una piara de cerdos, exclamó: "He ahí á nuestro primer padre Adán, que, echado del Paraíso, donde imperaba aún á las más nobles criaturas, ahora se ve constreñido á servir á inmundos animales. Despojémonos de todo lo que todavía tenemos del primero y vistámonos cuanto sea posible del segundo Adán, que es Cristo." Al pasar otra vez por un prado, vió que una parte estaba enteramente rasa, por haber andado por allí piaras de cerdos, que habían

arrancado, escarbando, hasta las raíces; otra parte estaba medio desflorada, porque las vacas y ovejas habían comido las extremidades más altas y salientes de las plantas y hojas; la tercera parte, que permanecía intacta, lozaneaba hermosa y florida, alegrando la vista con sus frescos colores y recreando el olfato con la fragancia de sus aromas. Comparó esta diversidad á tres estados del hombre: la primera del campo yermo á los esclavos de sus vicios y pasiones; la segunda al estado de los casados; la tercera á los que viven loablemente en el estado de continencia y virginidad.

De esta manera, con la amenidad de su conversación, suavidad de su trato, llaneza con todos y aquel agrado singular y facilidad en contentarse de lo que otros hacían, pasaban alegremente las fatigas del camino y juzgábanse dichosos los que le podían acompañar.

Su entrada en las poblaciones y monasterios era la entrada del varón de Dios, del que venía en nombre del Señor, trayéndoles la paz y las bendiciones del cielo. No temían sus visitas, como se temen las de un juez y pesquisidor: al contrario, eran deseadas, como se desean las de un padre querido, cuya presencia es como la del sol en un día de Enero.

Llegado á un lugar, no permitía se hiciese con él ningún gasto extraordinario, ni en la comida (que era la usual y acostumbrada en su monasterio de Tours, según arriba dijimos) ni en su aposento. No podía consentir que su estancia en ninguna parte fuese gravosa á sus huéspedes; y en

esto obraba, no sólo como varón de Dios y muy mortificado, como lo era en realidad, sino también como hombre prudente y de mundo.

Daba principio á la visita pastoral, después de los primeros abrazos y efusiones de caridad, por lo que concernía al culto de Dios y aseo de los templos. Quería él que en estos palacios de la divinidad, donde se digna Dios habitar entre los hombres, encerrado en los tabernáculos y sagrarios, trono de sus misericordias, donde oye mejor nuestras frases y se inmola cada día sobre los altares, fuese todo limpio, puro y santo: el pavimento y las paredes, las vestiduras sacerdotales, y sobre todo los ministros del santuario que intervienen en la celebración de los divinos misterios y sacrifican al Omnipotente la hostia pura, santa é inmaculada. Estaba él tan penetrado de la presencia real del Salvador de los hombres y de la augusta Majestad de Dios en los templos, que su actitud ordinaria era estar allí postrado humildemente de rodillas ó pegado su rostro con el suelo. Nunca, si no era cuando forzosamente lo prescribía el ceremonial, ocupaba el trono que correspondía á su dignidad de obispo: cuando, falto de fuerzas ó doblegado por los años, se veía precisado á sentarse, lo hacía en un banquillo sin respaldo, como un simple monaguillo. Su ejemplo era admirable lección para los demás y á todos pegaba su devoción y recogimiento. La profanidad y falta de silencio en la casa de Dios y lugar de oración, el atropellamiento é irreverencia en las ceremonias hubiérase reputado por un crimen.

Tenía metida en el alma la ineludible obligación que incumbe á los pastores de apacentar con sana doctrina y familiares instrucciones catequísticas á su rebaño, y en exigir el cumplimiento de esta obligación era bastante severo. Y tenía razón, porque los tiempos eran malos: el enemigo, que nunca duerme, no se descuidaba de sembrar cizaña de errores en el campo de la Iglesia, y era preciso velar para que la gente sencilla no fuese seducida por los falsos doctores de las sectas. De aquí que inculcase también el estudio y trabajo, porque los sacerdotes deben ser los custodios de la ciencia sagrada, y de los labios del sacerdote han de recibir los pueblos la sabiduría.

Ponía sumo empeño en que huyesen todos de la ociosidad y del regalo y que se guardase la debida separación de sexos. A este tenor, corregía, con aquella blandura y eficacia que le caracterizaba, los abusos que por ventura encontraba: médico prudentísimo, acordábase que había venido á sanar, no á profundizar las heridas, y alcanzaba más con una simple amonestación, hecha á tiempo y como él sabía hacerla, que hubieran otros logrado fulminando rayos y centellas. Quería meter á Cristo en el corazón de todos, como quien conocía que si Cristo reinaba en su espíritu y se enseñoreaba de sus almas, no era necesario más.

Por semejante manera procedía en la visita de los monasterios. Lo primero que deseaba de sus monjes era que estuviesen íntimamente penetrados del fin que les había inducido á abrazar aquella vida de perfección y santidad; que nunca perdiesen

de vista el blanco y meta de su instituto, y no degenerasen de aquellos altos pensamientos y deseos que un día los sacaron del mundo para seguir de cerca á Jesucristo crucificado. Tenía gran celo por la observancia regular. Fomentaba el espíritu de penitencia, humildad y oración: de obediencia á sus superiores, de fraterna caridad y de celo de la salvación de sus prójimos.

Decíales que no imaginasen hubiesen de carecer de tentaciones y peleas con sus enemigos los demonios, pues la vida era un no interrumpido batallar, y el demonio iba alrededor de cada cual, como león hambriento, dando rugidos y buscando presa que devorar. Que se adiestrasen para la pelea, pues sólo sería coronado el que legítimamente combatiere hasta el fin y saliese vencedor en la lucha. Que embrazasen el escudo de la fe, la loriga de la justicia y el yelmo de la salud. Prevínoles contra las ilusiones del demonio, que unas veces nos combate abiertamente; otras, se transforma en ángel de luz ó nos prepara emboscadas.

Había dotado el Señor á su siervo de una eminente discreción de espíritu; conocía los ardidés del demonio á las mil maravillas, sus entradas y salidas, sus embustes y marañas; y de todo esto dió señaladas pruebas en sus visitas, librando á muchos de los enredos y astucias de Satanás, como se verá en los casos siguientes:

Cierto soldado, arrojado en medio de la iglesia el cingulo militar, abrazó el estado monacal, colocando á su mujer, pues era casado, en un monasterio de religiosas. Construyóse para sí una estre-

cha celda en la cima de una apartada montaña, donde, como un ermitaño, pasaba austeramente la vida. Después de algunos días comenzó el demonio



á turbar su corazón con groseros pensamientos. Vínole á la mente que sería mejor llamar á su mujer, y en compañía suya hacer vida solitaria: ambos se animarían mutuamente con el ejemplo: vivirían como ángeles del Paraíso. Tan ilusionado estaba el pobre hombre con sus fantasías espirituales, que, resuelto á ponerla por obra, fué al varón de Dios á darle cuenta de su resolución. La desaprobo el Santo y procuró quitársela de la cabeza: mostróle los inconvenientes que había y cuán ajeno era todo eso de la profesión que ambos consortes habían abrazado. ¡Parece increíble lo que puede

una ilusión! En cosa tan manifiesta estaba ciego el pobre hombre, insistiendo en su opinión de que no existía peligro ninguno: que él era soldado de Cristo y ella consagrada á Dios; que ambos guardarían la fe jurada y servirían al común Señor con toda fidelidad.

Entonces el Santo (referiré sus mismas palabras, dice Sulpicio Severo), entonces Martín prosiguió:

—Dime, ¿estuviste alguna vez en campaña? ¿Formaste en las filas para acometer al enemigo?

—Muchas — respondió. — Frecuentemente salí á campaña y con el ejército tomé parte en acciones de guerra.

—Dime, pues, ¿viste jamás en el ejército formado ya en orden de batalla, ó en el acto de cerrar con el enemigo, desenvainada la espada y luchando cuerpo á cuerpo, viste, digo, alguna vez que estuviese allí ó pelease alguna mujer?

Avergonzóse el soldado y bajó los ojos confundido, dándole gracias al mismo tiempo de que no le hubiese permitido poner por obra su descabellada resolución y de que tan blandamente, con una comparación sencilla, tomada de su arte militar, le hubiese desengañado y corregido.

Y volviéndose á nosotros (continúa Sulpicio Severo) prosiguió el Santo: "No vaya la mujer al campamento de los hombres: habite lejos, retirada en su casa: hácese despreciable el ejército, si con los escuadrones de los combatientes se mezcla la turba femenina. Salga el soldado al campo, pelee en la batalla; habite la mujer detrás de las murallas. Tiene también ella su gloria si ausente

del varón guardare continencia; esta es su primera virtud y consumada victoria: no ser blanco de las miradas de nadie; *non videri, no ser vista.*"

De muy distinto género fué la ilusión que padeció un joven monje, discípulo del santo abad Claro. Este santo varón, de espíritu levantado, dejadas todas las cosas, edificó un monasterio no muy distante del de San Martín. Atraídos por las virtudes del insigne superior, acudieron numerosos jóvenes, y entre ellos uno, por nombre Anatolio, que al cabo de poco tiempo dió en singularizarse de los demás y en sembrar la voz de que era especialmente visitado del Señor y favorecido con celestiales comunicaciones. Esto, dicho por él, le enajenaba, naturalmente, las voluntades de todos, pues es sabido que los verdaderos santos ocultan cuanto pueden esta clase de favores. Reprendíale, como era razón, San Claro, y sus amonestaciones, lo mismo que las maliciosas sonrisas é intencionadas frases de los monjes, maldita la gracia que le hacían. Daba de ello señales y aseguraba que Dios castigaría al monasterio, porque no apreciaban como debían los dones del cielo, y que así se lo habían revelado los ángeles que con frecuencia le visitaban. Era inútil hacerle reconvenciones y presentarle los ejemplos de los varones ilustres en santidad, que habían echado todos por opuesto camino, despreciándose á sí mismos y ahondando cada día en su propio conocimiento. Por abreviar: tan ciego y pagado de sí estaba, que llegó un día á decir que á la noche siguiente le traerían los ángeles una riquísima vestidura, en prueba de su buen espíritu y santidad.

Fácilmente se comprende la expectación que habría en el monasterio. Muy entrada ya la noche sintióse de repente un espantoso terremoto: parecía venirse á tierra el edificio; vióse iluminada la celda de Anatolio con extraordinario resplandor y oíanse voces, como si muchos hablasen á la vez.

De pronto cesa el tumulto y la algazara; desaparecen sin saber cómo los que hablaban; y saliendo Anatolio de su celda, llama á uno de los monjes, llamado Sabacio, y le muestra la túnica de que estaba revestido. Estupefacto éste, convoca á los demás: acude el mismo San Claro, y acercando la luz á la túnica, la examinan todos diligentemente. Era la vestidura finísima, de una blancura como la nieve, con franjas de brillante púrpura; sin embargo, no podían averiguar de qué tela fuese: sólo podían afirmar que al tacto y á la vista parecía realmente tela ó ropa. Mandó San Claro á los monjes insistir en la oración para que el Señor les declarase lo que era aquello; así es que pasaron lo que restaba de la noche en himnos y salmos.

Venida la mañana siguiente, dispuso el santo abad fuese llevado Anatolio á San Martín, pues estaba persuadido de que á la presencia de éste se desharían los embustes y trampantojos del demonio. Cuando esto oyó el joven iluso se irritó, diciendo que de ninguna manera quería ir. Cogieronle del brazo; pero él se resistía. Entonces se le escapó decir "que le habían prohibido se presentase á Martín". No le valió esta razón, antes bien confirmó á los monjes en la resolución de llevarle,

de grado ó por fuerza. Y sucedió que cuando medio arrastrando le conducían contra su voluntad, desvaneciéndose en el aire la famosa vestidura, desapareciendo de entre las manos de los que cogido del brazo le llevaban.

Hasta aquí el relato de Sulpicio Severo en el capítulo XXIII de la *Vida de San Martín*. Landi, en la Historia de nuestro Santo, citando á varios autores, escribe que fué librado de tan grave ilusión por nuestro incomparable taumaturgo, y añade que, reconocido el monje, confesó que todo le había venido por el espíritu de soberbia, por haber querido ser más estimado y tenido por santo que los demás.

Quiso vengarse el demonio de la continua guerra que San Martín le hacía, y así una vez, en cierta visita pastoral de su diócesis, levantándose de noche á la oración, según acostumbraba, yendo á bajar por una escalera, echóle el demonio desde arriba y fué rodando por los escalones, causándose muchas heridas, algunas de suma gravedad. Recogieronle de tierra sus discípulos y tuvo que guardar cama, con grandes dolores. Sufríalos el Santo con admirable paciencia y mansedumbre, hasta que, en lo más recio del peligro, vino un ángel del cielo con un vasito de bálsamo y, ungiéndole los miembros doloridos, le sanó completamente y pudo proseguir la santa visita.

Más grave fué el riesgo que corrió en otra ocasión. Era un día riguroso de invierno, y aterido de frío entró el Santo en una iglesia al caer de la tarde. Mientras hacía oración, compadecidos los

discípulos, arreglaron su pobre lecho de paja en una estancia contigua á la iglesia, y para calentarlo pusieron debajo un poco de fuego. Llegada la hora de descansar, Martín, siempre severo consigo, tiró á un lado la paja, y, extendiendo sobre la dura tierra el cilicio, se acostó encima, como solía. No



desaprovechó la ocasión el eterno enemigo de San Martín. Acercó el fuego á la paja, y soplando por una rendija, pronto se vió el Santo rodeado de llamas y aspirando humo. Corrió á la puerta del

apuesto; pero por más que forcejeó por abrirla, no pudo. Ya lamía el fuego su vestido cuando, entrando en sí, hizo la señal de la cruz. Al punto retrocedieron las llamas, dirigiéndose á la pared opuesta y dejando intacto al varón de Dios. Acudieron los discípulos corriendo, llenos de temor de encontrarlo abrasado. Derribaron la puerta, y al verlo sano dieron gracias al cielo. Confesaba el Santo que mientras se valió de su industria el fuego le perseguía y sentía sus naturales efectos, como lo atestiguaban los vestidos, ya chamuscados; pero que, después de hecha la señal de la cruz, le eran de refrigerio las llamas, y ponderaba la malicia del demonio, que no sólo le había puesto en el peligro del fuego, sino que le había quitado el pensamiento de acudir inmediatamente á Dios. De esto tomaron pie los émulos del Santo para rebajar la virtud y poder de Martín, como si hubiese faltado en acudir á Dios ó no tuviese gran cabida con su divina Majestad, pues no respetaron las llamas sus vestidos. Pero ¿de qué no toma pie la envidia y emulación para criticar á los santos y rebajar el mérito de los que valen más? A éstos refutó Sulpicio Severo en una carta que escribió sobre el asunto.

Procuraba también el Santo obispo en sus visitas unir á los desavenidos; y si hallaba enemistades en los pueblos ó en las familias, era cosa sabida que en llegando él habían de desaparecer. Nadie resistía á un varón que era todo paz y caridad. Pero no sólo atendía á lo principal que pertenece al alma: cuidaba también del remedio de sus

necesidades temporales y miraba por el bienestar del cuerpo. Como se vió en una ocasión en que, pasando por el territorio senonense ó de Auxerre, lo vió en gran parte talado por un fuerte pedrisco y furiosa tempestad. Y oyendo de sus habitantes lamentarse de que casi todos los años sobrevenía una tormenta semejante, que arruinaba los campos, les dijo: "Tened buen ánimo, que mientras yo viva no padeceréis tamaña desgracia." Y así fué, que hasta la muerte del Santo no cayó sobre aquella comarca ninguna lluvia de granizo ó pedrisco.

Otro caso se refiere, sucedido en la ciudad de Tours, que admiró á sus habitantes y libró de la muerte á muchos infelices.

El conde Aviciano, que había sido lugarteniente de Juliano *el Apóstata* en Africa, era á la sazón Presidente ó Prefecto de Turena, hombre feroz y sanguinario. Una tarde, acompañado de gran muchedumbre de reos que había capturado en su provincia, entró en Tours con grande aparato, resuelto á hacer al día siguiente un castigo ejemplar. Todos habían de ser ejecutados; veíanse en la plaza los instrumentos del suplicio y estaban abiertos los calabozos donde pasarían la noche.

Llegó el caso á oídos del Santo, cuando ya las tinieblas se extendían sobre la tierra. Solo, inerme, puesta en Dios su confianza, sale Martín del monasterio y se encamina á la ciudad, distante dos millas, decidido á salvar la vida de los presos. Cuando penetró en ella reinaba el silencio más profundo. Dirigióse al palacio de Aviciano, y hallando la puerta cerrada y en completa soledad y

tinieblas aquel sitio, se puso en fervorosa oración. Mientras oraba, el ángel del Señor reprendía al bárbaro Aviciano: "¡Tú duermes, y el siervo de Dios Martín está postrado en el umbral de tu casa!" Agitado y lleno de temor salta de la cama y manda á sus criados que abran la puerta é introduzcan al venerable Obispo á su presencia. Los criados, que descansaban entonces y no querían perder la noche, volvieron luego diciendo que no había tal obispo; que moraba en el monasterio tan distante y no era tiempo de venir, y que aquello debía ser un sueño ó pesadilla; que descansase y se volviese á la cama. Tranquilizóse el Prefecto y se retiraron todos.

No pudo, sin embargo, pegar los ojos. Y no sólo no podía dormir, sino que se sintió atormentado con diversas y horribles visiones, que no le dejaban sosegar un punto. Saltó á tierra, mandó de nuevo que abriesen, y como no acudiesen tan pronto, bajó él mismo á la puerta, y viendo al Santo se arrojó á sus pies, pidióle perdón, y sin dejarle hablar, le concedió la vida y la libertad de los presos. Sólo le rogaba que tuviese á bien el retirarse, porque temía no quisiera el cielo vengar en él la injuria que le había inferido (1). Fuése Martín, y antes de rayar el alba había Aviciano, con los suyos, salido de Tours, y con su partida devuelto á la ciudad, por la industria y caridad de su Padre y Pastor, la tranquilidad y la alegría.

Hizo más el santo Prelado. Como no mudase el

(1) "Discede quantocius, ne me ob injuriam tuam caelestis ira consumat." *Sulp. Sev. Diál. III, cap. IV.*

Prefecto de condición y desahogase su furor en otras partes, y no hubiese, donde Martín no estaba, quien le fuese á la mano ni otro á quien él respetara, determinó buscarle el buen Pastor y curarle de una vez. Hallóle, y antes de hablarle vió sobre los hombros de Aviciano un horrible demonio, que era el atizador de las crueldades que cometía. Al verle Martín comenzó á soplar sobre él, como suele hacerse en los exorcismos. Creyó Aviciano que el Santo obispo soplabá sobre él, y tomándolo esto por ofensa ó falta de respeto, le dijo: "Pero, Padre, ¿esto hacéis conmigo?" "No es á vos—respondió el Santo,—sino al espíritu que os domina." De esta suerte arrojó al demonio, y en adelante fué Aviciano otro bien diferente del que había sido.





XXV

ENTREVISTA DE SAN MARTÍN CON EL EMPERADOR
MÁXIMO. — CONVITES. — LOS PRISCILIANISTAS. —
NO QUIERE MARTÍN DERRAMAMIENTO DE SANGRE.
VUELTA Á TOURS. — SAN PAULINO DE NOLA. —
EJEMPLO DE UNA SANTA VIRGEN.

Poco tiempo gozó Graciano de la dignidad imperial. En 25 de Agosto de 383 fué alevosamente asesinado, cuando sólo contaba veinticuatro años. Máximo fué levantado Emperador por las tropas y poco después se dirigió á Tréveris, su residencia imperial.

“Por consecuencia de la misma revolución política—escribe Rohrbacher (1)—San Martín de Tours fué á Tréveris á solicitar el perdón del Emperador en favor de algunas personas, para obtener la libertad de algunos prisioneros, hacer llamar á los desterrados y devolver bienes confiscados. Pero solicitaba esta gracia de un modo tan noble, que parecía más bien mandar que suplicar. Muchas veces el emperador Máximo le invitó á comer á su mesa,

(1) *Historia universal de la Iglesia católica*, lib. XXXVI. *Sulp. Sev.*, Diálogo II, cap. VII.

lo cual rehusó por largo tiempo, diciendo que no podía comer con un hombre que había quitado la vida á un Emperador y á otro sus Estados. Máximo protestó que no había tomado el imperio voluntariamente, sino que los soldados le habían obligado á ello; que el resultado increíble que le había dado la victoria parecía una señal de la voluntad de Dios, y que ninguno de sus enemigos había muerto sino con las armas en la mano y en el campo de batalla. San Martín se dejó vencer por estas razones ó por sus ruegos y consintió al fin en comer con él. El Emperador tuvo de esto alegría extrema y convidó, como á festín extraordinario, á las personas más consideradas de su corte, su hermano y su primo, ambos condes, y á Evodio, prefecto del Pretorio y después cónsul. Martín fué colocado al lado del Emperador, y el sacerdote que le acompañaba entre los dos condes. En medio de la comida, un oficial presentó la copa á Máximo, según costumbre; él la hizo dar á San Martín, esperando recibirla de su mano; pero cuando éste la hubo llevado á sus labios dió la copa á su sacerdote, como al más digno de los comensales. El Emperador y todos los asistentes quedaron agradablemente sorprendidos; se habló de ello en palacio y se alabó á San Martín de haber hecho en la mesa del Emperador lo que otro Obispo no hubiera osado en la mesa del menor de los jueces.

"Habiéndose conciliado Máximo así su indulgencia, le hacía venir á menudo para hablar con él. Sus conversaciones sólo versaban sobre la manera con que es preciso pasar la vida presente, sobre lo

que tenemos que temer ó esperar en la otra, sobre la gloria de los fieles y la dicha eterna de los Santos. En estas expansiones de la intimidad cristiana no temió predecir al nuevo Emperador que si pasaba á Italia para hacer la guerra á Valentiniano, como lo había pensado ya, alcanzaría la victoria desde luego, pero que poco después perecería. Y esto fué exactamente lo que ocurrió después, según veremos más adelante.

"La emperatriz Placidia, á su vez, estaba día y noche ocupada en escuchar al santo Obispo, permaneciendo sentada á sus pies sobre el suelo, sin poderlo abandonar. Imitando á la mujer del Evangelio, más de una vez los regó de lágrimas y enjugó con sus cabellos. Quiso también convidarle á comer en particular. Obtuvo para esto permiso del Emperador, y ambos le apremiaron de tal manera, que Martín no pudo defenderse. Sin embargo, no hacía esto sin mucha repugnancia, porque jamás dejaba aproximarse á él ninguna mujer. Pero tenía planes más vastos y se creía obligado á acomodarse á la necesidad del tiempo y del lugar donde se encontraba. Era menester manejar el espíritu de un príncipe quisquilloso y descontentadizo; tenía que pedir gracias para prisioneros de Estado; se trataba de hacer devolver la libertad y los bienes confiscados á los desterrados. Fuera de esto, le había conmovido mucho la fe de la Emperatriz, y además, su propia edad de setenta años le permitía usar de alguna mayor libertad en la materia. La Emperatriz quiso preparar por sí todo lo que debía presentar al santo Obispo. No comió con él, con-

tentándose con servirle. Ella le señaló el sitio, le preparó la mesa, le puso el cubierto, le dió el agua para lavarse las manos y le presentó las viandas, que había aderezado por sí misma. Mientras comía el santo Obispo manteníase apartada, de pie, inmóvil, con los ojos bajos, en la postura modesta de una sirvienta. Dábale de beber y le presentaba el vaso en su mano. Y cuando la comida se acabó recogió con cuidado, como recompensa de su trabajo, hasta las migajas del pan que el Santo había dejado, prefiriéndolas á toda la magnificencia de la mesa imperial."

Otros asuntos harto más graves agitaban por entonces la corte del Emperador. Habíase levantado años atrás en España la herejía de los priscilianistas. Su jefe, Prisciliano, hombre audaz, elocuente y dado á las artes mágicas, anatematizado con otros secuaces suyos por el Concilio de Zaragoza, fué á Roma á sincerarse de sus doctrinas delante del Papa San Dámaso, que, bien enterado de todo, no sólo no quiso desaprobár lo decretado por el Concilio, pero ni siquiera quiso dar audiencia y recibir al perverso y solapado heresiarca. Viéndose éste desatendido en Roma, pretendió que el emperador Graciano entendiese en su causa; y ganando con dádivas al jefe de palacio, Macedonio, logró que el Emperador diese un decreto revocando lo que se había actuado contra ellos y reponiéndolos en sus antiguas dignidades.

Al volver triunfantes á España cometieron Prisciliano y los suyos no pocos desmanes, y sus enemigos se vieron en inminente peligro. No todos los

que se oponían al Priscilianismo obraban con puro celo de la verdadera religión, procurando el mayor servicio de Dios: movíanse también algunos por privados intereses y bastardas pasiones. Distinguióse entre éstos el Obispo Itacio, que se vió en la precisión de huir á las Galias. No escarmetado aún á vista de los funestos resultados de poner las cuestiones religiosas en manos del poder temporal, en cuanto supo que Máximo era reconocido Emperador en Bretaña y que iba á pasar á la Galia, resolvió mantenerse quieto hasta su llegada. Cuando Máximo entró victorioso en Tréveris, Itacio le presentó una instancia llena de acusaciones contra Prisciliano y sus secuaces. Máximo escribió al Prefecto de las Galias y al Vicario de España que hicieran conducir á Burdeos á todos aquellos en general que se hallasen inficionados de la herejía, para ser juzgados allí por un Concilio. Justancio y Prisciliano fueron conducidos á la presencia de los Padres. Hízose hablar á Justancio el primero, y como se defendiera mal, fué declarado indigno del episcopado.

A vista de la condenación de Justancio hecha por el Concilio, temió Prisciliano igual suerte, y, sin responder á los cargos que se le hacían, apeló al Emperador. Débiles en demasía los Obispos, tuvieron la imprudencia de admitir tan ilegítima apelación. Condújose, pues, á Tréveris, ante Máximo, á todos aquellos que estaban envueltos en esta acusación; siguiéronlos, como acusadores, los Obispos Idacio é Itacio, llenos de ira y respirando venganza.

Continuaba todavía en Tréveris San Martín, que no había regresado aún á su diócesis del viaje que comenzamos á contar al principio de este capítulo, y, como era razón, se opuso á que el gobierno secular conociera de causas de fe, consideradas como tales, y habló al Emperador con santa energía, manifestándole que no era de su incumbencia aquella causa y que no estaba bien castigar en aquellas circunstancias con derramamiento de sangre á los priscillianistas. Desagradaba á las gentes honradas que los enemigos de Prisciliano obrasen más por pasión de salir adelante en su empresa que por celo de la justicia, particularmente Itacio, que no tenía la gravedad que corresponde á un Obispo ni las virtudes propias que deben adornar al que reprende á otros. Era atrevido hasta la impudencia, violento, locuaz, amigo de los placeres... No cesaba San Martín de reprender su conducta y le apremiaba á que desistiese de su acusación delante del Emperador; por otra parte, rogaba á Máximo que no vertiera la sangre de los culpables y que no había ejemplo de que las causas eclesiásticas fuesen racionalmente sometidas al fallo de un tribunal secular. Itacio, lejos de aprovecharse de los avisos del santo Obispo de Tours, tuvo la osadía de acusarle de fautor de los herejes, como acostumbraba hacerlo con todos aquellos cuya vida le parecía austera y condenatoria de su orgullo y liviandad. ¡Desvergüenza increíble, si no viniese atestiguada por todos los biógrafos de nuestro Santo. ¡A qué extremos puede llevar la pasión no refrenada! No absolvía Martín á los priscillianistas ni

favorecía (claro está) sus errores; pero no quería que su causa, en cuanto al dogma y doctrinas se refería, fuese juzgada por un tribunal incompetente, ni era tampoco partidario de que se vertiese sangre, y mucho menos de que pidiese su derramamiento un Obispo, y un Obispo como Itacio.

Prestó el emperador Máximo tanta atención á las amonestaciones del santo Obispo, que mientras éste permaneció en Tréveris el juicio fué difiriéndose, y antes de volverse á Tours consiguió que Máximo empeñase su palabra de que no se derramaría la sangre de los culpables.

A pesar de esto, luego que partió San Martín el Emperador se dejó arrastrar por los malos consejos de los Obispos Magno y Rufo. Encomendó la causa de los priscilianistas á Evodio, prefecto del Pretorio, quien, examinados y probados los crímenes de Prisciliano, le puso en prisión é hizo relación del proceso al Emperador. Este juzgó que él y sus cómplices debían ser condenados á muerte. Fallada la sentencia, fueron llevados al suplicio el dicho Prisciliano y cuatro más. "La Providencia—dice D. Vicente de la Fuente—hería á Prisciliano por sus propios filos, y al turbar el orden de los juicios eclesiásticos con su indiscreta apelación al Emperador, le hacía pagar la temeridad con su propia sangre, que no hubieran derramado los Padres de Burdeos." Sobre este hecho hace Menéndez y Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*, I, 110 de la primera edición) las siguientes reflexiones:

"El suplicio de Prisciliano es el primer ejemplo

de sangre derramada por cuestión de herejía que ofrecen los anales eclesiásticos. ¿Fué injusto en sí y dentro de la legislación de aquella edad? De ninguna manera: el crimen de heterodoxia tiene un doble carácter; como crimen político que rompe la unidad y armonía del Estado y ataca las bases sociales, estaba y está en los países católicos penado por leyes civiles más ó menos duras, según los tiempos; pero en la penalidad no hay duda. Además, los priscilianistas eran reos de crímenes comunes, según lo que de ellos cuentan, y la pena de muerte, que hoy nos parece *excesiva* para todo, no lo era en el siglo V ni en muchos después. Como *pecado*, la herejía está sujeta á *punición* espiritual. Ahora bien, ¿en qué consistió el yerro de Itacio y de los suyos? Duro era proclamar que *es preciso el exterminio de los herejes por el hierro y por el fuego*; pero en esto cabe disculpa. Prisciliano—dice San Jerónimo—*fué condenado por la espada de la ley y por la autoridad de todo el orbe*. El castigo era del todo legal y fué aprobado, aunque se aplicaba entonces por vez primera. ¿En qué estuvo, pues, la ilegalidad censurada y desaprobada por San Martín de Tours y su apasionado biógrafo Sulpicio Severo? En haber solicitado Idacio é Itacio la intervención del príncipe en el Santuario. En haber consentido los Obispos congregados en Burdeos y en Tréveris que el Emperador avocase á su foro la causa no sentenciada aún, con manifiesta violación de los derechos de la Iglesia, única que puede definir en cuestiones dogmáticas y separar al hereje de la comunión de los fieles. Por lo

demás, era deber del Emperador castigar, como lo hizo, á los secuaces de una doctrina que, según dice San León el Magno, *condenaba toda honestidad, rompía el sagrado vínculo del matrimonio y hollaba toda ley divina y humana* con el principio fatalista. La Iglesia no invoca el apoyo de las potestades temporales; pero le acepta cuando se le ofrecen para castigar crímenes *mistos*.

"La porfiada intervención de San Martín de Tours en favor de los desdichados priscilianistas es un rasgo honrosísimo para su caridad evangélica; pero nada prueba contra los castigos temporales impuestos á los herejes. De igual suerte hubiera podido solicitar aquel Santo el indulto de un facineroso, homicida, adúltero, etc., sin que por esto debiéramos inferir que condenaba el rigor de las leyes contra los delincuentes comunes...

"Esto aparte, no cabe dudar que Itacio procedió con encarnizamiento, pasión y animosidades personales, indignas de un Obispo, en la persecución contra los priscilianistas." Hasta aquí Menéndez y Pelayo.

Pero volvamos á San Martín, á quien dejamos cuando salía de Tréveris.

De camino para su diócesis visitó en Vannes ó Viena de Francia á Paulino, á aquel que, convertido pocos años después á la fe católica por persuasión de su esposa Tarasia, llegó á ser gran Santo y Obispo de Nola, tenido ya entonces por uno de los hombres más insignes, á causa de su nobleza, erudición y dignidad secular, pues siendo aún joven fué prefecto de Roma y cónsul, y hallá-

base ahora en Viena muy enfermo de la vista y con un ojo casi perdido. Al cual, luego que vió San Martín y se hicieron mutuamente las primeras saluciones, tocando el Santo con un pañolito el ojo enfermo, al instante lo sanó. Pero más que por la recobrada salud corporal gozó Paulino con la presencia del santo Obispo por el bien que le hizo en el alma. Porque aquel desprecio de las cosas del mundo, el vestido pobre y vil, las fatigas continuas y gravísimas en tal edad, el rigor de la vida, tan esclarecido don de milagros con tan profunda humildad y menosprecio de sí, aquel hablar siempre de Dios y de los verdaderos bienes del Paraíso, sembraron en el corazón de Paulino la semilla de santidad, que á su tiempo germinó con tanta lozanía, hasta enriquecer de dulcísimos frutos á la Iglesia y al mundo.

Otro hecho acaeció á San Martín en este mismo viaje. Pasaba cerca de Poitiers, donde vivía una santísima virgen, retirada con otra piadosa mujer ya de edad. Escriben algunos que había venido del Oriente con Santa Florencia á ser instruída de San Hilario, y que, muerto éste, se había acogido á la soledad en aquella campiña. Llevaba una vida santa y no admitía visitas de hombre ninguno. San Martín, ya que se ofrecía ocasión, creyó conveniente verla, por justos respetos, tanto para cerciorarse por sí mismo de lo que publicaba la fama, cuanto para animarla á perseverar en sus buenos propósitos si el caso lo requería. Pasáronle recado de que el Obispo de Tours estaba allí y venía á visitarla. Crefan todos que la piadosa virgen á tal aviso

llenaríase de gozo y devota veneración. Estúvose unos instantes suspensa é indecisa. Pero, pensándolo un momento y alzando la vista al cielo, mandó



á la mujer que vivía con ella la excusase de recibirlo; porque, habiendo hecho propósito de no admitir en su casa visita de hombre ninguno, no quería quebrantarlo con un varón tan santo, que sabría interpretar bien su resolución; con lo cual quedaría ella más autorizada en adelante para rechazar á todos los demás, viendo que ni aun al Obispo de Tours había recibido.

No llevó á mal la negativa, antes admitió gustoso la excusa y tomó de ella ocasión para hacer

un grande elogio de San Hilario, que tan sólidamente había formado á su discípula. Encareció la conveniencia de que las vírgenes rehusen las visitas de los hombres, aunque sean piadosos; y no con palabras, sino con la obra y con la paz de semblante y corazón con que recibió la negativa, nos dió un admirable ejemplo de profunda humildad y mansedumbre, como nota bien Sulpicio Severo.

Luego que vió alejarse al Santo envió la prudente virgen á la mujer de antes que le llevase un canastillo de fruta, rogándole de nuevo se sirviese excusarla y se dignase aceptar aquel humilde presente en señal de su rendida devoción. Y el Santo, que no solía admitir nunca regalos de mujeres, aceptó y agradeció éste, diciendo no ser justo que el sacerdote rehusase en aquella ocasión lo que enviaba aquella virgen, que era superior en virtud y santidad á muchos sacerdotes.





XXVI

VUELTO Á SU IGLESIA, ATIENDE SAN MARTÍN AL MINISTERIO PASTORAL. — ES LLAMADO CON URGENCIA Á LA CORTE DEL EMPERADOR.

RESTITUIDO San Martín á su iglesia, continuó con su acostumbrada actividad y fervor las obras del ministerio pastoral, confirmando con asiduas exhortaciones á los débiles, instruyendo á los ignorantes, reduciendo al camino de la verdad á los descaminados, proveyendo, en una palabra, á las necesidades espirituales y temporales de su grey, curando hasta con milagros sus enfermedades y males y despojándose de sus propios vestidos para cubrir la desnudez ajena.

Solía tener en aquellos tiempos cada iglesia episcopal un sitio particular, llamado *secretario*, algo así como nuestras sacristías, adonde se retiraban los Prelados, ya para dar audiencia á los que acudían á ellos, ya para recibir las salutations del pueblo ó para prepararse á celebrar los divinos misterios. El día, pues, de Navidad, andando una vez el Santo con este fin á la iglesia, le encontró en el camino un pobre transido de frío y medio

desnudo, que le rogó le hiciese la limosna de vestirlo. Vuelto Martín al Arcediano, que le acompañaba, mandóle fuese en seguida á comprarle un vestido, y sin más se entró en aquel lugar á hacer oración, dejando á los otros ministros el cargo de recibir las instancias y saluciones del pueblo.

El pobre, después de esperar un rato, no viendo ni al Arcediano ni el vestido, penetró secretamente donde se había escondido el Santo y dolióse de haber sido burlado del ministro, pues no lo había vuelto á ver, y ya se moría de frío. Entonces quitase San Martín la túnica y dásela al pobre, quedándose sólo con el manteo ó capa. Llegó entretanto la hora de comenzar el santo Sacrificio; viene el Arcediano diciendo que el pueblo está aguardando. “Yo no puedo ir—responde el varón de Dios—si el pobre no se viste primero.” El Arcediano, que no veía que el Santo estaba interiormente desnudo, porque el manteo le cubría, no advirtió que lo decía por sí mismo y repuso que el pobre se podría vestir después y que había desaparecido; que urgía salir al altar. “Dadme—replicó entonces el Santo,—dadme á mí el vestido que os encargué, ya que el pobre no está lejos ni puede celebrar si primero no se viste.”

El Arcediano, montando en cólera, corre á comprar un vestido de pobre, semejante al saco largo y áspero, erizado de pelo, que usan los marineros, y lo arroja á los pies del Obispo. “He aquí el vestido—dice;—pero yo no veo á ningún pobre á quien se haya de vestir.” El varón de Dios no le contestó; sin inmutarse, con su ordinaria paz, hizo

que el Arcediano se retirase fuera: ciñóse aquel áspero saco y salió á la iglesia á comenzar el sacrosanto Sacrificio. En medio del cual, como en testimonio de la ardiente caridad que poco antes había usado con el pobre, apareció á vista de muchos sobre su cabeza un globo de fuego, que, después de haberle envuelto unos instantes sin que le ofendiesen las llamas, se levantó en el aire, dejando en pos de sí una radiante estela de luz.

Continuó también librando, como antes, á los desventurados en cuyos cuerpos entraba el espíritu malo y á varios lugares infestados del demonio; todo lo cual omitimos para evitar la repetición de casos semejantes á los ya referidos, y vengamos á otro asunto más importante en la vida de nuestro Santo.

Mientras San Martín atendía á estas y semejantes obras, propias de su ministerio episcopal, con grande gloria de Dios y aprovechamiento de las almas, recibió la noticia de que en Tréveris andaban muy revueltas las cosas, y de que el Emperador, desentendiéndose de la promesa que le había hecho, no sólo había consentido en la muerte de Prisciliano y algunos que le seguían, sino que, cediendo á las instigaciones de Magno y Rufo, Obispos itacianos, se disponía á enviar á España tribunos ó comisionados encargados de investigar y exterminar á cuantos estuviesen afiliados al priscilianismo, lo cual ponía en grave riesgo á los católicos que fuesen injustamente acusados. Además, que muchos Obispos de las Galias, reunidos en Tréveris para la consagración de Félix, ele-

vado á la sede episcopal de aquella diócesis, comunicaban con Itacio y con los otros que habían cooperado á aquellas muertes; que uno solo, Teognosto, disenta de los demás y se había atrevido á excomulgarlo; finalmente, que, contra la palabra empeñada, estaba en inminente peligro la vida de los dos personajes, el conde Narsés y el gobernador Leucadio, tenidos por demasiado afectos al emperador Graciano.

Al saber tan graves noticias estremeci6se el var6n de Dios, y, lleno del esp6ritu de mansedumbre y caridad, no temió arrostrar los trabajos de un viaje tan pesado para su edad avanzada, y aun las iras y enojo de los itacianos y del mismo Emperador. Y sin más dilaciones parti6 para Tréveris.





XXVII

DE LO QUE LE SUCEDIÓ LA SEGUNDA VEZ QUE FUÉ Á LA CORTE DEL EMPERADOR MÁXIMO

CUANDO se supo en Tréveris que San Martín volvía á la corte imperial, apoderóse de los obispos itacianos el bien fundado temor de que el Obispo de Tours desaprobaba su conducta y uniríase á Teognosto, que, como hemos dicho, públicamente se había apartado de su comunión, anatematizándolos.

Persuadieron al Emperador que le enviase algunos oficiales que le saliesen al encuentro en el camino para intimarle que no prosiguiese su viaje ni se acercase á las puertas de la ciudad si no prometía primero vivir en buena correspondencia con los Obispos que había en Tréveris, sin turbar su armonía ni alterar la paz. El Santo con gran discreción eludió diestramente esta asechanza y contestó que venía con la paz de Jesucristo. Y entrando de noche en la ciudad, se fué solo á la iglesia y la pasó toda entera en oración. El día siguiente se dirigió á palacio: habló en primer lugar á Máximo en favor de Narsés y Leucadio, y procuró después persuadirle que no enviase los tribu-

nos á España, deseando con todo su corazón, no sólo librar á los católicos, que en semejante ocasión habían de padecer mucho, sino salvar también la vida á los mismos herejes. El astuto Emperador tuvo suspenso por dos días al Santo, ó para dar mayor peso á la gracia con la dilación, ó porque no podía moderar su cólera con aquellos partidarios de Graciano ó reprimir la avaricia con que aspiraba á enriquecerse con sus bienes.

Entretanto San Martín se abstenía de tratar ó comunicar con los Obispos, y éstos, temerosos, recurrieron á Máximo para darle sus quejas y representarle que se verían separados de todos si el ejemplo y autoridad de Martín añadía nueva fuerza á la pertinacia de Teognosto, que solo entre todos los Obispos tuvo el atrevimiento de condenarlos y publicar su sentencia. Le decían que no debía haber permitido que pusiese el pie en la ciudad; que no sólo era el defensor, sino también el protector de los herejes, y que nada se había conseguido con quitar la vida á Prisciliano, si Martín pretendía vengar su muerte. Ultimamente, postrados á sus pies, con muchas lágrimas, le pidieron usase de su poder, y poco faltó para que Máximo se dejase persuadir de aquellos Prelados y tratase á San Martín como á un hereje.

No obstante la propensión de Máximo á favor de aquellos Obispos, teniendo presente lo que el varón de Dios excedía en la fe, santidad y virtud al común de los mortales, determinó vencer por otro camino su constancia. Mandó que viniese á verle secretamente, y con dulces palabras le declaró que

los priscilianistas fueron castigados, no tanto á instancias de los sacerdotes, cuanto según el prescripto de las leyes y el rigor de la justicia, y que, por esta razón, no tenía motivo para separarse de la comunión de Itacio y demás Obispos de su partido; que el ejemplo de Teognosto no fué seguido de ningún otro Prelado; porque más propiamente se había separado por satisfacer á alguna privada pasión suya que no á obligación que tuviese, y que el Sínodo celebrado pocos días antes declaró que Itacio era inocente. Advirtiéndole Máximo que estas razones no abrían brecha en el ánimo de Martín, se enfureció y, volviéndole las espaldas, mandó que sin la menor dilación se ejecutase la sentencia de muerte contra Narsés y Leucadio.

Era ya de noche cuando al santo Obispo se le participó tan triste noticia. A toda prisa se dirigió á palacio y prometió tratar ó comunicar con los itacianos, con tal que se salvase la vida de los dos reos y se mandase llamar á los tribunos que se habían enviado á España para poner en desconcierto las iglesias. Alegre el Emperador por haber conseguido su intento, lo concedió todo; y estando ya dispuestas las cosas para celebrar la ordenación y consagración de Félix, varón en realidad santísimo y muy digno de ser Obispo, creyendo San Martín que debía usar por breve tiempo de aquella condescendencia para salvar la vida á aquellos sobre cuyas cabezas estaba ya pendiente la espada, asistió con los demás Obispos á la solemne consagración; pero los itacianos no lograron persuadirle que autorizase con su firma aquel acto.

A la mañana siguiente salió á toda prisa de Tréveris, angustiado de pena por haber concurrido, aunque por poco tiempo, á la ceremonia, en compañía de aquellos hombres sanguinarios. Iba por el camino gimiendo entre sí; y al llegar á un sitio llamado entonces Audetama, y hoy día Echternach, á dos leguas de Tréveris, donde la sombra y soledad de las selvas le daban mayor ocasión de desahogarse, mandó que sus compañeros fuesen delante y él se quedó ansioso y perplejo examinando lo que había hecho y era causa de su presente dolor. Hallábase agitado con los diversos pensamientos que le venían, que unas veces acusaban y otras excusaban el hecho. Viéndose en esta aflicción, de repente se le apareció un ángel del Señor y le dijo: "Oh Martín, razón tienes para estar afligido; pero no pudiste obrar de otro modo: recobra tu valor y constancia, no sea que arriesgues, no ya la gloria, sino la salud" (1).

Desde aquel tiempo procuró el Santo evitar la comunicación de los itacianos, y en los diez y seis años que vivió después no asistió á ningún Concilio ni reunión de Obispos.

Esto último sorprenderá tal vez á algunos; pero será menor esta sorpresa si se considera que, como dice Rohrbacher, "nunca hubo tantos Concilios como bajo el imperio de Constancio (y sus inmediatos sucesores), y que jamás la Iglesia se encontró en

(1) "Merito, Martine, compungeris; sed aliter exire nequisti. Repara virtutem, resume constantiam, ne jam non periculum gloriae sed salutis incurreris." *Sulp. Sev.*, Diálogo III, n. 13. Véase Orsi, *Historia eclesiástica*, lib. XIX, y todos los demás historiadores que toman su narración de Sulpicio Severo.

un estado más deplorable; que éstos son los Concilios ó Asambleas de Obispos que calumniaron y persiguieron á San Atanasio; que son los Concilios ó Asambleas de Obispos que calumniaron más tarde y persiguieron á San Crisóstomo. Nada de esto prueba, sin duda, que los Concilios no puedan ser buenos; pero menos prueba aún que sean tan necesarios como algunas veces se supone" (1).

San Martín obró así—y con más vehemencia se expresó, con el mismo espíritu, San Gregorio Nacianceno,—no porque los legítimos Concilios no sean útiles y fuentes de verdad, ó porque desconociesen estos Santos la autoridad infalible que tienen cuando reúnen las condiciones debidas, sino, como anota el Cardenal Belarmino, por lo difícil que era en aquellos tiempos celebrar un Concilio plenamente legítimo (2).

En cuanto á Itacio, después de la derrota del emperador Máximo, que San Martín le predijo, el Papa San Siricio condenó expresamente la conducta de aquel Obispo en la persecución de Prisciliano y reguló las condiciones con las cuales, tanto los priscilianistas como los itacianos, debían ser recibidos en la comunión de la Iglesia. Por lo que toca al mismo Itacio, no sólo fué depuesto del episcopado y excomulgado, sino enviado al destierro, donde murió dos años después.

(1) *Historia de la Iglesia*, lib. XXXVI.

(2) "Queritur suo tempore nullum concilium fieri potuisse omni ex parte legitimum."





XXVIII

SENTIMIENTOS DE MARTÍN Á LA VUELTA DE TRÉ-
VERIS.—VISITAS DEL CIELO.—VENCE A LOS DE-
MONIOS.

RECOBRA tu valor y constancia", dijo el ángel á San Martín, según vimos en el capítulo pasado, y lo cumplió el Santo á maravilla. Con nuevo fervor se dió al ejercicio de las virtudes; y si antes había sido un prodigio de santidad, en los diez y seis años que vivió aún aquel varón, curtido en los trabajos de la vida y peleas con el infierno, pareció excederse á sí mismo y emular á los espíritus celestiales. Sin embargo, un sentimiento íntimo y profundo le escarbaba el corazón y cubría su rostro de vergüenza: el haber comunicado con los itacianos; y aunque había tantos motivos para excusarse, como el mismo ángel le significó, esto no obstante, bastábale á su humildad el recuerdo de aquel día para anonadarse en la divina presencia, como si fuera el mayor pecador del mundo.

Sucede en las almas privilegiadas, de incomparable inocencia, una cosa que apenas podemos comprender los que no tenemos vista tan perspicaz ni

estamos tan iluminados con los rayos del Sol de justicia. Lloro amargamente toda su vida un Luis Gonzaga dos faltillas de sus primeros años, como si fuesen enormes crímenes, y acúsase un Estanislao de Kostka de haber sido infiel á Dios y puesto en peligro su salvación por no haber manifestado tan pronto á su confesor los primeros impulsos de su vocación religiosa. Dios permite esas sombras, por una parte, para que los Santos tengan materia de humillación y vean en qué faltas y culpas pudieran haber caído á no detenerlos su divina mano, y, por otra, para enseñarnos á nosotros que los Santos no son de naturaleza diferente de la nuestra, y que no hacemos bien cuando, para colorear nuestra tibieza y poco aprovechamiento, nos escudamos con pensar que ellos todo se lo hallaban hecho, como si no hubieran tenido que remar contra la corriente ó luchar á brazo partido. Siempre será verdad que los Santos fueron santos porque se esforzaron heroicamente por corresponder á la gracia, y los que no lo son dejan de serlo precisamente porque no hacen tales esfuerzos. Que manifiesta es la voluntad de Dios, que á todos nos quiere santos. Y quien haya pecado, en vez de escandalizarse ó de excusarse con las fragilidades ajenas ó con los grandes carismas concedidos á esos gigantes de santidad, avergüéncese de sí mismo si no trabaja por ser perfecto é imite la penitencia de esos varones insignes, que la hicieron rigurosísima por faltas á primera vista insignificantes.

Tal fué nuestro bienaventurado San Martín. Y están contestes los escritores de su vida en afirmar

que en estos últimos diez y seis años que aun vivió aumentó sus penitencias y oración, y solía lamentarse él mismo con resignación perfecta de que á veces no hallaba tan franca la puerta á las divinas comunicaciones con el Señor, y que no le obedecían tan pronto los demonios cuando ejercía sobre ellos su imperio. Lo cual, si es verdad y no más bien simple aprensión de su humildad y sentimiento natural del que reconoce haber faltado, nos revela cuán grandes debieron de ser antes la intimidad con Dios y el imperio sobre el demonio, pues tan excelentes fueron después hasta que murió. Pero yo creo que, en realidad, lo que hubo fué lo que de ley ordinaria sucede á los más eminentes Santos: que hay temporadas en que Dios se complace en retirarse y esconderse, por decirlo así, por el gusto que le da el ser buscado con más diligencia y ardor: los gemidos de las almas puras suenan melodiosamente á los oídos de Dios, y no hay música tan suave á su divina Majestad como esos arrullos de paloma que se escapan del pecho enamorado de los Santos; quiere además el Señor que sus siervos no se engolosinen demasiado con los deleites de su mesa; que, al fin, el mundo no es paraíso de delicias, sino campo de batalla, lugar de destierro, valle de lágrimas y matorral de espinas y cambroneras, y quiere, finalmente, la purificación de esas mismas almas, su crecimiento en la virtud, y tan limpias de toda herrumbre de culpa, tan acrisoladas y hermosas, que al salir de este mundo no tengan que detenerse en las llamas expiadoras del purgatorio.

Por lo demás, al parecer, según refieren los autores, nunca como en estos años recibió San Martín tan frecuentes visitas de los cortesanos del cielo. Conversaban á menudo con él los ángeles y servíanle de correo para comunicarle cuanto convenía supiese de sus monjes, de los pueblos de su diócesis y de otros asuntos pertenecientes á su ministerio. Y como, según dijimos, hizo propósito de no asistir á reuniones ó asambleas de Obispos, dábanle los ángeles noticia de lo que allí se trataba y departían familiarmente, como estrechos amigos, sobre las cosas ocurrentes relacionadas con el bien de la Iglesia. Vióse bien esto especialmente cuando se celebró la reunión ó Concilio en Nimes, á que no asistió el Santo, y los ángeles le daban cuenta de todo lo que se hacía, descendiendo á lo más particular y menudo. Por su parte, sus discípulos y monjes estaban íntimamente persuadidos de que nada de cuanto á ellos atañía se ocultaba al varón de Dios, sabiéndolo todo antes que ellos se lo diesen.

Mas no sólo con los ángeles tenía familiar comunicación: visitábanle á menudo la Santísima Virgen, que desde niño le había tomado bajo su tutela, y otros Santos del cielo, á quienes Martín tenía especial devoción. Eran éstos los apóstoles San Pedro y San Pablo y las vírgenes Santa Tecla y Santa Inés, que con frecuencia acompañaban en sus visitas á la soberana Reina de los cielos. Descubriéronlo esto sus discípulos, y muy en particular Sulpicio Severo, gran confidente del Santo. Porque yendo á tratar una vez con él no sé qué asuntos,

creyendo que estaba solo en su celda, les pareció, antes de llamar, que había otros que hablaban. Y juntamente les sobrecogió una reverencia tal y corrió por sus venas una especie de terror, que no osaban tocar á la puerta. Pensaron que indudablemente estaba tratando con Dios. Iban á retirarse para volver después; pero, parte por la curiosidad natural, parte detenidos por una fuerza invisible hallábanse como clavados en aquel sitio. Cada vez que oían confusamente á un nuevo personaje renovábase aquella especie de religioso pavor, que se aumentaba cuando la curiosidad hacía que alguien aplicase el oído á la cerradura ó rendijas de la puerta. Entonces una fuerza oculta obligaba al curioso á retirarse. Dos horas mortales transcurrieron, no sé si diga con pena ó placer de los discípulos, cuando se abrió la puerta de la celda y salió solo el Santo, despidiendo de su rostro celestiales rayos de luz.

¿Qué había sucedido? Pues que la Virgen Santísima, acompañada de las Santas Tecla é Inés, habían visitado, como solían, á su devoto Martín, y, terminada la celestial visita, habían remontado el vuelo al Empíreo. ¿Cuánto tiempo duró? No lo sabemos: dos horas estuvieron los discípulos aguardando á la puerta; pero ignoramos si hacía ya mucho tiempo que estaban allí los celestiales personajes; sabemos, sí, que, valiéndose del cariño filial y de santas estratagemas, averiguaron los monjes que estos favores se repetían con frecuencia.

Y sucedió una cosa graciosa, de gran enseñanza y de harta confusión para el demonio. Creyó el des-

venturado que podría engañar al varón de Dios y hacer pasar por finísimo oro lo que no llegaba á ser barro despreciable. Quizás pensó el maligno que, hecho el paladar de Martín á los consuelos y dulzuras que le venían de arriba, recibiría también los que fraudulentamente él le proporcionase. Un día, pues, transfigurándose en ángel de luz y acicalándose lo mejor que supo para no ser conocido por quien era, tuvo la temeraria osadía de presentarse á nuestro Santo, diciendo era el mismo Jesucristo en persona que venía á visitar á su



fidélisimo siervo. Venía el maligno circundado de luz y resplandor, con grande gloria y majestad; cubríale las espaldas rico manto de púrpura guarnecido de oro; en la cabeza llevaba una preciosí-

sima corona, y el cetro de oro en la mano. Tan serena la frente, tan apacible era su mirada, que estaba muy lejos de parecer el horrible monstruo que en realidad era. Lo vió Martín delante de sí y quedó deslumbrado con tanta luz, pero no dijo nada. Entonces el demonio, que sin duda esperaba otra cosa, rompió primero el silencio:

—Mira—dijo—oh Martín, cuán liberal y cortés es contigo el cielo: después de mi madre, yo mismo he venido á recrearte con mi presencia.

Callaba Martín suspenso, sin abrir sus labios.

—¿Por qué dudas?—prosiguió el impostor.—Con tu temor me ofendes. Soy Cristo, créelo, el mismo Cristo.

Súbitamente iluminado de Dios, respondió Martín:

—Eso no puede ser: mientes, como quien eres. Mi Señor Jesucristo jamás ha dicho que vendría al mundo en hábito y continente de Rey, cubierto de púrpura y oro y coronado con esa diadema. Yo lo veo en la cruz, desnudo, ceñida de espinas la cabeza, cubierto de heridas y de sangre. No se me hubiera aparecido de otra manera.

Quedó confuso el demonio y huyó precipitadamente, dejando en pos de sí un hedor pestilencial, que por muchos días duró en la habitación.

No escarmentaban los espíritus infernales con las derrotas que cada día sufrían. Para intimidarle tomaban unas veces las figuras de Júpiter, armado de rayos; ordinariamente la de Mercurio, con frecuencia la de Venus ó Minerva; pero el Santo, escudado con la oración y hecha la señal de la cruz, sin dificultad los ahuyentaba. No pudiendo ellos

vencerle, vengábanse vomitando injurias contra él y atronando á voces sus oídos.

Una vez la emprendió el demonio contra el Santo porque (según decía) daba acogida en su monasterio á algunos pretendientes que con sus maldades y crímenes habían manchado vergonzosamente la estola bautismal y eran del todo indignos de la vida religiosa, que deshonraban viviendo allí. Contestó Martín que venían debidamente arrepentidos. Replicó el demonio que había pecados que no podían perdonarse nunca. Negó el Santo que hubiese pecados irremisibles, afirmó ser mayor la bondad y misericordia de Dios que nuestra malicia y expuso de paso la doctrina católica sobre la remisión de las culpas y el poder del arrepentimiento y penitencia para borrarlas, y concluyó diciendo: "Si tú mismo fueses capaz de arrepentirte y pedir perdón con humildad de todas tus maldades la víspera del juicio final, no dudaría yo en darte la absolución y perdonar todos tus pecados." ; Tanta era la fe y confianza de Martín en la bondad divina y en los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo!





XXIX

OTRAS MARAVILLAS DEL SANTO.—REHUYE LA GLORIA QUE LE DAN.—ALIVIA Á LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

MUCHOS milagros hemos referido ya obrados por San Martín á gloria de Dios y bien de los próximos, y muchos quedarían aún por referir si hubiéramos de contarlos todos los que han llegado á nuestra noticia (1). Pero no es posible, dados los límites de que podemos disponer, ni necesarios tampoco para aumentar la devoción de nuestros lectores y calificar de taumaturgo al admirable Obispo de Tours. Con lo dicho basta y sobra. Omitiendo, pues, los que no contienen enseñanzas especiales (de éstos todavía diremos algunos), y pasando por alto los que hizo el Santo con la señal de la cruz y el óleo bendito, por medio del cual sanó á la mujer del conde Aviciano y obró otras muchas curaciones, digamos brevemente lo que acaeció al noble y piadoso Liconcio. Siete personas de su familia cayeron gravemente enfermas á la vez, con que su casa parecía un hospital. Pasó aviso Liconcio á su

(1) Véase *Analecta Bollandiana*, III, 217-257.

amigo Martín, como las hermanas de Lázaro á Nuestro Señor Jesucristo: *está enfermo el que amas*. Siete días hizo el Santo oración por aquella buena familia, al cabo de los cuales recobraron todos la salud, como si no hubiesen jamás estado enfermos. Alegre y agradecido Liconcio, envió al monasterio más de cien libras de plata; pero el varón de Dios (y aquí viene la enseñanza), aunque aceptó el donativo, prohibió severamente á los suyos que se tomase ni un céntimo para las necesidades del monasterio, é invirtió toda la suma en rescatar pobres cautivos y redimir esclavos. Y sugiriéndole sus discípulos que reservase alguna parte para el sustento y vestido de los monjes, harto necesitados de estas cosas, "No, hijos míos—contestó:—á la comida y vestido atenderá Dios y la Iglesia á quien servimos: es preciso portarnos de manera que nadie pueda pensar con razón que servimos á Dios por interés". Tal era la rectitud con que procedía el Santo, su amor á la pobreza religiosa, la confianza que tenía en el Señor y la prudencia en el obrar, para que los prójimos no se ofendiesen ó escandalizasen.

De aquí provenía que aun los idólatras le venerasen y se encomendasen á él, recibiendo en cambio señalados favores y experimentando su patrocinio, como sucedió á un comerciante egipcio y gentil, que, hallándose en alta mar en medio de una horrorosa tempestad, viéndose á peligro de perecer, comenzó á invocarle, por lo que de él había oído decir, exclamando: "¡Martín, Martín! Por tus méritos sálvame tu Dios." Y lo mismo fué decir esto, con el fervor que se deja entender, cuando comenzaron á disi-

parse las nubes, esclarecerse el cielo y amansarse las olas, quedando á los pocos instantes el mar en calma y arribando con felicidad al puerto deseado.

¡Cuántas veces con sólo tocar sus vestiduras quedaban sanos los enfermos! ¡Cuántas se multiplicaba el aceite ó vino en las vasijas que él había bendecido!

No es, pues, de extrañar que fuese tan glorioso el nombre de Martín y que cuando iba de viaje saliesen las gentes á recibirle, como le sucedió una de las veces que fué á Tréveris. Acercándose á la ciudad de Clermont, en la Auvernia, al tener noticia de que venía se puso en movimiento toda la ciudad, y parte á pie, parte á caballo, no sólo la gente vulgar y del pueblo, mas aun caballeros de la primera nobleza se encaminaron á su encuentro. Ni faltaron tampoco quienes, en ricas carrozas y suntuosos trenes ó equipajes, fueron con gran pompa á recibirlo, movidos de respeto y veneración. Vió el Santo desde una colina todo aquel aparato y preguntó á los que le acompañaban qué significaba aquello. Dijéronle que era la gente que venía á recibirle. Contristóse sobremanera el siervo de Dios por la honra que le querían hacer y no hubo medio de que aceptase tan espléndido recibimiento. Dió media vuelta al jumentillo en que venía y volvióse atrás. Detuviéronle un poco sus discípulos; llegaron entretanto algunos de los principales señores; y mientras instando unos y rehusando Martín la honra daban tiempo á que llegasen otros, se vió rodeado de inmenso pueblo, y cerca de él, casi echados sobre el suelo, muchos enfermos que habían

sido conducidos allí para que les diese la salud. Entonces le rogaron que, por lo menos, les echase su bendición y pidiese á Dios por ellos. Accedió voluntariamente: los bendijo y sanaron. Pero nunca



podieron recabar del humilde varón que admitiese el recibimiento que le tenían preparado.

En este mismo viaje le sucedió que, entrando á orar en una iglesia donde poco antes había sido enterrada una doncella, por nombre Vitalina, muerta en opinión de santa, y estando arrodillado junto á su sepulcro, le dirigió la palabra, como si se hallase viva.

—Yo os saludo—le dijo,—hija mía, ¿qué hacéis?

—Benedicidme, oh Padre—le contestó.

—Pues qué, ¿no gozáis aún de la vista de Dios?

—No, Padre. Cometí una falta el último Viernes Santo, que yo pensaba no era cosa de importancia,

y esto bastó para no ser admitida en el cielo luego de morir. Impetradme vos esta gracia.

Prometióselo el Santo, oró por Vitalina y supo por divina revelación que al cabo de tres días saldría del purgatorio. De aquí tomaba pie el varón de Dios para inculcar en sus discípulos un saludable temor de los juicios divinos, pues en aquel tribunal inapelable se pesan las cosas como son en sí y no como las imagina nuestro amor propio.

Casos parecidos á éste pasaron no pocos á nuestro Santo; porque su caridad se extendía, no sólo á los vivos, sino también á los difuntos, y sabían muy bien cuán poderosa era con Dios la intercesión de su fiel siervo Martín.





XXX

CUMPLIMIENTO DE LA PROFECÍA HECHA POR SAN MARTÍN AL EMPERADOR MÁXIMO

HEMOS insinuado anteriormente que San Martín predijo al emperador Máximo en Tréveris que si pasaba á Italia primero obtendría la victoria y tomaría varias ciudades, pero que al cabo sufriría varias derrotas y perdería la vida. Vaticinaba el Santo estos sucesos con el fin de apartar al Emperador de los designios que había concebido, tan injustos como ambiciosos. No lo obtuvo, y la profecía se cumplió.

Era Máximo, el destronador de Graciano, hombre de carácter difícil, hipócrita y ambicioso. No contento con haber arrebatado el trono injustamente á su antecesor, trató ahora con disimulo de apoderarse de las provincias de Italia en donde mandaba Valentiniano II, hermano de Graciano é hijo de Valentiniano I y de la emperatriz Justina. Era á la sazón Valentiniano un joven de pocos años y carecía de la experiencia y conocimiento de los hombres que las circunstancias requerían, mayormente para tratar con el astuto Máximo, que se le vendía por amigo y protector.

En vano San Ambrosio había escrito al joven príncipe que se precaviese contra un hombre que cubría la guerra bajo apariencia de paz: los cortesanos creyeron que el Obispo de Milán no tenía bastante destreza para diplomático; y habiendo de enviarse una embajada á Máximo, uno de ellos, llamado Domnino, principal ministro de Valentiniano, á quien se miraba como á un hábil político, se ofreció á renovar las negociaciones y conducir las á buen término. Máximo le recibió con los brazos abiertos, le colmó de honores y de presentes, aceptó todas sus proposiciones y le ofreció además un cuerpo de tropas para ayudar á Valentiniano contra los bárbaros, que amenazaban invadir sus fronteras y penetrar en el interior de sus Estados. Domnino, acompañado de sus auxiliares, volvió triunfante á través de los Alpes, cuando Máximo, que le seguía sin ruido, se presentó de repente en Italia con un ejército formidable, cuya vanguardia eran los supuestos auxiliares, y marchó sobre Milán, saqueando todas las ciudades que hallaba á su paso.

Sorprendido Valentiniano, no pensó sino en salvar la vida, refugiándose en Aquilea, donde, no creyéndose tampoco seguro, se embarcó con su madre y llegó á Tesalónica. Aquí encontró un asilo bajo la protección de Teodosio, á quien habían escrito á Constantinopla pintándole el estado á que se veían reducidos. De esta manera se cumplió la primera parte de la profecía de San Martín. Veamos cómo se realizó la segunda.

El gran Teodosio respondió al punto á Valentiniano que no debía maravillarse, ni de sus propias

desgracias, ni de la prosperidad de Máximo, pues que él, aunque soberano legítimo, inducido y engañado por el error de los herejes, combatía la verdad, mientras que el tirano Máximo, aun siendo quien era, se gloriaba de sostenerla, y Dios, que castigaba como padre á Valentiniano, se declaraba contra los enemigos de su Iglesia. Al mismo tiempo salió de Constantinopla acompañado de muchos senadores. Cuando llegó á Tesalónica celebró consejo sobre el partido que debería seguir. La opinión general era que debía tomar de Máximo una pronta venganza: no convenía dejar vivir más tiempo á un asesino usurpador que, acumulando crimen sobre crimen, acababa de quebrantar tratados solemnes.

Teodosio estaba más indignado que nadie de la suerte deplorable de los dos Emperadores, el uno, Graciano, cruelmente asesinado; el otro, Valentiniano II, arrojado de sus dominios; estaba completamente resuelto á vengar al insigne bienhechor que le había asociado al trono y á su cuñado, porque en el año presente, según la *Crónica* de Marcelino, se había casado en segundas nupcias con Gala, hermana de Valentiniano. Pero como el invierno se acercaba y la estación no permitía comenzar la guerra, creyó que, en lugar de declararla con precipitación inútil, era mejor entretener á Máximo con esperanzas de arreglo. Fué, pues, de opinión que se le propusiese devolver á Valentiniano lo que acababa de usurparle y que se atuviera al tratado de partición, amenazándole con la guerra más sangrienta si rehusaba condiciones tan razonables.

Al salir del consejo Teodosio llamó á Valentiniano aparte, y habiéndole abrazado tiernamente, "Hijo mío—le dijo,—no el número de soldados, sino la protección divina es la que da los sucesos favorables en la guerra; leed nuestra historia desde Constantino: veréis en ella con frecuencia el número y la fuerza del lado de los infieles, la victoria al lado de los príncipes religiosos. Así derribó este piadoso Emperador á Licinio y así se hizo invencible vuestro padre. Valente, vuestro tío, atacaba á Dios: había proscrito á los Obispos ortodoxos y derramado la sangre de los Santos; Dios congregó contra él una nube de bárbaros. Escogió á los godos para ejecutores de su venganza: Valente pereció entre las llamas. Vuestro enemigo tiene sobre vos la ventaja de seguir la verdadera doctrina; vuestra infidelidad es la que le hace prosperar. Si abandonamos al Hijo de Dios, ¿qué jefe, qué defensa tendremos nosotros, desdichados desertores, en las batallas?"

Dios hablaba al corazón de Valentiniano al mismo tiempo que la voz de Teodosio hería sus oídos. Deshecho en lágrimas, el joven príncipe abjuró su error y protestó que toda su vida estaría invariablemente adherido á la fe de su padre y de su bienhechor. Teodosio le consoló y le prometió el auxilio del cielo y el de sus armas. Valentiniano permaneció fiel á su palabra: rompió desde este momento todos los compromisos que tenía con los arrianos y abrazó sinceramente la fe de la Iglesia. Su madre, Justina, que murió al año siguiente obstinada en su error, no se atrevió á intentar si-

quiera el borrar la feliz impresión de las palabras de Teodosio.

El invierno pasó en negociaciones infructuosas. Máximo era dueño de Italia y Africa. Los paganos se apresuraron á declararse en su favor. El famoso Simmaco pronunció un panegírico en honor suyo. Teodosio, por su parte, en medio de sus preparativos de guerra, hizo consultar á un célebre anacoreta, á San Juan de Egipto, que vivía en la Tebaida y era famoso por sus milagros y don de profecía. Juan le predijo que saldría victorioso.

Desde Tesalónica avanzó rápidamente Teodosio á la Pannonia, y allí en dos batallas deshizo las tropas de Máximo, aunque más numerosas que las suyas. Pasa los Alpes sin obstáculo y se detiene á tres millas de Aquilea, donde entran sus tropas sin resistencia y sorprenden á Máximo ocupado en distribuir dinero á sus soldados. ¡Tan descuidado estaba de los movimientos de Teodosio! Inmediatamente se le derriba del tribunal donde se hallaba sentado; arráncasele la diadema, se le despoja, y atadas las manos á la espalda se le conduce al campo del vencedor, como un criminal al sitio de su suplicio. El Emperador, después de echarle en cara su usurpación y el asesinato de Graciano, le preguntó ¿con qué fundamento había osado publicar que en su rebelión obraba de concierto con Teodosio? Máximo respondió temblando que había inventado esta mentira únicamente para atraerse partidarios y autorizarse con nombre tan respetable. Esta confesión y el estado lastimoso en que le veía desarmaron la cólera de Teodosio; ya se inclinaba á la clemencia

cuando sus oficiales arrebataron á Máximo delante de sus ojos y le hicieron cortar la cabeza fuera del campamento. Era el 28 de Julio de 388. Había reinado cerca de cinco años, desde la muerte de Graciano (1). Así se cumplió por entero la profecía de San Martín.

(1) ROHRBACHER, *Historia universal de la Iglesia católica*, lib. XXXVI





XXXI

BRICIO.—SU CAÍDA.—PROFECÍA DE SAN MARTÍN. SU CUMPLIMIENTO

HEMOS reservado para este lugar uno de los hechos más culminantes en la vida de nuestro Santo y que se prestan á más serias reflexiones. Admiranse en él la debilidad humana, la malicia del demonio, la paciencia heroica del varón de Dios, el poder de la divina gracia y su misericordia, mezclada á la vez con su justicia en este mundo.

Era Bricio un joven piadoso y de ingenio despejado, á quien San Martín había recibido en su monasterio. Cautivaba á todos por su inocencia y bondad. Amigo de la observancia regular, diligente en el desempeño de cuanto le mandaban, captábase la benevolencia de todos; y como tenía buen entendimiento y era habilidoso, á todos satisfacía. Pensaba el santo Prelado que un joven de tantas prendas y virtuoso podría servir de mucho en el ministerio sacerdotal, y determinó aplicarlo á los estudios y dedicarlo á la Iglesia. No sé si esto ó el verse tan querido de todos le engrió; el caso es

que el gusano de la vanagloria debió penetrar en su espíritu; y aunque al principio no apareció exteriormente, poco á poco, al paso que adelantaba en edad y sabiduría, mostrábase algo más pagado de sí de lo que antes era. Con la mayor libertad que gozaba, por razón de sus estudios, hacía menos estima de las cosas pequeñas y aflojaba algún tanto en lo perteneciente á la vida espiritual. Sin embargo, como nadie de repente llega á lo sumo, aunque no cumplía con tanta exactitud como primero sus deberes religiosos y descantillaba á veces la oración, conservaba aún la fama y opinión que antes se había merecido.

Llegó el tiempo debido; recibió las sagradas órdenes, y hecho ya sacerdote y exento de la disciplina del monasterio, el nuevo estado, que hubiera debido levantarle á una virtud correspondiente á su alta dignidad, fué ocasión, por su culpa, pasados los primeros fervores, de faltas más graves y manifiestas. Sucede no pocas veces que aquellos jóvenes que durante sus primeros años han llevado una vida buena y candorosa, sobre todo si son blandos de condición, cuando llegan á la edad en que despiertan las pasiones y abren los ojos á las cosas del mundo transfórmanse de manera que no hay dique que los contenga ni razón que los enfrene. Como potros cerriles, lánzanse á carrera tendida por los pantanos de la lascivia, como si quisieran, desdichados, recobrar con la frecuencia en el pecar el tiempo en que han sido inocentes y se privaron de los goces prohibidos. De aquí es que quien poco antes era un ángel, en breve se hace un demonio y supera en

maldad á muchos jóvenes traviesos, de carácter brusco y pendenciero. *Corruptio optimi pessima.*

Esto puntualmente aconteció con Brício. Al abandono de la oración, penitencia y pobreza en que se había criado se siguió el amor al regalo, á las comodidades, á la opulencia. Al vestido áspero y raído, á la comida pobre y escasa, á la soledad y silencio reemplazó la delicadeza y abundancia en el vestir y banquetear, el lujo en la habitación, el fausto y exceso en los caballos que mantenía, en los esclavos que compró, en la misma servidumbre, no sólo de jóvenes extranjeros, sino también de atractivas doncellas (1), servidumbre que, no ya en una persona del clero, pero ni en un seglar honesto y de morigeradas costumbres hubiera parecido bien, y en Brício excitaba la admiración de todos y una censura universal. A la reverencia, honor y respeto que antes tenía á su dulce maestro y Prelado sustituyó un desprecio manifiesto y un soberano desdén de sus saludables amonestaciones, burlándose, no sólo de cuanto le decía, pero aun de lo que le veía hacer, singularmente de su humildad y recogimiento y de aquella modestia y especie de temor reverencial con que oraba en la iglesia, no menos que del poco cuidado que tenía de que fuesen buenos sus vestidos y muy compuesto el cabello.

A vista de este desprecio y mofa insoportables, no faltó quien repetidas veces aconsejase al Santo que le suspendiese del oficio y se deshiciese de él

(1) "Arguebatur non solum pueros barbaros sed etiam puellas pulchris vultibus coemisse." *Sulp. Sev.*, Diál. III, capítulo XV.

enteramente, confinándolo en el monasterio; pero él, habiéndolo pensado mucho y hecho oración sobre el caso, "Paciencia—decía,—hijos míos, paciencia: si Cristo sufrió á Judas, ¿no sufriré yo á Bricio?" (1). No quería el pacientísimo varón por ningún concepto que se creyese que con estos castigos quería él vengar sus privadas injurias. Por otra parte, veía que el demonio le había tomado por instrumento para atormentarle á él, y, en su profunda humildad, se anonadaba en la divina presencia y besaba la mano de Dios, rogando sin cesar por Bricio y dejando al Señor el arreglo de su causa. Además Dios le manifestó lo que en verdad, aunque de un modo invisible á los ojos humanos, sucedía; y como el Santo era tan bueno é inclinado á todo bien, sacaba por consecuencia que Bricio, en lo que hacía, era menos culpable que los demonios que le instigaban.

El caso ó visión pasó de esta manera. Un día que San Martín le había amonestado y reprendido con aquella destreza y caridad tan propia suya, salió después á contemplar las maravillas de Dios en las flores del campo y en la magnificencia de los cielos. Sentóse, y alzando los ojos vió que en la cima de un monte dos demonios provocaban é incitaban con grandes voces á otro á que llevase al cabo lo que había propuesto y determinado. "*Animo, ánimo*—le decían:—no seas cobarde ni vuelvas atrás de lo comenzado." Era Bricio á quien hablaban, el cual revolvía en su pecho todo un río de hiel y de ira,

(1) "Si Christus Judam passus est, cur ego non patiar Brictionem?" *Sulp. Sev., ibid.*

y, en vez de aprovecharse de la corrección, no veía el momento de arrojar sobre el Santo el peso de su venganza é indignación.

Con paso apresurado y turbado el rostro se presentó bruscamente delante del varón de Dios: ardíanle los ojos, temblábanle de cólera los labios, y con voz insegura por la emoción desatóse su lengua en una tempestad de insultos y vituperios: llamábale viejo marrullero, hipócrita y farsante, que con vana apariencia de santidad y milagros quería embaucar á los sencillos que no le conocían; que se acordase de aquellos largos años pasados en las liviandades y disolución de la milicia y rotura sol-



dadesca, cuando, por el contrario, él no había visto desde niño más que los muros de la celda, ni aprendido otra cosa que oración, ayuno y penitencia. Que pensase ya en corregirse y enmendarse á sí mismo

después de tantos años de desenfreno y libertinaje y no quisiera meterse con quien había sido mejor que él.

Callaba el venerable anciano, sobre cuyas nevadas canas caía tal lluvia de afrentas y denuestos; y sabiendo quién atizaba aquel fuego infernal y desahogaba su rabia por aquella boca, con semblante tranquilo y frente serena ofrecía al Señor, vilipendiado en su Pasión, todas estas injurias, y le rogaba cuan ardientemente podía que se compadeciese de aquel pobre y miserable, volviéndole al primitivo estado de gracia, fervor y penitencia.

No quedó defraudada la fervorosa oración del varón justo. Consiguió lo que pedía y aun tal vez mucho más de lo que pedía. Porque en primer lugar obtuvo que se alejasen de Bricio los infernales espíritus que levantaban aquellas tempestades en su corazón y no le dejaban sosegar, y que, alejados ellos, entrase Bricio en sí mismo, y considerando su mala vida, tan llena de desórdenes, y su negra ingratitud con el mejor y más bondadoso de los padres, se avergonzase de su conducta y detestase sus liviandades y se arrepintiese de veras, y, hecho un mar de lágrimas, buscase á su buen pastor y arrodillado á sus plantas le pidiese el perdón y la completa absolución de todas sus culpas y pecados. No era difícil obtener todo esto de un Santo como Martín, que recibió con los brazos abiertos á aquel hijo pródigo; pero, ¡oh misterios de la divina gracia, y cómo sabe Dios mezclar la justicia con la misericordia, aun en este mundo! Al concederle el perdón y absolución que pedía le anunció de parte de

Dios, no sólo que admitía sus lágrimas y sincera penitencia, sino que sería Obispo y sucesor suyo en la silla de Tours; pero que le hacía saber (no pudo decir esto Martín sin commoverse) que, en castigo de lo que contra mí has dicho, habrás también de sufrir las tempestades y tribulaciones que levantarán malas lenguas contra ti hasta que Dios te libre por su misericordia.

Todo se cumplió como el Santo lo predijo. Desde aquel instante fué Bricio otro muy diferente del que había sido. Era San Martín el espejo en que se miraba; y reconociendo deberle á él, después de Dios y María, su salvación, procuraba recompensar con santas obras los disgustos que le había dado. ¿Qué hubiera sido de él sin la heroica paciencia de Martín en sufrirlo? ¿si no lo hubiese despedido y abandonado? Por fortuna, todavía estaba Bricio en edad de trabajar, y si para adquirir la salvación y perfección de la virtud no hay tiempo que no sea oportuno, el suyo no podía ser mejor; porque tenía aún fuerzas, dábale el cielo alientos y veía junto á sí al Padre amorosísimo, que era su guía y sostén, y á tantos monjes que le amaban como á hermano y le ayudaban con su ejemplo y oraciones.

¡Qué arroyos de lágrimas despedían sus ojos día y noche! ¡qué asiduidad en la oración! ¡qué constancia en las vigiliass! ¡qué rigor en la disciplina! y, sobre todo, ¡qué profundísima humildad! ¡qué caridad tan ardiente con Dios y con los prójimos! Mirábanle todos como á santo, y no se equivocaban, porque en realidad lo era. Verificábase en él aquello de que para los que aman á Dios todo se les con-

vierte en bien, todo contribuye á hacerlos más santos, aun los pecados y caídas que tuvieron la desgracia de cometer y de los cuales fervorosamente se levantaron. Al verle fácilmente se convencía uno de la ventaja que lleva la vida de un pecador arrepentido, pero fervoroso y santo, á la de otro que nunca ha perdido la gracia, pero vive tibiamente y vegeta en la penumbra y está siempre en los confines y al borde del pecado mortal.

Tan constante en la virtud, tan fiel imitador y aprovechado discípulo de San Martín se mostró Bricio hasta la muerte de su maestro, que cuando fué éste á recibir el premio de sus trabajos y virtudes nadie pensó pudiese haber otro mejor sucesor á la sede vacante que el mismo Bricio, el heredero del espíritu de su Padre y pastor. Así se cumplió en esta parte la profecía del Santo. Veamos cómo se verificó lo demás.

Habían transcurrido unos treinta años desde la elevación de Bricio á la silla episcopal de Tours y vivido en ellos con mucha paz y loa. Cierta mujer encargada de la ropa de lino del palacio y familia ó servidumbre del Obispo, y que, por lo visto, tenía entrada en casa, cometió un desliz de esos que, al hacerse públicos, dejan estampada en la frente la mancha de la deshonra. Ya fuese que la miserable lo dijera ó que los demonios esparciesen la voz, primero de boca en boca y en secreto, luego públicamente y sin misterios, atribuyeron al buen Prelado la paternidad de la criatura. Cuando llegó á sus oídos toda la ciudad lo sabía, llena de estos rumores y de los desfavorables comentarios á que daba oca-

sión el hecho. Horrorizóse Bricio y acordóse de la profecía de su maestro. Sentíase herido en lo más vivo, y lo sentía no tanto por sí como hombre cuanto por el oficio que desempeñaba y porque á los ojos de su pueblo aparecía, no ya como vigilante pastor, sino como lobo carnicero. Andaba la ciudad alborotada y corrían los hombres, armados de piedras, para apedrearle. Humillado, abatido, pero reconociendo la mano de Dios y sometién dose á la divina voluntad, encomendábase de corazón á San Martín y le rogaba viniese en su ayuda y amparase su inocencia.

En medio de una ancha plaza, rodeado de gran muchedumbre de pueblo, que no soltaba las piedras de la mano, mandó Bricio que trajesen al recién nacido, hijo de aquella mujer. Trajéronlo en brazos, y en presencia de todos le preguntó:

—De parte de Jesucristo, Hijo de Dios omnipotente, te mando que, si yo soy quien te engendró, lo digas aquí en voz alta, para que todos te oigan.

—No, no eres tú mi padre—contestó el infante de pocos días, diciéndolo con voz tan fuerte, que todos lo oyeron.

La admiración que este milagro produjo fué estupenda. Recobrado algún tanto el pueblo, pidió al Obispo mandase que, pues él no era, descubriese el niño quién le había engendrado. Esto era pedirle un milagro para infamar y condenar á un reo, y no quiso hacerlo. Para probar su inocencia y reparar el escándalo que el pueblo había recibido por los rumores esparcidos bastaba lo hecho: lo demás ni le tocaba ni le estaba bien. Tomaron á mala parte

esta justa negativa del santo Obispo, y atribuyeron á arte mágica que el niño recién nacido hubiese hablado. Renovóse, pues, el medio acallado tumulto. Era insostenible aquella situación, y Bricio apeló para sincerarse á un nuevo prodigio: á la prueba del fuego. De las orlas y ruedo de su manteo hizo un seno y lo llenó de brasas.

—Si estos carbones encendidos—exclamó—dejan ileso é intacto este manteo, sin quemarlo, señal es que soy inocente del crimen que me atribuí, si no, tendréis vosotros razón.

Dirigióse, pues, con el seno repleto de ardientes brasas, hacia el sepulcro de San Martín, distante cerca de media milla, sin que la ropa recibiese la menor lesión, como si hubiese llevado un canastillo de frescas flores y rosas. Ni aun entonces se satisfizo el pueblo: persistía en atribuirlo á magia y hechicería: que no era Santo, sino mago y hechicero; no pastor de las almas, sino lobo que las devora, violador de la honestidad, traidor indigno; que se fuese pronto de allí, si no quería ser apedreado.

Evidentemente, allí andaba el demonio excitando los ánimos y revolviendo la plebe, amotinándola contra aquel que felizmente había escapado de sus garras. Bajó Bricio la cabeza y sometióse resignado y humilde al beneplácito divino. Acordóse otra vez de las injurias que en mal hora había él vomitado también contra San Martín: la ley de la expiación se había cumplido. Partió luego para Roma y se acogió á la sombra del Papa San Siricio.

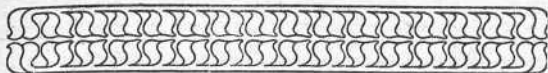
Siete años pasó Bricio en la santa ciudad, en continuos ayunos y penitencias, implorando del cielo

el perdón de sus pasadas culpas y humillándose hasta lo profundo de su nada. Era su vida la de un hombre que después de haber expirado volviese á la luz de este mundo. Estaba completamente desasido de él y muerto á todas las cosas criadas. Su oración y comunicación con Dios era muy frecuente, íntima y regalada. Sobre los sepulcros de los santos mártires pasaba largas horas, y de ellos aprendía el espíritu de fortaleza, la constancia en los trabajos y el amor á Dios puro, ardiente, desinteresado. Gozaba de suma paz y su alma purificada hallaba su descanso en las llagas de Cristo crucificado.

No pensaba Bricio volver ya nunca á ocupar la silla episcopal de Tours y juzgábase indigno de sentarse en la silla que había ocupado un varón tan admirable como San Martín. Pero llegó la hora designada por la divina Providencia y había de cumplirse la última parte de la profecía que su santo Padre y maestro le había hecho. A deshora, y cuando menos lo pensaba, sintióse interiormente movido á dejar á Roma y encaminarse hacia Tours. No podía dudar que era inspiración del cielo, y, obediente á la voz de Dios, se puso en camino. Al llegar muy cerca de la ciudad supo que el primero de los Obispos que le habían sucedido en la silla murió hacía bastante tiempo, y que en aquel mismo día y hora llevaban á enterrar al segundo y último. Reconocido de los ciudadanos por quién era, todos, diríase que movidos por un resorte, ó, mejor, por Dios, en cuyas manos están los corazones y voluntades de los hombres, acudieron en masa, y llenos de satisfac-

ción le repusieron en la sede que siete años antes ocupaba. Gobernóla otros siete con gran acierto y paz, muriendo, finalmente, como Santo, según se lee en el Martirologio romano, el día 13 de Noviembre.





XXXII

PREPÁRASE SAN MARTÍN PARA MORIR

Es probable, moralmente seguro, que Dios Nuestro Señor revelase á nuestro Santo la proximidad de su fin. Los ángeles, que tan frecuente é íntima comunicación tenían con él y tantas cosas le anunciaban de propios y extraños, era muy natural le hiciesen saber que el plazo de su destierro iba á terminar, y que pronto tendrían el gusto de verse todos reunidos en la celeste patria. Si esto sucede entre los miembros de una misma familia, que mucho se quieren, ¿no había de suceder esto con los ángeles y San Martín? Por otra parte, aun prescindiendo de toda revelación sobrenatural, ¿no estaba muy puesto en razón que quien había llevado una vida tan austera y trabajosa por espacio de ochenta años pensase ya que se acercaba su término, según aquello de que los jóvenes pueden morir pronto, pero los viejos no es probable que vivan mucho?

Pensaba, pues, San Martín en su próxima muerte y preparábase con diligencia para morir bien. De ello hablaba frecuentemente con sus discípulos, y los ejemplos que él sabía de personas detenidas en

el purgatorio por faltas menudísimas le hacían andar muy vigilante y sobre sí para no caer en las que, según frase de la Escritura, incurre cada día siete veces el justo y se pegan casi sin sentirlo, como el polvo á los pies.

Si fervoroso, si bueno había sido siempre, si dado á la oración y penitencia, más lo era ahora, y procuraba cada día aventajarse en toda virtud con heroica constancia. Y en esto, á la verdad, es no menos admirable que imitable.

Quien esté medianamente versado en las historias de los hombres, aun de las personas religiosas, habrá tenido ocasión de ver, quizás con más frecuencia que quisiera, que hombres fervorosos y penitentes en la juventud y virilidad, al declinar los años y llegar al ocaso de la vida se vuelven delicados y amantes del regalo y comodidades. No habrá tal vez en ello culpa reprehensible á los ojos humanos; pero otro es el arancel con que se regían los Santos que veneramos en los altares, y por el cual se guó constantemente San Martín. Lejos de tomar como primordial cuidado el atender á la salud y á que no se menoscabasen las fuerzas del cuerpo *servire valetudini*, jamás echó en olvido que la materia es esclava del espíritu, y que si damos al cuerpo el indispensable alimento, es para que lleve la carga y no se nos caiga en medio del camino, no para que lozanee y robe nuestra atención de las cosas espirituales y del ejercicio de la virtud. ¿De qué sirve prolongar con excesivos cuidados unos días de vida si no se emplean éstos en ejercitar la virtud y acrecentar méritos para el cielo?

Por esto nuestro Santo nunca, ni aun llegado á sus últimos años, quiso aflojar de su acostumbrado rigor, como quien era discípulo de Cristo, no de reposteros ni galenos acomodaticios al paladar de sus clientes. Su comida era sencilla, pobre y vil. Sólo en el día solemne de la Pascua admitía algún pececillo, con que Dios solía regalarle; como un año que, apurados los discípulos por no haberlo encontrado en la plaza y decir los pescadores que nada habían podido pescar, sonriéndose el Santo, dijo á uno de los suyos: "Andad al río, echad el anzuelo y coged algo." Acompañáronle otros por curiosidad. Lo mismo fué echar el anzuelo que picar: sacaron un hermoso pez, con alegría de todos, por ver *el banquete* que el cielo enviaba á su Padre en día tan señalado. ¡Tanta era su mortificación!

Y no sólo en la comida, sino en todas las demás asperezas, penitencias y vigiliass guardó invariablemente el mismo rigor, sin que la mudanza de aires ó países ni las molestias é indisposiciones que naturalmente sufre el cuerpo humano, sin llegar á ser enfermedad grave, ni, lo que más es, la diferente posición social, las honras que los pueblos le daban y la misma dignidad episcopal alterasen en lo más mínimo su tenor de vida escondida y crucificada en Cristo.

Suelen los que han trabajado mucho en provecho de las almas y han recogido copiosos frutos en la predicación ó enseñanza de altas ciencias en las cátedras, cuando llegan á la vejez, si no han echado profundas raíces en la humildad, juzgarse acreedores al aprecio y estima de los demás y exigir que la

gente moza los atienda, honre y sirva. No diremos que haya en esto falta y que no sea muy justo que los jóvenes respeten los trabajos y vigiliass de los ancianos y reverencien la prudencia de las canas. Pero San Martín era tan humilde y estaba tan deshecho de sí mismo, que nunca exigió esto de nadie, ni de sus monjes y discípulos, como se vió en Bricio; ni de las personas extrañas, como se advirtió cuando aquella doncella retirada no le quiso recibir en su casa.

Siempre había sido Martín el varón laborioso y vigilante que nos pinta el Evangelio, como esperando la hora en que venga su Señor á pedirle cuenta de los talentos que le ha confiado, y dispuesto á todas horas á rendírsela plena y satisfactoriamente, diciendo: "Señor, cinco talentos me disteis para negociar con ellos: he aquí otros cinco, que con vuestro favor y mi industria he granjeado." Porque, en efecto, cinco grandes misericordias, como cinco talentos, había recibido Martín de la bondad de Dios, es á saber: la divina vocación, primero á la fe, después al estado de clérigo, luego al de monje y solitario, más tarde al de sacerdote y, por último, al de Obispo, el más sublime de todos, dispensador de su gracia y potestad para ordenar á los ministros de la nueva ley. En todos los cuales y en cada uno de ellos se condujo con tal exacción, estudio, diligencia y perfección, que él solo valía por mil.

Porque cuanto á la vocación á la fe, ciertamente no pudo ser mayor su presteza en secundar el divino llamamiento en una edad tan tierna, en medio

de las tinieblas del gentilismo, contra la voluntad de los que le dieron el sér, y singularmente entre las amenazas, golpes y afrentas de su padre, enemigo obstinado de la religión cristiana y decidido á todo trance á desviarle de su seguimiento, arras-trándolo con sus propias manos á los ministros del Emperador para que lo alistasen como soldado y le obligasen á tomar las armas, para que, viviendo en los campamentos, no pudiese frecuentar la iglesia ni recibir la instrucción de los sacerdotes cristianos.

Muchos años pasó en las filas, siguiendo la suerte del ejército y sujeto á la disciplina militar, sin eximirse de ningún trabajo ni fatiga, si bien en tanto tiempo, ni la compañía de los camaradas más licenciosos, ni los ejemplos continuos que tenía delante de los ojos pudiesen jamás apartarlo de la observancia de los mandamientos, del ejercicio de la virtud, de la práctica de la oración, en una edad en que ya le hervía la sangre, bullían las pasiones y sólo era catecúmeno. ¡Oh! Precisamente en este tiempo dió aquellos ejemplos esclarecidos de fortaleza, de constancia y de caridad que causaron la admiración de los ángeles y le merecieron los elogios del mismo Jesucristo, Señor de los hombres y de los ángeles.

Reengendrado en las aguas del Bautismo, pronto dió muestras del espíritu apostólico que le animaba, yendo á predicar la fe en su misma patria, teniendo la dicha de convertir á su madre, de batallar contra la herejía y de sufrir con valor de héroe las persecuciones, azotes y afrentas gravísimas que sobre él descargaron los pérfidos arrianos.

Oculto después en la soledad de los ásperos desiertos, lejos del consorcio de los hombres, teniendo por compañeros las fieras y serpientes, por bebida el agua, por alimento las hierbas, por cama el suelo, no tenía, ciertamente, que envidiar á los Antonios, Hilarios ó Macarios, ahora se mire á la aspereza en el vivir ó á los celestiales favores que recibió. Pasando después al estado de clérigo ó de monje, ¡cuánta admiración y estupor causó á los mayores Santos de su tiempo por su doctrina y virtud, ya se atiende á la perfección de la vida, ya á la multitud de milagros, ya, finalmente, á la humildad profundísima que conservó siempre en medio de tanta gloria!

Y ¿qué decir si de estos preciosos talentos dados á Martín para negociar con ellos, y empleados por él con tanta usura y lucro, pasamos al más noble talento, ó sea al del episcopado? ¿Podía darse mayor correspondencia que la suya? La diócesis de Tours, que á su llegada sólo contaba un templo, ó, mejor dicho, una capilla y pocos cristianos, y donde por todas partes se veían aún templos de los falsos dioses, altares rociados con sangre de las víctimas sacrificadas, ilusiones diabólicas, supersticiones y profanas ceremonias, en breve tiempo, por obra del nuevo Pontífice Martín, se vió expurgada de esas zarzas y espinas, que sofocaban el campo, y en vez de aquéllas viéronse germinar en abundancia alegres flores, mieses y frutos, gracias á los nuevos templos y monasterios erigidos por él en todas partes, provistos de ministros idóneos y ferventísimos monjes. Gloria suya será en todo

tiempo el haber hermanado admirablemente la vida activa con la contemplativa y el haber levantado en las Galias esos baluartes de la fe y de la oración, de donde salían, enviados ó capitaneados por él, nobles falanges de monjes y discípulos, que corrían el campo instruyendo al pueblo, esparciendo la luz de la verdad, dando el pan de vida á las almas y preservando á todos del virus de la herejía y del error. Varón inclinado al retiro y á la soledad, no titubeó en ir, como buen pastor, por causa de su rebaño, á las cortes de los emperadores y recabar por medio de milagros lo que justamente pedía. En Martín tenían los pueblos defensa y amparo. En beneficio de ellos, como para librarlos de males temporales, empleaba el poder que la omnipotencia de Dios había puesto, digámoslo así, en sus manos, dispuesto siempre á refrenar la ira del infierno, conjurado contra su grey; á arrojar al demonio de los cuerpos de los hombres y de los animales, á disipar el granizo y las tempestades, á devolver la vida á los difuntos y, en una palabra, á hacer á todos el bien que pudiese.

De sus correrías apostólicas volvía á la soledad, y allí recogido, oculto entre sus discípulos, encerrado en las sombras de su celda, soltaba la rienda á su fervor, y en elevadísima oración, diríase en continuo y sublime éxtasis, negociaba con Dios la salud de su pueblo, y como Moisés dentro del tabernáculo, gozaba sin interrupción de las comunicaciones del cielo, de donde salía otra vez para entender en el negocio de las almas y satisfacer las dudas y necesidades de sus hijos, del clero y de los otros

Obispos, que le miraban como á su oráculo y remedio.

Pues bien, un varón tan grande, el hombre que, muerto San Hilario, era indudablemente el más importante de su siglo para los católicos en las Galias, el fundador de la vida monástica en estos países, tenía tan humilde concepto de sí, que cumplía á la letra el consejo de Cristo á los Apóstoles: "Cuando hubiereis hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: *Siervos inútiles somos: hicimos lo que debíamos hacer.*" Esto decía y sentía el inmaculado varón que anduvo siempre por las sendas de la justicia y fué la sal de la tierra y brilló como resplandeciente antorcha en medio de las tinieblas.

Una sola cosa deseaba al acercarse á los umbrales de la eternidad: no quería que la muerte le sorprendiese ocioso. No quería, como buen soldado, que la muerte le saltease en la paz de los cuarteles, sino en el campo de batalla, sobre la brecha, peleando contra el enemigo, es decir, trabajando en el ejercicio de su santo ministerio. Esto pedía al Señor, y Dios se lo concedió. De qué manera, lo veremos en el capítulo siguiente.





XXXIII

MUERTE PRECIOSA DE SAN MARTÍN

EN la confluencia del río Viena con el Loira, á 63 kilómetros de Tours, se levanta sobre una airosa colina la antigua Candes, población importante y pintoresca en tiempo de San Martín. Como aun en las comunidades religiosas y en el clero más celoso y ajustado á los cánones de la Iglesia suelen á veces surgir desavenencias, sucedió ahora que los eclesiásticos de Candes andaban divididos entre sí no sé por qué diversidad de pareceres y oposición de voluntades. Súpolo el bondadoso pastor de aquella grey y juzgó que con nada podía terminar mejor su carrera mortal que reconciliando á los desavenidos y dejándoles su paz.

Púsose, pues, en camino, y sucedió en este viaje que, yendo por la orilla del río, acompañado, como solía, de algunos monjes y discípulos, vieron una bandada de aves acuáticas que devoraban á más y mejor á los menudos pececillos. El Santo, que de todo sacaba provecho espiritual, “Mirad—dijo á sus discípulos—una imagen de lo que hace con nosotros el demonio, ave nocturna que va dando giros en

derredor nuestro para sorprender á los incautos con sus tentaciones, y nunca se ve saciado con las continuas presas que logra". Y con aquella voz potente con que solía mandar á los demonios que saliesen de los cuerpos, imperó á las aves acuáticas que se retirasen del río. Oída su voz, al punto, formando un apiñado escuadrón, remontaron el vuelo hacia el monte, abandonando todas la ribera, no sin admiración de los que acompañaban á San Martín.

Llegado éste á Candes, luego con sola su presencia reconcilió los ánimos del clero y restableció entre ellos la antigua concordia, logrando atajar de esta suerte el mal en sus principios y evitando se arraigase la desunión, nacida de motivos insignificantes.

Cuando pensaba ya en volver á su monasterio de Tours, de repente se halló el Santo sin fuerzas: sobrevínole la calentura y conoció que estaba próxima la hora de su tránsito. Al oír esta novedad no pudieron los discípulos contener las lágrimas y gemidos.

—¿Por qué, oh Padre —decían,— por qué nos abandonas, ó á quién nos dejas en nuestro desamparo? Asaltarán tu rebaño lobos rapaces, y ¿quién, herido el pastor, nos librará de sus dentelladas? Bien sabemos tus deseos de unírte con Cristo; pero seguro está tu premio y tu corona, ni porque se difieran se disminuyen: compadécete más bien de nosotros, que, muerto tú, quedamos huérfanos y sin amparo.

Como hombre de muy tiernas entrañas, se conmovió el Santo con estos lamentos, unió al de sus

discípulos su llanto, y vuelto á Dios, con solas estas palabras respondió á los que lloraban:

—Señor, si todavía soy necesario á tu pueblo, no rehusó el trabajo: hágase tu voluntad.

Es decir, que, puesto entre la esperanza y el amor, casi no sabía á qué parte inclinarse. No quería abandonar á los suyos ni estar separado por más tiempo de Cristo; pero, renunciando á su deseo y voluntad, resignábase enteramente al arbitrio y beneplácito del Señor, á quien parece, como interpreta Sulpicio Severo, que con aquellas pocas palabras quiso decirle: “¡Oh Señor! Grave es, ciertamente, la batalla de la milicia carnal, y hasta ahora he peleado bastantemente; pero si todavía me mandas que persevere en el trabajo y defensa de tus campamentos, no lo rehusó ni alego por excusa mi postrada vejez. Fiel cumpliré tus órdenes, y hasta tanto que sea de tu agrado militaré debajo de tus banderas; y aunque á un soldado veterano, después de muchas batallas, sea agradable el descanso, vence, no obstante, el ánimo á los años y no sabe ceder á las molestias de la senectud. Si atiendes á mi edad, bueno es para mí, Señor; cúmplase tu beneplácito: tú guardarás á estos por quienes estoy con cuidado.” ¡Oh varón inefable, á quien no pudo vencer el trabajo, á quien la muerte no había de vencer, que á ninguna parte quería inclinarse: ni temía morir ni rehusaba vivir!

La fuerza de la calentura, que por algunos días le atormentó, no pudo separar su espíritu de la continua oración ni persuadirle á que concediese á sus cansados miembros otro lecho que el acostumbrado

sobre el cilicio y la ceniza. Rogáronle sus discípulos que, por lo menos, permitiese se le pusiera un vil jergón, y les respondió:

—Oh hijos, no es conveniente que muera un cristiano en otra parte que en la ceniza y cubierto de cilicio, y si otro ejemplo os dejara, faltaría.

Así, pues, con la vista y manos siempre levantadas al cielo, no apartaba de la oración su espíritu invencible.

Quisieron algunos persuadirle que, para alivio de su cuerpo, se volviese de un lado; pero él contestó:



—Dejad, hermanos, dejad que mire más al cielo que á la tierra, á fin de que el espíritu que va al Señor emprenda ya derecho su camino.

Dicho esto, vió cerca de sí al demonio, y, reprendiéndole, le dijo:

—¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? Nada hallarás en mí, desdichado: el seno de Abraham me acogerá.

Y diciendo esto, entregó su espíritu á Dios (1).

Me aseguraron—prosigue Sulpicio Severo—los que se hallaron presentes que vieron en su cuerpo ya exánime la gloria de un hombre glorificado: su rostro más resplandeciente que la luz, sin que se descubriese en todos los miembros de su cuerpo la más ligera mancha. Apareció más puro que el cristal, más blanco que la leche y como participante ya de la gloria de la futura resurrección.

Muerto el Santo y divulgada la noticia de su dichoso tránsito, apenas se puede creer la multitud de personas que concurrió á honrar sus funerales. Toda la ciudad de Tours le salió á recibir: se des poblaron las villas y lugares y acudieron muchos de las ciudades cercanas. “¡Oh—dice Sulpicio Severo,—y cuán grande fué el llanto de todos, y en particular los lamentos de los afligidos monjes, que se dice haber concurrido casi en número de dos mil! Tan abundante como esto fué la copiosa mies que el ejemplo de Martín produjo para el Señor. Delante del difunto pastor iba aquella religiosa multitud y legiones vestidas de tosco paño: los veteranos de la cruz, de rostros macilentos por las

(1) Escribieron algunos que San Ambrosio, Arzobispo de Milán, se halló en espíritu á la muerte ó tránsito de San Martín, mientras estaba aquél diciendo Misa en su iglesia; lo cual no pudo ser, por haber ya muerto antes el santo Arzobispo. Quizás lo confundieron con otro Ambrosio, Obispo de Santonne, en Francia.

vigilias y penitencias, ó jóvenes todavía en el vigor de la edad, alistados poco antes, mediante su profesión y juramento, debajo de las banderas de Cristo. Con modesta vergüenza se abstenían las vírgenes de llorar, persuadidas de que debían congratularse con aquel á quien el Señor había recibido en su seno, disimulando con santa alegría su interno dolor. De este modo acompañó aquella inmensa muchedumbre el cadáver del varón santo hasta el sepulcro."

Compara el mismo autor la gloria de San Martín difunto con la de los hombres mundanos, y dice:

"Compárese con ésta la pompa secular, no diré de las exequias, sino de los triunfos: lleven los capitanes victoriosos delante de sus carrozas y carros triunfales los príncipes aprisionados, sigan sus triunfos tropas de esclavos: al cuerpo de Martín le acompañaban todos aquellos que debajo de sus banderas y á sus órdenes supieron triunfar del mundo, del infierno y de sí mismos; sean aquéllos honrados con estrepitosas voces y tumultuosos clamores de los pueblos: Martín es honrado con cánticos celestiales y lágrimas é himnos de gratitud; aquéllos, después de sus triunfos y aclamaciones, son precipitados en los tormentos eternos: Martín alegre y gozoso es recibido en el seno de Abraham: Martín, aquí pobre y humilde, es recibido en el cielo rico de gloria y lleno de merecimientos."

Todo esto es de Sulpicio Severo, el cual refiere cómo tuvo la inefable dicha de que se le apareciese glorioso su querido maestro.

Tenía San Martín cuando murió, según su bió-

grafo Landi y otros muchos, ochenta y seis años de edad, próximamente; de Obispo veintiséis años, cuatro meses y siete días (otros dicen veintisiete días), y murió, según el mismo autor, un domingo, el 11 de Noviembre del año 400 de nuestra salud.

Pero en esto, como en otras fechas de la vida del Santo, hay diversas opiniones, conforme hemos tenido ocasión de ver en el curso de esta historia.

En la lista de autores que pone el citado biógrafo de San Martín, dejando otros pareceres, se cuentan entre los que colocan la muerte de nuestro Santo en el año 397 á San Gregorio de Tours, á Tillemont, á Longueval y otros; en favor de la sentencia de que murió el año 400 cítanse, entre otros, á Peta-vio, Labbé, Pagi, Mansi, de Prato, etc. Baronio señala el año 402. Muratori, en vista de estas divergencias de autores de tanta nota, todos los cuales aducen bien fundadas razones, concluye: *An tercentesimus nonagesimus septimus vel quadringentesimus annus fuerit emortualis S. Martini inquirendum aliis relinquo*: Dejo á otros el investigar si murió San Martín el año 397 ó el 400. De aquí nace también que unos le den ochenta y un años de vida, otros ochenta y seis; que unos fijen su muerte en domingo, 11 de Noviembre, y otros la pongan el día 8 y digan que el 11 fué el de la traslación de su cuerpo.

Dejando esto aparte, el culto y veneración de San Martín se extendió luego por doquiera con grande rapidez, á lo que no contribuyó poco la vida que, aun viviendo el Santo, escribió Sulpicio Severo, de la cual se hicieron muchas copias, que llegaron á los más apartados países. Enterróse el cuerpo del

santo Obispo á unos seiscientos pasos de Tours, en un sitio que formaba parte del antiguo cementerio de los cristianos.

Suponen algunos que, esparcida la noticia de la muerte de nuestro Santo, acudieron en tropel á Candes los vecinos de Poitiers, con intento de llevarse á su ciudad el cuerpo de San Martín. Alegaban, al decir de los mismos, que habiendo sido ordenado de clérigo por San Hilario, Obispo de Poitiers, y fundado el monasterio de Ligugé, de donde fué arrancado fraudulentamente para gobernar la iglesia de Tours; era muy justo que tuvieran muerto al que no habían podido retener vivo. No valiendo estas razones, quisieron, con las armas en la mano, defender el tesoro que ya habían arrebatado y continuar en la pacífica posesión del sagrado cadáver.

Pero no salieron con ello—añaden;—porque viniendo una noche secretamente los turoneses con armas y otros instrumentos, mientras dormían los de Poitiers escalaron aquéllos el cementerio, robaron el sepultado cadáver y, puesto en una barca anclada en el río, se lo llevaron como en triunfo á Tours, con grande alegría y entusiasmo.

• Dejamos al prudente lector la refutación de un hecho en que faltan las pruebas y abundan sobradamente las dificultades.

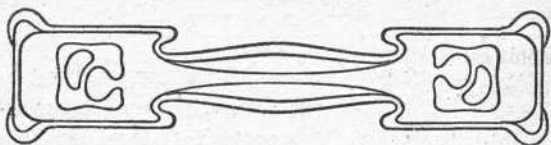
Sobre el sepulcro de San Martín edificó San Bricio, su sucesor en el obispado, de quien antes hemos hablado, una capilla ó pequeña iglesia, que en 472 se agrandó considerablemente (1). Varias traslacio-

(1) Véase *Analecta Bollandiana*, t. III, 224 y sigtes. *De cultu S. Martini Turonensis*.

nes de sus reliquias mencionan los escritores, y juzgábanse dichosos los pueblos que podían obtener algunas. En Mayo de 1562 profanaron los calvinistas y entregaron á las llamas la caja donde se conservaba el sagrado cuerpo.

Hacen de San Martín grandes elogios los Santos Gregorio Turonense y Paulino de Nola, Odón, abad de Cluni, Bernardo, Buenaventura, Pedro Damiano, Vicente Ferrer, Tomás de Villanueva y otros muchos; pero cuanto se diga será siempre menos de lo que merece su santidad y la gloria que goza en el cielo este fidelísimo siervo del Señor, como lo manifiesta la multitud de gracias, favores y milagros que concede á los que le invocan con verdadera fe, confianza y devoción; milagros y favores que atestiguan el grande poder y valimiento que tiene aquel soberano Señor que ensalza á los que se humillan y glorifica á los que sólo vivieron por su gloria.





XXXIV

GLORIA PÓSTUMA DE SAN MARTÍN



Dios sólo toca hacer glorioso el sepulcro de los Santos: El es quien perpetúa su memoria y mueve los corazones de los hombres para que acudan en tropel á venerar sus reliquias y comunica virtud á sus huesos para que obren maravillas. El egoísmo y poder de los hombres no llega á tanto. Por más que en vida haya circundado el mundo de gloria la frente del conquistador y haya hecho célebre su nombre, cuando desaparece el héroe de los ojos que le vieron y de él no queda más que un puñado de ceniza, y ya ni oye ni ve ni tienen nada que esperar de él los que ayudaron á su encumbriamiento, va desapareciendo también su memoria de los vivos y huye á refugiarse en los monumentos insensibles en los sepulcros de los cementerios, en las estatuas de las calles, en las hojas de papel de sus historias: piedras sin sentido, monumentos muertos, como ellos, que al paso que corre el tiempo se debilitan y desmoronan y vienen á parar en un

débil eco inanimado, común hartas veces á malos y buenos, á justos y pecadores.

No así la gloria de los Santos, que tienen la virtud, humanamente inexplicable, de que su fama se extienda esplendorosa y se acreciente con el andar de los tiempos y se aficionen á ellos los que nunca los vieron ni trataron, y, habiendo muerto y desaparecido de la vista, vivan de tal manera en la memoria de sus devotos, que acudan á ellos en demanda de gracias y favores y consigan lo que piden.

Pues esto, que naturalmente no se explica, verifícase, generalmente, en todos los Santos, y de una manera muy particular en algunos, á quienes Dios, por sus inefables juicios, se complace en levantar á tan soberana alteza. Y tal fué San Martín, como se verá en lo que aun nos resta por decir.

Apenas expiró el Santo, como si hubiese sonado con su muerte la hora de su gloria y ensalzamiento, vióse su sepulcro circundado de luz, y aclamado su nombre en los pueblos más apartados y distantes. Aflúan las gentes á su tumba: ejércitos de peregrinos iban á Tours, como en otros tiempos á Santiago de Compostela, á Roma ó Jerusalén; y tal era la concurrencia de forasteros, que fué preciso levantar junto á sus reliquias dos hospitales grandiosos que albergasen á los peregrinos. Enviaban los reyes á su sepulcro magníficas ofrendas, y hallaban junto á su altar inviolable asilo los culpables, los malhechores y perseguidos. En honor de San Martín, fué declarada la ciudad de Tours libre y exenta de tributos y contribuciones.

Los milagros que allí se obraron no tienen nú-

mero. Libros enteros se han escrito de ellos, y sería ocioso repetir innumerables casos semejantes ó parecidos á los referidos ya anteriormente en el curso de esta historia. Parálisis curadas, vista recobrada, uso de las potencias del alma y sentidos del cuerpo perfectamente restituído: he aquí á cada paso lo que se lee en los autores que tratan de esta materia, en los cuales se nota la predilección del Santo en favor de los niños y de los jóvenes. Como se vió con un jovencito que seguía la carrera eclesiástica, el cual empezó á sufrir ataques epilépticos tan fuertes y frecuentes, que le quitaban el sentido y le incapacitaban para continuar sus estudios. Consumíase de tristeza, hasta que acudió con gran confianza al Santo. Oró delante de su sepulcro y sintió en su corazón una voz interior que le decía: "Ya estás curado." Así era, en efecto. Sanó completamente, prosiguió sus estudios y fué un sacerdote ejemplar.

Casos como éste podrían referirse muchos.

Pero no sólo en Tours, sino en todas partes favorecía el Santo á los que se encomendaban á su patrocinio, y no sólo en cosas temporales, sino mucho más en las del espíritu. No es, por lo tanto, extraño que su culto pasase las fronteras de su país y llenase los ángulos de Europa. "Entre los confesores—dice el P. Flórez,—San Martín fué el primero que tuvo, poco después de su muerte, culto público en la Iglesia. Este es también el sentir de Benedicto XIV en su obra de *Beatificatione et canonizatione Sanctorum*, y lo mismo dice el Cardenal Bona en el lib. I, cap. XII, en su obra *Rerum litur-*

gicarum. La primera iglesia que se levantó en Inglaterra es, probablemente, la que en el siglo V se dedicó á San Martín junto ó cerca de Cantorbery. En Francia sólo hay más de cuatro mil iglesias dedicadas á San Martín. Los reyes francos ponían su reino bajo su protección, y la reliquia más venerada de su capilla, sobre la cual hacían prestar á sus vasallos el juramento de fidelidad, era la *capa* grosera que había llevado el santo Obispo de Tours. Carlomagno, queriendo descansar á la sombra de esta humilde túnica, la trasladó á la ciudad donde fijó su residencia, y la antigua capital del grande imperio carlovingio, que trae de *Capella* (diminutivo de *Cappa*) su nombre de Aix-la-Chapelle, se enorgullece y gloria más de esta humilde vestidura de San Martín que del nombre glorioso de Carlomagno.

Por lo que toca á nuestra España, ya de muy antiguo es conocido y venerado el santo Obispo de Tours. La Iglesia muzárabe celebraba de él señalada fiesta, y puede hoy día leerse en el Misal gótico, anterior, en opinión de algunos, á San Isidoro, la Misa en honor de San Martín (1).

Grande fué la parte que tomó nuestro Santo en la conversión de los suevos que reinaban en Galicia (siglo VI), conversión que principió con un milagro San Martín, el Obispo de Tours, y acabó otro Martín, el *Dumiense* ó *Bracarense*, originario de la Pannonia, tierra de nuestro Santo, celosísimo apóstol, alcanzado, á lo que parece, del cielo para bien.

(1) Véanse los BOLANDOS, *Acta SS.*, t. VI de Julio, página 111; Bona, *Rerum Liturg.*, lib. I, cap. XII.

de nuestra patria por la intercesión de San Martín Turonense. Quiero contar este suceso y milagro de la manera que lo refiere en su *Crónica de España* Ambrosio de Morales, lib. XI, cap. LVII. Dice así:

"El Arzobispo San Gregorio Turonense, en su Historia y en el libro particular que escribió de los milagros de San Martín, Arzobispo Turonense (1), hace mención desta conversión de los Gallegos y su Rey; y por la predicación deste santo varón Martino Dumiense dice se concluyó. Mas la ocasión de comenzarse atribuye á un milagro de San Martín el de Turs, desta manera.

"Hacia nuestro Señor en este tiempo muchos milagros en el sepulcro deste Santo, y la fama dellos corría por todas partes. El Rey Theodomiro tenía enfermo gravemente de dolencia larga un su hijo, y envió sus Embaxadores por mar al sepulcro de San Martín, para que rogasen á Dios, por intercesión del Santo, le sanase el hijo, llevando para ofrecer allí tanto oro y plata como pesaba el enfermo. Los Clérigos de aquella Iglesia, recibidos los dones, pedían en sus oraciones y sacrificios la salud de aquel Príncipe; mas porque su padre se estaba en su error Arriano, no se alcanzó se le quitase al hijo la enfermedad, y así, vueltos los Embaxadores á Galicia, lo hallaron todavía con ella.

"Entendiendo el Rey prudentemente el estorbo, mandó luego edificar muy apriesa una Iglesia á San Martín, y dixo en público: "Si yo mereciere "alcanzar reliquias del Santo, y por su medio la

(1) Lib. V, cap. XXXVII.

"salud para mi hijo, yo creeré lo que él creyó." Tras esto volvió á enviar sus Embaxadores con nuevos dones y con el mayor y más rico de la promesa de su conversión. Truxéronle un poco del palio del Santo Arzobispo, volviendo en breve con próspero viento que tuvieron en la navegación. El Príncipe estaba ya milagrosamente tan sano, que salió á recibir la santa reliquia, y el Rey y su pueblo, con mucho gozo, comenzaron luego á entender en su conversión, tomando por fundamento della el hacer Obispo al santo varón Martino, que tenían presente (1), cuya santidad y letras eran bien apropiadas para el buen proceder del santo negocio.

"Esto todo se cree sucedió en Orense, donde el Rey debía tener su asiento, y es muy buena la conjetura de que la Iglesia Catedral de muy antiguo tiene la advocación de San Martín."

¿Quién no admira en esto la acción de la divina Providencia y la amorosa protección de nuestro Santo sobre los que le invocan? ¿Cuánto no debió acrecentar todo esto la devoción de los fieles hacia el que miraban como instrumento de su conversión al catolicismo? Prueba de ello es la multitud de pueblos que llevan en España el nombre de San Martín, las parroquias y ermitas que le están consagradas, hasta los sitios y fuentes, cabos, sierras y ríos que se conocen con el bendito nombre del

(1) "Al tiempo de entrar en el puerto los embajadores de Theodomiro con las reliquias de San Martín, aportaba también al mismo punto un sacerdote húngaro, y llamaba Martín, á quien Dios enviaba para llevar á cabo la conversión de los suevos." V. DE LA FUENTE, *Historia eclesiástica de España*, segunda época, cap. V, n. 70.

santo Obispo, como si los labradores y navegantes y cuantos cruzan la tierra y el mar tuviesen en todas partes piadosos *recordatorios* del Santo á quien acudir en sus riesgos y peligros.

¡Oh, quiera el cielo que, imitando sus virtudes, alcancemos en todo tiempo su protección!





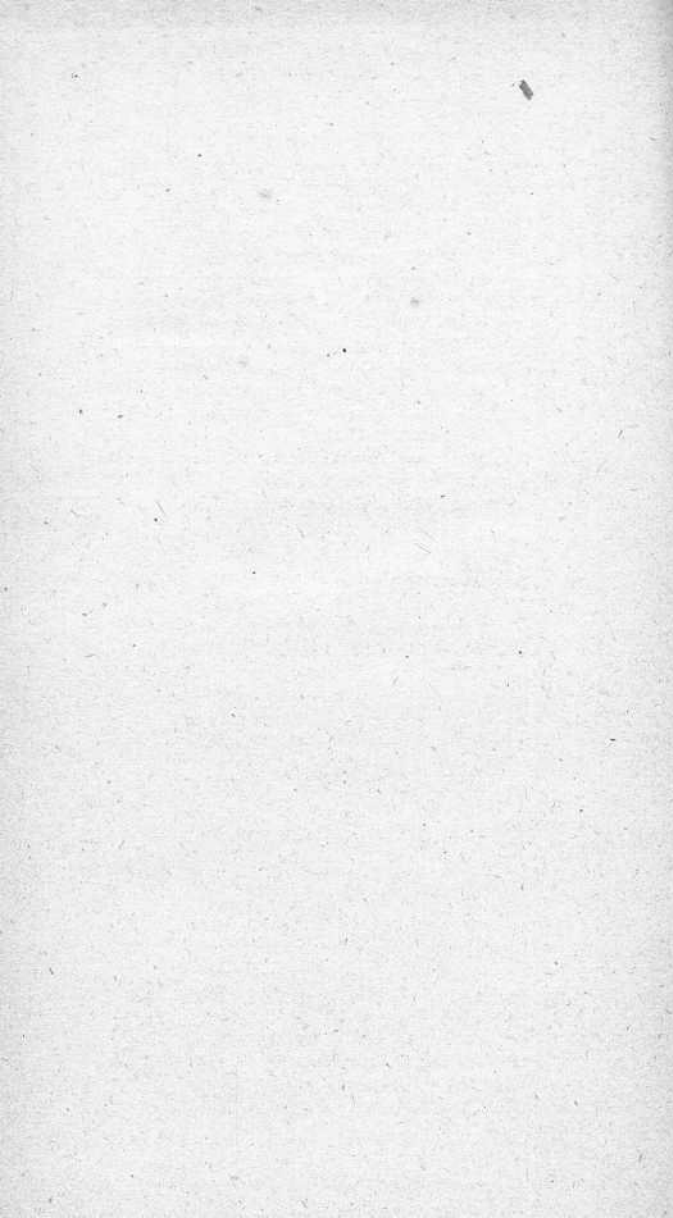
ÍNDICE

	Págs.
Al piadoso lector.....	5
I.—Nacimiento y primeros años de Martín...	11
II.—Precocidad de Martín en el conocimiento de las cosas divinas y en el ejercicio de la virtud.....	16
III.—SAN MARTÍN SOLDADO.—Oblíganle á to- mar las armas y entrar en la milicia imperial.....	21
IV.—Es alistado en el cuerpo de caballería.— Sus egregias virtudes.....	25
V.—Parte su clámide con un pobre aterido de frío.—Cristo se le aparece.....	30
VI.—Bautismo de San Martín.....	34
VII.—Termina Martín los años de servicio mi- litar.—Retírase de la milicia.....	38
VIII.—SAN MARTÍN DISCÍPULO DE SAN HILARIO.— Recibe el orden de exorcista.....	43
IX.—Encamínase á Pannonia.—Cae en manos de ladrones.—Desprecia al demonio.— Conversión de la madre de San Martín.	46
X.—Odio de los herejes á San Martín : arrójan- le de la Pannonia.—Dirígese á Milán.	52
XI.—Martín en la soledad de la isla <i>Galina- ria</i> .—Vuelve á Poitiers á juntarse con San Hilario.....	57
XII.—Fundación del monasterio de Ligugé, bajo la dirección de San Martín.—Resucita á un catecúmeno.....	65
XIII.—Celo apostólico de San Martín.—Sus vir- tudes y predicación. — Resucita á un esclavo.....	72

XIV.—SAN MARTÍN OBISPO DE TOURS.—Sácanle con pladoso engaño del monasterio.— Su elección.....	77
XV.—La iglesia de Tours al tiempo de la elección de San Martín.—Fundación del monasterio de Marmontier.— Vida de los monjes.....	84
XVI.—Va San Martín á la corte de Valentiniano I.—Su entrevista con el Emperador.	90
XVII.—Regresa de la corte.—Traslada á mejor sitio la iglesia primitiva y honra á sus Obispos.—Quita una grosera superstición.....	95
XVIII.—Celo de San Martín en extirpar la idolatría.—Prodigios que le acompañan.—Destruye los templos y simulacros de los falsos dioses.....	99
XIX.—Fatigas de San Martín y prodigios que obró en los irracionales en orden á la extirpación de la idolatría.....	108
XX.—San Martín resucita á un niño y confirma con prodigios la verdadera fe.....	115
XXI.—Correrías apostólicas de San Martín por el país de los Eduos.—Victorias obtenidas sobre el druidismo.....	122
XXII.—Va San Martín á Tréveris á tratar con el emperador Graciano.—Sana en París á un leproso.....	132
XXIII.—Coopera á la elección de excelentes Obispos en varias diócesis de las Gallas...	136
XXIV.—El pastor visitando á su rebaño.—Iglesias y monasterios.—Virtudes y milagros.....	143
XXV.—Entrevista de San Martín con el emperador Máximo.—Convites.— Los priscilianistas.—No quiere Martín derramamiento de sangre.—Vuelta á Tours.—San Paulino de Nola.—Ejemplo de una santa virgen.....	159
XXVI.—Vuelto á su iglesia, atiende San Martín al ministerio pastoral.—Es llamado con urgencia á la corte del Emperador.	171

	Págs.
XXVII.—De lo que le sucedió la segunda vez que fué á la corte del emperador Máximo..	175
XXVIII.—Sentimientos de Martín á la vuelta de Tréveris.—Visitas del cielo.—Vence á los demonios.....	180
XXIX.—Otras maravillas del Santo.—Rehuye la gloria que le dan.—Alivia á las almas del purgatorio.....	188
XXX.—Cumplimiento de la profecía hecha por San Martín al emperador Máximo.....	193
XXXI.—Bricio.—Su caída.—Profecía de San Mar- tín.—Su cumplimiento.....	199
XXXII.—Prepárase San Martín para morir.....	211
XXXIII.—Muerte preciosa de San Martín.....	219
XXXIV.—Gloria póstuma de San Martín.....	228





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.. 1453

Precio de la obra.....

Estante... 22

Precio de adquisición

Tabla 7

Valoración actual.....

Número de tomos..



1453.